

A photograph of a man's back, seen from behind. He has short, dark hair. His hands are clasped together behind his neck. He is wearing a black leather jacket. The background is blurred, showing some light sources.

Un cuento de San Valentín



Olga Salar

Un cuento
de
San Valentín

(HOCKEY TALES Nº 2)

Olga Salar

Copyright © 2024 Olga Salar

Un cuento de San Valentín

©1ª Edición. Enero 2024.

©Olga Salar.

©Diseño y maquetación: Olga Salar (Canva y Flaticon) Imagen de portada ©Pexels.KH

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Lo que se hace por amor está más allá del bien y del mal.
Friedrich Nietzsche.

Contents

[Copyright](#)
[Dedication](#)
[nota autora](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[About The Author](#)

[Hockey Tales](#)

[Playlist](#)

nota autora

Querida lectora,

la serie *Hockey Tales*, cuyo segundo libro, *Un cuento de San Valentín*, tienes entre manos, es una historia independiente que se puede leer por sí misma, ya que termina con el final feliz que todas esperamos. No obstante, si no quieres perderte ningún matiz ni ningún detalle, puedes leer primero *Una Navidad de cuento*, en la que Carlie y Carter tienen un pequeño papel, aunque con una gran importancia para el trasfondo de la trama.

Se podría decir que su historia se inicia en *Una Navidad de cuento*, no obstante, como digo, no es necesario que la leas previamente porque en *Un Cuento de San Valentín* trataré de ponerte al día sobre todo lo sucedido previamente, por ese mismo motivo te ratifico que la decisión es tuya.

Decidas lo que decidas, espero que disfrutes mucho del romance, de la lucha por superarse y ser fiel a uno mismo, de la amistad y, por supuesto, del *hockey*, que se esconden en sus páginas.

Olga Salar.

Prólogo



Cinco años antes en el día de San Valentín.

Carlie se quedó desconcertada cuando su novio, ese que se había negado a salir en público con ella porque tenía que dejarse ver con modelos famosas y seguir las supuestas directrices de su equipo respecto a las citas, le anunció que lo suyo había terminado, nada más y nada menos que el mismísimo día de San Valentín.

Habían estado juntos por poco más de un año y, aunque al principio había sido emocionante verse a escondidas, varios meses después de vivir de ese modo la experiencia se convirtió en una completa tortura.

Era frustrante verle en las revistas y en los sitios de cotilleos saliendo con otras mujeres y, aunque él juraba y perjuraba que era solo para la foto, lo cierto era que la explicación no hacía que doliera menos. Estar con alguien y tener que ocultárselo a las personas que le importaban era como llevar una doble vida.

Ni siquiera se lo había contado a su mejor amiga, lo que la hacía sentir culpable y de algún modo resentida con su novio por ponerla en semejante aprieto.

En cualquier caso, el golpe de gracia a la relación lo recibió cuando se quedó esperando a Carter en su casa, con la cena preparada, y el tonto regalo que le había comprado para celebrar el día, escondido dentro del armario de su dormitorio.

Al principio no le dio importancia, pensando que quizás se estaba retrasando porque el entrenamiento se habría alargado más de la cuenta, pero después de una hora esperándole decidió asegurarse de que no le había sucedido nada malo y le llamó al móvil. Tuvo que hacer tres intentos antes de que este se dignara a responder y, cuando lo hizo, fue evidente, por el sonido de fondo, que estaba de celebración con sus compañeros de equipo y seguramente con las conejitas que los perseguían como si fueran un trofeo.

La conciencia de que su novio, Carter Morton, el jugador de *hockey* de los *New York Islanders*, había preferido salir con sus compañeros a pesar de que sabía que ella le estaba esperando para celebrar el día del amor con él, la hizo sentirse dolida más que enfadada. No obstante, ese fue el golpe que menos dolió de los tres que recibió esa misma noche.

El más doloroso de todos fue comprender que mientras que para ella su relación había sido real para él no lo había sido, el segundo a punto estuvo de hundirla, inocentemente había creído todas sus excusas, por lo que descubrir que su afán porque no saliera a la luz su relación era por su propio ego y no por las directrices del equipo la dejó al borde del llanto. Realmente había sido una estúpida por creerse semejante patraña. La realidad era que, en opinión de Carter, ella no estaba a la altura de su fama, por lo que no era beneficioso para él que se supiera que eran pareja. El tercer golpe fue la ruptura en sí, sin delicadeza ni respeto por sus sentimientos.

Rompió con ella de ese modo, por teléfono. Una ruptura directa y rápida, sin explicaciones, disculpas ni segundas oportunidades. Tan feroz y tóxica que provocó que Carlie se cuestionara a sí misma. Que se preguntara qué había hecho mal, que se sintiera ridícula y tonta y, sobre todo, que se prometiera a sí misma que jamás iba a dejar que ningún hombre volviera a ningunearla ni a esconderla como si fuera un trapo sucio que debía mantenerse en secreto.

Carter había tenido razón en una cosa: que no era más que una joven periodista que apenas se estaba abriendo camino en el mundillo, había sido gracias a eso como se habían conocido, cuando la enviaron a entrevistarle. Sin embargo, era ambiciosa y trabajadora, por lo que solo era cuestión de tiempo que triunfara.

Desde niña había sabido lo que quería hacer con su vida y para conseguirlo había estado dispuesta a dejar su hogar, su familia y comenzar de nuevo en otra ciudad.

—Esta relación no va a ninguna parte. Hay demasiada desigualdad entre nosotros —le dijo él, con tanta indiferencia que sintió sus palabras como una bofetada—. Lo mejor es que lo dejemos y que encontremos a alguien que se ajuste mejor a nuestros niveles de vida. Esto no es más que una pérdida de tiempo.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. Jamás bromearía con algo tan serio —irónicamente se mostró ofendido por la pregunta.

—Pero...

—Déjalo, Carlie. No puedo estar contigo y lo sabes. Necesito salir con alguien a mi altura.

—¿Perdona?

—No pretendas sentirte insultada, ya lo sabías. Te lo he dicho desde el primer momento. La dirección del equipo y mi agente quieren que me deje ver con modelos y actrices, con mujeres que me aporten brillo, al parecer eso es lo que vende abonos para la temporada.

A pesar de que él siguió hablando ella desconectó su mente de lo que decía. Todavía tratando de asimilar cada palabra que le había lanzado y que se le había clavado en el pecho como un cuchillo. Era como si el hombre que ella creía conocer nunca hubiese existido.

—Adiós, Carlie. No me llamas más, no me gustaría tener que bloquearte.

Ni siquiera esperó a que respondiera para colgarle.

Se quedó catatónica unos minutos. No lloró, no gritó y por supuesto, tampoco se movió. El único movimiento que hizo su cuerpo fue tan mecánico como lo era respirar y parpadear.

Cuando fue capaz de pensar y de comprender lo que acababa de suceder tomó la decisión que cambiaría su vida desde ese momento, en la que basó cada uno de sus esfuerzos, cada latido de su corazón y cada uno de sus pensamientos.

Desde ese mismo instante dedicó cada aliento a triunfar para demostrarle que se había equivocado con ella. Trabajó más horas que nadie de la cadena, buscó la información más interesante, a veces, arriesgando su propia salud al hacerlo, y sobre todo, nunca se rindió hasta que sus esfuerzos fueron recompensados. Primero con un pequeño programa en una cadena por cable, y solo un par de años después de arduo trabajo, en un programa *prime time* en una de las cadenas más vistas del país.

Con el tiempo fue olvidándose del incidente, de él y de todo el tiempo que tardó en recuperar la confianza en sí misma. Se convirtió en una nueva Carlie, en una mujer fuerte que anteponía su carrera a todo lo demás, que luchaba cada dato de audiencia, que trabajaba sin descanso, una mujer de la que cualquiera podría sentirse orgulloso de llamar pareja.

Las relaciones no estaban en su punto de mira, por lo que aunque trató de conocer a alguien con quien compartir su éxito, su carrera se interpuso y ella le dio prioridad.

No lamentaba estar sola. La única persona con la que había querido realmente compartir su vida estaba en el pasado. Carter Morton no era alguien que mereciera la pena recordar y Carlie Jensen no miraba para atrás ni para coger impulso. Hasta que llegó a la redacción de su programa un vídeo que lo removiό todo de nuevo y que, sin saberlo, se convirtió en el principio del fin de su carrera.

De alguna manera, el jugador de la NHL, Carter Morton, era la piedra con la que Carlie Jensen tropezaba una y otra vez, y el único con la fuerza suficiente como para hacer que su mundo perfecto, construido con sangre, sudor y lágrimas, se tambalease sobre sus cimientos hasta el punto de que tuvo que volver a reinventarse para salir airoso de debajo de ellos.

Capítulo 1



**Cinco años después.
Seis semanas antes de San Valentín.**

Carter no tenía muy claro que su inesperada decisión sería bien recibida. Llevaba conduciendo desde la madrugada cuando se le ocurrió la idea. Se había acostado con intención de descansar para el entrenamiento del día siguiente, pero su mente estaba llena de Carlie y de todo lo que le había sucedido en apenas unas semanas. Consciente de que gran parte era su culpa había luchado consigo mismo y terminó por decidirse a actuar.

Un movimiento que no tenía ninguna duda de que el club de *hockey* al que pertenecía, y cuyo entrenamiento se había saltado, iba a tener algo que decir, de lo que no estaba seguro era de si iba a ser bien recibido o no por la persona a la que había ido a ver, y en la que no podía dejar de pensar. Ridículo dado el tiempo que había pasado y los esfuerzos hechos tratando de no pensar en ella.

Le sorprendió que Carlie siguiera viviendo en el mismo apartamento en Brooklyn que había alquilado cuando llegó a la ciudad. El mismo en el que habían vivido su relación, escondidos del resto del mundo.

Había trabajado mucho desde entonces y cosechado grandes éxitos, por lo que imaginó que se habría mudado a Manhattan y se habría comprado un ático, que no lo hubiera hecho le dejaba

claro que no la conocía tanto como él creía.

Durante el tiempo que habían estado juntos se preocupó más porque nadie supiera de su relación, que de disfrutarla. Carlie le había gustado desde el primer minuto en que entró en la sala de entrevistas y le lanzó la primera pregunta: «además del *hockey* ¿qué otra cosa ama Carter Morton?»

La pregunta le dejó mudo. No tenía ninguna respuesta porque jamás se había planteado realmente la cuestión. Por supuesto que adoraba a su madre, pero no era a lo que ella se refería. Lo que le estaba preguntando era qué otra cosa, además de su profesión, le hacía levantarse cada mañana, le alegraba y le emocionaba.

Carter no tenía pareja, ni aficiones. Su vida se basaba en entrenar, jugar partidos y salir con sus compañeros a celebrar las victorias. Por supuesto que nunca le faltaba compañía: era un jugador de la NHL y era guapo, el combo perfecto para que las mujeres desearan pasar tiempo con él, pero nada de eso podía equipararse a lo que el *hockey* le aportaba.

—A mi familia —contestó, optando por lo fácil.

Ella sonrió discreta, pero había decepción en sus ojos. Como si hubiera esperado que fuera más profundo de lo que en realidad era.

Regresó al presente y llamó al timbre de Carlie cruzando los dedos para que le abriera. Por suerte para él, lo hizo sin siquiera preguntar quién era. Sin pararse a pensar mucho en el asunto, entró y subió en el ascensor, presionando el botón del tercero, en el que estaba su apartamento. Al salir se encontró con un pasillo lleno de cajas de mudanza y adivinó que esa era la razón por la que le había abierto sin preguntas, porque estaba esperando a los encargados de la mudanza.

La puerta del apartamento estaba abierta, de modo que entró en él decidido a hablar con ella. Desde que se expuso su antigua relación las consecuencias para Carlie habían sido catastróficas. Se le había retirado el programa que presentaba, aquel que había puesto al descubierto sus escarceos durante el tiempo en que estuvo prometido con Alisha Hayer. Las altas esferas de la cadena habían considerado que la actitud de Carlie era vengativa y amarillista, como si con ello no hubiesen conseguido el mejor *rating* de sus carreras. Como fuera, la única persona que había salido perdiendo con todo ello era la propia Carlie. A pesar de ser él quien había engañado a su pareja, solo se llevó un pequeño rapapolvo por parte del club y de un pequeño sector de los aficionados, pero fue rápidamente perdonado cuando comenzó a marcar goles en cada uno de los partidos que disputó. Estar cerca de llegar a los *playoff* de la copa Stanley significaba ser bendecido con el perdón.

—Carlie —llamó, no queriendo asustarla ni adentrarse más en su casa sin permiso. Igualmente, tampoco podría haberlo hecho porque un perro de cincuenta kilos se plantó frente a él, decidido a impedirselo.

El animal ladró con la mirada fija en él. Carter no estaba seguro de si pretendía intimidarle o alertar a su dueña sobre su inesperada aparición.

—Tranquilo, bonito —pidió—. No voy a hacer nada malo. ¡Lo prometo!

La voz de Carlie sonó cerca de ellos, como si se estuviera acercando por el pasillo.

—¡Ares! Deja a los... —se calló al llegar a la entrada y ver quién estaba allí.

El perro corrió para ponerse delante de su dueña, protegiéndola con su cuerpo.

—Todo está bien, Ares —lo tranquilizó ella, pasándole la mano por el lomo.

El can era un Boyero de Berna, quienes teóricamente eran afables y gentiles, pero el modo en que lo monitoreaba no hacía que Carter pensara en él como bonachón y cariñoso.

—¿Qué haces aquí?, ¿cómo has entrado?

—He venido porque quiero hablar contigo, sobre cómo he entrado, tú misma me has abierto

la puerta.

—Pensé que eran los de la mudanza —musitó, más para sí misma que para darle a él una explicación.

—¿A dónde vas? Si puede saberse.

—Regreso a casa.

Carter abrió la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido de ella. Era evidente que Carlie se había rendido si tenía intención de abandonar la ciudad en la que llevaba años trabajando.

Su silencio fue malinterpretado por su antigua pareja porque en seguida trató de justificar su decisión.

—No te preocupes —pidió muy seria—. Boston es lo bastante grande como para que no tengamos que encontrarnos nunca. —Irguiéndose todavía más siguió—, puedo prometerle que nunca iré al estadio a verte jugar. Nadie sabrá que vivimos en la misma ciudad. Después de que cancelaran el programa dejé de ser un interés para la prensa.

Carter notó que no parecía resentida sino más bien resignada, aliviada quizás.

—No me preocupa y si me dejas explicarte el motivo por el que estoy aquí entenderás que tampoco me molesta que la gente sepa que vivimos en la misma ciudad.

Carlie le observó con fijeza sin decir nada unos segundos que pusieron nervioso a Carter.

—No fue personal —dijo, por fin—. Las imágenes llegaron al programa y de no haberlas sacado nosotros lo habría hecho alguien más. Por no mencionar que, aunque era la presentadora, no tenía la potestad de tomar decisiones de ese calibre.

—Lo sé, ¿podemos hablar? —insistió.

—Tenía la sensación de que eso era lo que estábamos haciendo.

Carter la miró con cierta molestia. Seguía en la entrada de su apartamento y ni siquiera le había dejado decir abiertamente lo que le había llevado hasta allí.

Consciente de que estaba siendo grosera, Carlie asió a Ares por la correa para apartarlo y permitirle pasar.

—Entra, pero no tengo nada que ofrecerte. Me marcho hoy mismo de aquí.

—Estoy bien. No necesito nada.

Carter la siguió hasta el comedor, y se dio cuenta de que realmente se marchaba. Allí solo había cajas, ni una sola silla en que sentarse.

—Puedes sentarte en una de esas —ofreció—, son resistentes y lo de dentro son libros. Estoy segura de que aguantarán tu peso.

Dando ejemplo ella misma se sentó encima de una de las cajas y esperó a que hablara:

—Siento mucho lo que te ha pasado —comenzó él—. No debería haberte afectado hasta el punto de perder tu trabajo, después de todo tú no hiciste nada malo.

Carlie se encogió de hombros, decidida a no demostrarle lo destrozada que estaba por lo sucedido.

—Así son las cosas. Si hubiese sido a la inversa y yo fuera el hombre, quizás ahora estarían aplaudiéndome por darte tu merecido.

—Es posible y no es justo que tú hayas sido despedida y que a mí no me haya sucedido nada.

—¿Has venido a regodearte?

—Por supuesto que no. He venido a ofrecerte mi ayuda —anunció muy serio.

—Te lo agradezco, pero no hay nada que puedas hacer —se levantó de su improvisado asiento, dándole a entender que la conversación había terminado. No obstante, Carter no se dio por enterado.

—Sí que lo hay.

Carlie suspiró exageradamente para hacer notar su frustración y espero a que continuara.

—Empecemos una relación.

—¿Te han dado algún golpe grave en tu último partido? —inquirió, molesta—, ¿o solo estás aquí para burlarte de mí?

—Ninguna de las dos. Hablo en serio.

—Eso es todavía peor.

—Piénsalo. Todo esto comenzó porque la gente se enteró de que tuvimos una relación, si no se hubiese filtrado nada habría sucedido.

—Soy consciente de ello, pero no veo cómo volver a salir contigo podría arreglar mi carrera.

—Porque si volvemos a estar juntos significará que me has perdonado por nuestro pasado y que yo te he perdonado a ti por airear mis indiscreciones. Si no hay mal rollo entre nosotros, nadie podrá atacarte por tu supuesta venganza.

—Gracias, Carter. Es una oferta muy generosa, pero no creo que sea la solución.

—¿Por qué?

—Porque ya no nos conocemos y no puedo confiar en ti. No voy a fingir que estoy saliendo contigo si dos días después vuelves a aparecer en los tabloides con otra conejita. Mi reputación ya está bastante dañada, no necesito volver a estar en boca de todos. Lo que realmente me ayudaría es que se olviden de mí por un tiempo.

—He cambiado.

—Es posible, pero no voy a arriesgarme a comprobarlo. No después de todo lo que he tenido que pasar estas últimas semanas.



Capítulo 2

Carlie no podía quitarse de la cabeza la visita de Carter y mucho menos su descabellada propuesta. No era la primera vez que se veían en los cinco años transcurridos desde que rompieron su relación, pero sí que había sido la única ocasión en la que se habían visto a solas y desde tan cerca. Puede que no hubiese cambiado su lugar de residencia, pero la vida de Carlie había dado un giro de ciento ochenta grados desde su ruptura, había pasado de ser solo una periodista novata que había conseguido una oportunidad gracias a su trabajo duro y no podía negar que también habían facilitados las cosas los contactos de su padre, uno de los periodistas deportivos más valorados del país, a ser una celebridad por sí misma. Y como tal, había acudido a infinidad de fiestas en las que Carter también estaba allí, por supuesto, rodeado de famosos de todos los ámbitos primero y tiempo después de su prometida.

Decidida a no pensar en él, centró su atención la música que llevaba puesta y en la carretera. Katy Perry la animaba a luchar, a levantarse después de una caída, a rugir... y estaba dispuesta a hacerlo. Por segunda vez a sus veintinueve años, estaba comenzando una nueva vida, y Carter Morton y todo lo negativo que le había aportado no tenía cabida en ella, que se hubiera ofrecido a ayudarla no cambiaba nada de lo que había sucedido.

Ella misma iba a reinventarse, a demostrarles a todos los que la habían juzgado y sentenciado, que no era la bruja vengativa que habían creído que era. Y sí, era consciente de que se había portado mal con Alisha Mayer, pero su actitud tenía que ver más consigo misma que con la cantante.

De algún modo, se había visto reflejada en ella y había interiorizado las experiencias de ambas con el mismo hombre, haciéndola consciente de que aún no había superado sus propios conflictos.

Alisha había sido el reflejo de todo lo que había sentido, vergüenza por no ser suficiente, dolor y pérdida y su respuesta inconsciente había sido arremeter contra ella, contra lo que la hacía débil e inadecuada.

Había sido despiadada con ella porque se veía a sí misma en Alisha. Carlie también había sido engañada por Carter, también había estado enamorada de él, pero a diferencia de Alisha, ella había tenido que ocultarse del mundo mientras que ellos anunciaban al universo su compromiso, otra losa más que pesaba como nada sobre su sensación de no ser suficiente.

No había tratado de justificarse, no estaba orgullosa de lo que había hecho y nunca lo estaría, pero el rencor que se guardaba a sí misma por haber accedido a mantener su relación en secreto era mayor que el que sentía por Carter. Ella era la que debería de haber sido responsable de sus propios sentimientos, la que tendría que haberse puesto por delante, la que debería exigir su lugar, y no lo había hecho. Había permitido que la trataran como a un sucio secreto y se avergonzaba de ello, tanto que pagó sus frustraciones con quien menos debía.

Ares comenzó a lloriquear en el asiento de atrás donde iba atado con su arnés de seguridad para el coche, y Carlie comprendió que era el momento de parar, dejar que estirara las piernas, hiciera sus necesidades y bebiera un poco de agua. Llevaba dos horas conduciendo y todavía le quedaban un par más, lo que la llevaría a Boston a tiempo para tomarse el té con sus padres. Su madre era inglesa de nacimiento y jamás, a pesar del tiempo que llevaba viviendo en Estados Unidos, había perdido ni su acento ni su costumbre de tomar el té a las cinco. Por ello se dejaba esa hora libre de pacientes para poder disfrutar de sus minutos de paz.

Katherine Jensen, de soltera Thompson, se tomaba las tradiciones muy en serio y al trabajar desde su casa, donde ejercía de psicóloga, podía mantenerlas sin grandes inconvenientes.

Carlie se desvió hacia un área de servicio y estacionó lo más alejada posible de los pocos vehículos que había aparcados. Llevaba su larga melena rubia oculta bajo una gorra de beisbol y unas gafas de pasta enormes que la gente no asociaba a la Carlie Jensen de la televisión. Sin embargo, era imposible no fijarse en una mujer con un perro enorme que conducía un camión de mudanzas.

Se tomó unos segundos antes de animarse a salir. Necesitaba un café, lo que la iba a obligar a entrar en la cafetería del área de servicio. Suspiró resignada y abrió la puerta para bajar.

Sacó a Ares y buscó el cuenco de este y una botella de agua.

Lo dejó correr puesto que no había mucho movimiento de coches y le preparó el líquido para que bebiera cuando se cansara de hacerlo.

—No seas cobarde —se dijo—, necesitas un café.

Ares se acercó a ella tan protector como siempre.

—Necesito que me esperes dentro mientras voy a por sustento —le dijo al can, sabedora de que este la entendía perfectamente.

El animal pareció reticente a dejarla ir sola.

—Vuelvo en unos minutos —le dijo, muy seria.

Hablar con su perro era algo habitual y no se avergonzaba de ello. Ares era su única familia en Nueva York, por lo que era a él a quien le contaba sus problemas y a quien recurría en busca de consuelo.

Poco convencido de dejarla ir, dio un par de ladridos para dejar claro que no estaba de acuerdo con ella, pero entró en el asiento trasero del camión tal y como su dueña le había pedido.

—No tardo —anunció cerrando la puerta.

Arrebujándose en el abrigo echó a andar hacia la cafetería, asegurándose de que la gorra estuviera bien puesta. Notó el calor y el aroma a café recién hecho en cuanto cruzó la puerta.

Por suerte solo había dos mesas ocupadas y una única camarera tras la barra.

Se acercó a esta con timidez, pero decidida a conseguir lo que quería. La chica la miró como a un cliente más, lo que logró que se tranquilizara. Desde que la prensa había sacado a relucir su relación con Carter se había encontrado con algunos espontáneos que se creían con derecho a darle su opinión por lo sucedido y, aunque la mayoría habían sido duros, pero educados, se había topado con algunos menos... amables.

—Bienvenida a New London, ¿qué te apetece tomar?

—Un café para llevar, por favor.

—Enseguida —anunció, dándose la vuelta y comenzando a hacerlo.

Carlie tomó asiento en un taburete en la barra y esperó a que su pedido estuviera listo. Por instinto sacó su móvil y se puso a revisar sus redes sociales. Había tenido que deshabilitar los mensajes y los comentarios por una simple cuestión de salud mental y, aun así, no podía evitar curiosear acerca de lo que se estaba diciendo. Aunque, gracias al universo, el tema candente había cambiado y en esos días se centraba en el compromiso entre Caleb Blake y Alisha Mayer.

—Aquí tienes —anunció la camarera, sobresaltándola.

Le había puesto delante una taza de café para llevar y un puñado de bombones.

—Gracias, pero... no he pedido esto —comentó señalando los dulces.

—Lo sé —dijo ella, encogiéndose de hombros—, pero el que no los hayas pedido no significa que no los necesites.

Así que sí que la había reconocido.

—Gracias, yo...

—No es nada —la cortó al notar su incomodidad—, estamos a tres de enero. La Navidad ha terminado y ahora comienza la campaña de San Valentín, los bombones son un regalo para los clientes —explicó con una sonrisa—, aunque solo los comparto con aquellos que me caen bien.

—Gracias y tenías razón, no los he pedido, pero sí que los necesito —concedió, sintiéndose abatida.

—La gente es muy rápida en juzgar a los demás, pero cuando ellos son los juzgados se quejan por la falta de empatía.

—Eres muy joven para ser tan sabia.

La chica sonrió, encantada con el cumplido.

—Soy camarera. He visto mucho y he escuchado más.

Carlie asintió al tiempo que sacaba un billete de veinte de su bolsillo y lo dejaba sobre la barra.

—Gracias, Sam —dijo leyendo el cartelito con su nombre—, y quédate con el cambio.

—¡Suerte, señorita Jensen!

Carlie asintió con una sonrisa y salió al exterior para reunirse con Ares y continuar con su viaje. Sam no lo sabía, pero acababa de hacer su buena obra del año.

Capítulo 3



Media hora antes de llegar a Boston había llamado a sus padres y a su mejor amiga, Kelsey Collins, para descubrir que los tres estaban juntos y en su casa, esperándola para recibirla y ayudarla a mover las pocas cosas que llevaba en el camión.

Carlie siempre había sabido que terminaría viviendo en su ciudad natal, por lo que había invertido el dinero ganado en comprarse una casa allí y había seguido viviendo en el mismo apartamento de Nueva York al que se había mudado cuando llegó a la ciudad. La cadena le había ofrecido en más de una ocasión un apartamento en Manhattan, pero se había negado a trasladarse solo por aparentar. Le gustaba su casa y le gustaban sus vecinos. Esos que le echaban un ojo a Ares cuando se le hacía tarde en el trabajo y con los que podía contar para recogerle los paquetes cuando el portero estaba fuera haciendo recados.

Con esa certeza en mente había comprado su casa en Bacon Hill, donde vivían sus padres, el lugar en que el había pasado su infancia y adolescencia. Que su mejor amiga también viviera y trabajara cerca, Kelsey era la dueña de la agencia de eventos más importante de la ciudad, había sido un plus que terminó por decantar la balanza a su favor y en contra de North End, su otra opción.

Sintiéndose nerviosa porque estaba a punto de comenzar una nueva vida, condujo el camión hasta la puerta de su casa. Como si hubiesen estado mirando por la ventana, sus padres y Kelsey salieron a toda prisa por la puerta.

—¿Preparado para los achuchones? —le preguntó a Ares, quien lloriqueaba, consciente de

que habían llegado a su nuevo hogar.

Antes de que fuera capaz de abrir la puerta y salir del vehículo, su padre ya se había ocupado de ello, ayudándola a descender del camión de mudanzas y abrazándola emocionado de tenerla en casa y en esa ocasión con intención de quedarse.

Carlie podía escuchar a su madre y a su amiga revolotear alrededor, esperando que fuera su turno para abrazarla. Notó a Ares tratando de unirse al abrazo y comprendió que alguna de ellas le había dejado salir.

Tardaron casi diez minutos en saludarse y decidirse a abrir la caja del camión para sacar sus cosas. Todo lo grande había sido enviado y estaba segura de que su madre ya lo habría desembalado para colocarlo. No obstante, el pequeño vehículo transportaba algunas cajas importantes como su ropa, su ordenador, sus archivos de trabajo y la gran mayoría de sus libros. De algún modo, había dejado lo que ella consideraba más valioso para llevarlo ella misma.

Nada más entrar a su casa notó el aroma del té chai y sonrió. Era su favorito y era evidente que su madre lo había preparado en su honor.

Pasaron la tarde entrando las cajas, bebiendo té y charlando, y un par de horas después, sus padres se marcharon con la tarea de devolver el camión a la empresa de mudanzas. Su padre lo conduciría y su madre le seguiría en su propio coche para así recogerlo una vez que lo devolviera a la compañía de mudanzas.

Eso dejó a Kelsey y a Carlie a solas para poder hablar tranquilas.

A pesar de las pastas y el té que había preparado su madre cuando se hizo la hora de cenar pidieron una pizza y Carlie abrió una de las botellas de vino que había ido acumulando al recibirlas como regalo. Se trataba de un vino espumoso italiano, dulce y sabroso que entraba fácil sin embotar la cabeza.

No era una persona aficionada a la bebida, de ahí que tuviera un arsenal de vino acumulado, pero la ocasión bien merecía un brindis.

—Me alegro de estar en casa —comentó la periodista al tiempo que brindaba con su amiga—. Nueva York no es para mí. Demasiada gente, demasiado tráfico, demasiado... todo.

—Yo en cambio sería feliz viviendo allí —fantaseó Kelsey, recogiendo el cabello largo y oscuro en una coleta.

—Lo serías, los primeros meses, pero después echarías de menos esto —vaticinó, convencida de sus palabras.

—Es posible, pero disfrutaría la experiencia. Durase lo que durase. —Y añadió—: tengo el loco sueño de abrir otra oficina de *Congrats* en la gran manzana.

—No es loco. Estoy segura de que si te lo propones lo conseguirás.

—Es loco porque no puedo estar en dos ciudades a la vez.

—Puedes delegar y formar a trabajadores.

—Aquí ya tengo un nombre —se encogió de hombros—, empezar de cero es duro.

—Supongo que soy la persona adecuada para corroborar eso. Esta es la segunda vez que tengo que reinventarme.

—Estoy segura de que todo te irá bien. Eres una trabajadora nata y ahora estás en casa.

—Lo estoy. Boston es mi hogar.

No podía negar que había sido feliz el tiempo en que había vivido en Nueva York. Había disfrutado muchísimo de su trabajo y había conocido a gente maravillosa y a pesar de lo que le había sucedido después, no le guardaba resquemor a la ciudad ni culpaba a nadie más que a sí misma de lo sucedido.

Si no hubiese echado tanto de menos a su familia y a sus amigas quizás se hubiese quedado

allí, pero necesitaba hacer borrón y cuenta nueva y un cambio de aires era el primer paso para lograrlo.

—¿Qué vas a hacer ahora?, ¿has pensado en algo?

—No lo tengo decidido, aunque tengo algunas ideas en mente.

La morena asintió muy seria y circunspecta.

—Sabes que puedes venir a trabajar conmigo cuando quieras. Incluso puedo hacerte socia —ofreció Kelsey sin ambages—. Si no hubiese sido por ti y por tus contactos *Congrats* no sería lo que es.

—Has trabajado muy duro —protestó Carlie—, no te quites mérito.

—No lo hago. Solo te hago saber que voy a estar ahí para ti siempre. Sé que tienes otros sueños más ambiciosos, pero *Congrats* y yo estaremos a tu lado siempre que nos necesites. —Se rio antes de decir lo que estaba pensando—, o si no puedes trabajar con Kenneth.

—Muy graciosa. No soy una persona de gimnasio, prefiero correr al aire libre.

—Lo sé. Era un comentario para recordarte que tienes opciones y que estamos contigo.

—Nunca lo he dudado. —Se inclinó para tomar su mano y estrechársela en un gesto de agradecimiento—. Tengo mis proyectos, es solo que no sé muy bien si la idea que tengo va a funcionar. No se trata de ser ambiciosa, sino de no rendirme.

—¿Quieres contármelo? —Kelsey parecía tan emocionada e ilusionada por ella que no pudo decirle que no, a pesar de que no era una decisión en firme.

—He pensado en abrir un canal de YouTube y contar mi propia historia. Entrevistarme a mí misma, supongo.

—Es una idea fabulosa —aplaudió con sus ojos azules brillantes de emoción.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. ¿Tú no?

—Puede ser un éxito o un fracaso. La idea es comenzar conmigo y luego entrevistar a otras personas. Gente famosa que me debe favores, aunque conforme está la opinión pública conmigo no sé si estarán dispuestos a ayudarme.

—Tienes opciones, lo sabes ¿verdad? —levantó el dedo índice—: primero tenemos a tu padre, que es un periodista hipervalorado, después está tu madre, una psicóloga de éxito con más de siete libros súper ventas, mi hermano Kenneth, un atleta queer, y me tienes a mí —al terminar tenía cuatro dedos en alto—. No soy nadie en realidad, pero estoy dispuesta a exponerme si me necesitas.

—Gracias, Kels. Voy a darle algunas vueltas antes de decidirme.

—Tómate el tiempo que necesites, pero no abandones la idea porque es genial, igualmente, no es tu única opción, puedes tratar de escribir sobre tus propias experiencias o tal vez una historia de ficción.

—Supongo que tengo a mi madre para que me asesore en ese campo.

—Ya te he dicho que no estás sola.

—Empiezo a darme cuenta de que es cierto —aceptó con una sonrisa.



Capítulo 4

Carter se había llevado la bronca de su vida por parte de su entrenador que había terminado castigándolo en la sala de pesas del gimnasio e impidiéndole salir al hielo. Había sido consciente, cuando se saltó el entrenamiento, de que iba a ser sancionado, pero no esperaba que su entrenador fuera el que se ocupara de ello. Había recibido su apoyo incondicional cuando salieron a la luz sus esgarceos amorosos y ahora por saltarse un solo entrenamiento lo castigaba fuera del hielo.

Se concentró en sus series mientras pensaba en su encuentro con Carlie y en cómo se había negado a dejarse ayudar por él. Podía entender que no se fiera de sus buenas intenciones o que se preocupara por su falta de fidelidad, pero Carter estaba comprometido a sacarla de la espiral de odio en la que se había visto envuelta y si para ello debía de olvidarse de las citas y de los romances de una noche, estaba más que dispuesto a hacerlo. Él no era su padre. Él podía ser fiel a una mujer si realmente se comprometía a hacerlo. Le había sido fiel a Alisha durante el principio de su relación, pero cuando las cosas comenzaron a ir mal, en lugar de hablarlo con ella, optó por lo fácil y vivió una vida a parte.

La distancia que les separaba y lo poco que podían verse, dadas sus carreras, los habían alejado. Por lo que se había perdido en una existencia paralela que le servía de vía de escape al desastre en que se estaba transformando su relación. Para Carter era más fácil llevar una doble vida que afrontar sus problemas, su padre se lo había enseñado y él lo había aprendido muy bien.

En cualquier caso, Carlie no tenía nada de lo que preocuparse. A pesar de lo que ella creía

que había sucedido en su relación, él nunca le fue infiel. Durante el tiempo que estuvieron juntos se olvidó del resto de mujeres que buscaban su atención y respetó su relación, aunque fuera secreta. Las cosas comenzaron a tambalearse cuando sus compañeros, e incluso su agente, cuestionaron su actitud, después de todo nadie sabía que estaba saliendo con alguien, por lo que se extrañaron al verle rechazar propuesta tras propuesta.

Sus propias inseguridades, la presión de sus compañeros y las enseñanzas con las que había crecido lo llevaron a terminar su relación con Carlie y a volver a las andadas. Durante los meses siguientes trató de olvidarse de ella en una cama distinta cada noche, y finalmente lo consiguió. Aunque su recuerdo le atormentara de vez en cuando, consciente de que él mismo había destruido cualquier posibilidad que hubiese tenido de ser feliz.

Con semejante panorama podía comprender que ella no aceptara su ayuda, de cualquier modo, debía encontrar la manera de conseguir que Carlie accediera a confiar en él y en la salida que le estaba ofreciendo.

La música de fondo que amenizaba la sesión en el gimnasio cambió y *Rock your body* de Justin Timberlake comenzó a sonar. Siguiendo el ritmo de la canción Carter desconectó por unos minutos de sus pensamientos y dedicó toda su atención a terminar con las series de bíceps que había comenzado.

Estaba a punto de hacer la última tanda cuando Noah Bentley, su mejor amigo en el equipo y Maurice Lemieux, el portero, entraron en el gimnasio.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó con interés.

Con un poco de suerte no iban a vetarle también para el resto de la sesión de entrenamiento.

—En media hora comenzamos con el visionado de vídeos —anunció Bentley—, pero no sé si el entrenador te va a permitir asistir o si vas a tener que quedarte aquí matándote todo el día.

—Yo voto porque va a dejarte asistir —animó Lemieux.

—No estoy tan seguro —se lamentó Carter—, se lo ha tomado bastante mal.

—¿Qué esperabas? —replicó Bentley.

—Joder, Noah. No esperaba que se lo tomara así, eso seguro —explicó—. Solo ha sido un entrenamiento, no es para tanto.

—Lo es, pero ¿se puede saber dónde estuviste? Porque sabe Dios que te llamamos todos y no contestaste a nadie.

—Fui a ver a alguien.

Bentley le miró con una ceja arqueada, esperando que se explicara. Lemieux, por su parte siguió en la máquina de remo, pero era evidente que también estaba atento a su respuesta.

—A Carlie.

—¿Perdona? —alucinó Bentley—, ¿estás loco o te dieron un golpe demasiado fuerte en el último partido?

Se echó a reír al pensar en que ella le había dicho lo mismo el día anterior.

—Necesita mi ayuda, pero no la quiere.

—Por supuesto que no —intervino Lemieux—. Si los chismes son ciertos fuiste un cabrón con ella, ¿por qué narices iba a fiarse de ti?

—Bueno, ella tampoco fue muy amable exponiendo sus infidelidades —le defendió Bentley.

—Si no hubiese sido su programa lo habría sacado otro —insistió el canadiense.

—Eso mismo es lo que dijo ella —secundó Carter—. La noticia llegó a su programa, pero si la hubiesen rechazado otro lo hubiese sacado.

Bentley bufó, pero no dijo nada.

—Tampoco creo que tengamos que echarle la culpa por sacarlo a la luz. De acuerdo que era

la presentadora, pero dudo que tuviera la última palabra en el tema de contenidos.

—Eso es cierto —secundó Carter.

—Tú dirías cualquier cosa para exonerarla —se burló Bentley.

—Lo haría, pero en este caso es la verdad. Además, quiero ayudarla, pero no se fía de mí y no puedo culparla por ello. Lo que necesito es encontrar el modo de hacerlo sin que proteste.

—¿Cuál es tu idea? —inquirió Bentley a regañadientes.

No estaba muy seguro de que fuera buena idea que su amigo volviera a involucrarse con la presentadora. Había tenido suerte y el escándalo no le había pasado la factura que todos habían esperado, pero arriesgarse a repetir la jugada era una locura.

Era un gran jugador, en un gran equipo y la campaña de limpieza que le había hecho los del departamento de relaciones públicas había suavizado los constantes titulares y las entrevistas que sus amigas habían dado a la propia Carlie, pero si salía algo más al respecto iba a ser complicado volver a salir airoso.

¿Para qué arriesgarse si había capeado lo peor?, cuando se filtró su pasada relación con la periodista, cualquier alusión a las infidelidades de Carter quedaron en un segundo plano a favor de Carlie Jensen y su *vendetta* contra él. Que se cancelara su programa fue el detonante que acabó de un plumazo con su carrera y que había borrado de las búsquedas en Internet los escaños del deportista.

—Le he ofrecido fingir una relación.

—Definitivamente estás loco.

—No lo estoy. Si salimos juntos abiertamente, la gente le quitará importancia a la situación. Si yo, que se supone que soy el damnificado, la he perdonado, ¿por qué no iba a hacerlo la gente a la que no le afecta en nada la situación?

—No creo que sea tan fácil como crees —le desanimó el portero—. Ava dice que hay mucho *hater* en redes hablando mal de ella.

Carter no se desanimó, aunque la esposa de Lemieux creyera que la situación fuera tan mala.

—Es posible, pero podríamos intentarlo.

—¿Seguro que lo haces para ayudarla? —preguntó Bentley en un tono acusador.

—¿Qué quieres decir?

—Te conozco y puedes parecer un patán, pero estoy seguro de que te sientes culpable por lo que le ha pasado. Por no hablar de lo que le hiciste en el pasado.

—Por supuesto que me siento culpable.

Su amigo asintió con vehemencia.

—¿Puedo preguntarte algo? —pidió Lemieux, bajando de su máquina y plantándose delante de él.

—Puedes.

—Si se supone que nadie sabía de tu relación con ella... ¿cómo es posible que se filtrara y con tantos detalles?

Carter sintió un nudo en la garganta. Había sabido que llegaría el momento en que alguien le haría la pregunta y se vería obligado a contar lo que había sucedido.

—Se lo dije a una persona. Estaba borracho y... simplemente me fui de la lengua.

—¿A quién? —se burló Bentley—, ¿a una de tus amiguitas?, ¿esas que han paseado tus devaneos por todos los canales que les han pagado por ello?

Carter negó con la cabeza evitando el contacto visual con sus amigos.

—No soy tan imbécil. Se lo dije a mi padre —confesó, todavía sin mirarlos. Avergonzado y dolido consigo mismo por haber sido tan estúpido como para confiar en la persona más

traicionera que conocía.

—¡Joder! —masculló Lemieux.

—Maldito hijo de perra —sentenció Bentley—. El muy cabrón te vendió por dinero. Después de todo lo que te ha sacado desde que eras un crío.

Carter asintió, pero siguió sin hacer frente a sus miradas.

La aparición del entrenador Grant Foster hizo que la conversación cesara de golpe y tras un nuevo rapapolvo por parte de este, Carter fue invitado a visualizar con sus compañeros los vídeos de sus rivales previos al partido de esa noche.



Capítulo 5

Carlie se levantó temprano, como hacía siempre, aunque ya no tuviera que ir a trabajar, y tras asearse, se vistió con ropa deportiva térmica, le puso el arnés a Ares y una chaqueta canina que le hacía verse adorable y se dispuso a sacarlo a correr por el parque. Se puso los auriculares y le dio a reproducir a su *playlist* para correr. *Run* de OneRepublic comenzó a sonar y Carlie trató de dejar la mente en blanco y disfrutar del aire frío que golpeaba sus mejillas mientras se ejercitaba.

Se había pasado gran parte de la noche meditando sobre lo que iba a hacer y tras darle muchas vueltas había decidido abrir el canal y comenzar con las entrevistas. Su primera invitada sería ella misma y dependiendo de cómo fuera la acogida decidiría sus siguientes pasos.

Para comenzar con su nueva vida había dejado en casa su gorra y había salido a correr sin disfraces, siendo ella misma.

No estaba segura de si era porque las cosas se estaban calmando y había un nuevo escándalo en alza, porque la gente de su barrio estaba acostumbrada a verla o simplemente porque era temprano y había poca gente en la calle, el caso es que nadie se creyó con derecho a llamarle la atención o a criticarla por lo que había destapado en su programa.

Cuando regresó a su casa se sentía más animada y decidida a salir del bache. Tras ponerle agua y comida a su perro, se metió en el cuarto de baño para darse una ducha y prepararse para su nuevo reto.

Una hora después estaba lista y con ganas de comerse el mundo. Había decidido dejar las lentillas y ponerse sus gafas. Después de todo, si iba a ser ella misma podía comenzar con ese

pequeño gesto. Con esa idea en mente se vistió cómoda: vaqueros, un jersey verde manzana y unas Converse del mismo tono del jersey.

Iba a grabar su propia entrevista como si se tratara de dos personas diferentes: la Carlie periodista, que todo el mundo conocía, y la Carlie de fuera de cámaras. La que veía mal de cerca y que no estaba tan interesada en verse perfecta en todo momento sino en hacer las cosas bien.

Entró en la cocina y se preparó un café mientras hacía una lista mental de todo lo que debía hacer antes de ponerse a grabar. En primer lugar, debía abrir el canal, hacer los banners y la publicidad y decidir qué preguntas iba a responder.

Con una humeante taza en la mano se metió en su despacho y se sentó en su escritorio donde tenía el ordenador, una de las primeras cosas que había desembalado cuando llegó. Por suerte, su casa de Boston era su refugio y siempre había estado perfectamente equipada. Lo único que se había llevado de su apartamento en Nueva York era su ropa y sus zapatos, que ocupaban la mayoría del espacio en el camión de mudanzas, sus archivos, sus libros y el arte que había adornado su piso.

Los muebles, la televisión, la cama... y todo el mobiliario en general los había comprado para esa casa y nunca habían salido de allí.

Como si quisiera asegurarse de que estaba bien, Ares entró en el despacho y tras comprobar que no estaba sucediendo nada peligroso, se subió de un salto a uno de los sillones para leer que había puesto junto a la amplia ventana.

Sintiéndose protegida y respaldada por su mascota, la periodista se dispuso a escribir las preguntas de su entrevista. Una vez que lo tuvo todo organizado abrió el canal y trasteó las imágenes que iba poner en él. Por suerte, tenía experiencia en edición y en casi cualquier cosa que fuera trabajo duro. Antes de ser una exitosa presentadora había comenzado como becaria, después pasó a ser reportera y redactora. No era ajena al trabajo detrás de cámaras, lo que le iba a permitir gestionar a la perfección el canal que acababa de abrir y que esperaba que fuera el paso adecuado para su nueva vida.

Nerviosa y emocionada a la vez, se levantó para ver dónde iba a grabar la entrevista. Una vez que lo tuvo claro, colocó las luces y la cámara y comenzó grabando la parte en la que la Carlie con gafas contestaba a las preguntas. Se abrió en canal, siendo sincera en todo momento, asumiendo la culpa de lo que había gestionado mal y exponiendo los hechos sin excusas ni dobleces.

Cuando terminó estaba temblando, pero no podía permitirse parar, por lo que se encaminó a su dormitorio, se cambió de ropa con algo que la Carlie de televisión se pondría para el programa: una blusa y un pantalón de vestir y tras deshacerse de las gafas, se retocó el maquillaje.

Grabar las preguntas fue mucho más fácil que responderlas, por lo que en menos de media hora había terminado con esa parte de las grabaciones.

Decidió tomarse un respiro para comer, de modo que volvió a vestirse cómoda y se sentó frente a su ordenador de nuevo, decidida a encontrar algún restaurante con servicio a domicilio que abasteciera su vacía nevera.

Estaba escribiendo en el buscador cuando llamaron al timbre.

Ares fue el primero en ponerse en movimiento y a juzgar por el modo en que movía la cola parecía encantado con su visitante.

Se asomó por la ventana, pero no pudo ver quién era la persona tras la puerta, igualmente Ares no parecía querer otra cosa más que saludar a su visita, por lo que imaginó que serían sus padres, Kelsey o incluso Kenneth, a quien todavía no había visto desde su regreso.

Ni en un millón de años hubiese esperado encontrarse con su primer jefe frente a su puerta. Jackson Wildes era el director de la cadena local de radio: *Heart it* Una emisora de música romántica que hacía un juego de palabras con corazón y escuchar (*hear*) y que tenía varios programas de éxito como las cartas a Jane, donde ella misma había trabajado un verano recopilando la correspondencia que la presentadora, Jane Moss, leía en antena para después ofrecer consejos a sus oyentes. Por no mencionar que también era uno de los mejores amigos de su padre, lo que lo convertía en un tío honorífico al que Carlie adoraba.

Le había dado su primera oportunidad en el periodismo y ella siempre le iba a estar agradecida por ello.

—Hola, Jack —saludó abrazándolo, antes siquiera de dejarle entrar—, ¿cómo sabías que...? —se calló al adivinar la respuesta—. Papá te lo ha contado.

—No te enfades con él. Yo le pregunté por ti.

—No estoy enfadada. Pasa o a Ares le va a dar algo si no puede saludarte como quiere —pidió, apartándose de la puerta para que pudiera entrar.

—Siento haber venido sin avisar, pero he aprovechado mi hora de comer para pasar a verte —explicó mientras saludaba al perro—. ¿Estás libre para almorzar con este viejo?

Carlie rio divertida.

—Por supuesto que sí y no eres viejo.

—Ya sabía yo que eras una de mis chicas favoritas —bromeó él mencionando veladamente a sus propias hijas—. Deja que te invite y así te cuento el verdadero motivo de mi visita.

—Así que hay un motivo oculto —aventuró con fingida suspicacia.

—La hay, pero espero que te agrade, y sobre todo, que digas que sí.

—De acuerdo, ahora estoy intrigada —confesó—. Voy a por mi abrigo y nos vamos.

Fue a su dormitorio a por su bolso, el abrigo, la bufanda y un gorro y se calzó botas más calentitas que las zapatillas que llevaba. Cuando regresó, Ares seguía encantado con las caricias de Jack y se quedó lloriqueando cuando se marcharon dejándole en casa.

El restaurante que su antiguo jefe había escogido era un asador familiar. Estaba a solo unas calles de casa de Carlie y a juzgar por el recibimiento, Jack era un cliente habitual.

Pidieron la comida y mientras esperaban a que les sirvieran él soltó de sopetón el motivo de su aparición:

—He venido a ofrecerte trabajo en la emisora.

—¿Es cosa de mi padre? —preguntó, sorprendida y preocupada porque hubiera movido los hilos para ayudarla. Carlie quería salir por sí misma del bache. Ese era uno de los motivos por los que no había aceptado la ayuda de Carter.

—Tu padre no tiene nada que ver en esto.

—De acuerdo.

—Sé que no podemos pagarte tu caché, pero mientras estés en Boston quizás...

—¿En qué consiste el trabajo? Nunca he trabajado en la radio, además de para filtrar cartas, ya lo sabes.

—La televisión es más difícil. No me preocupa tu falta de experiencia —comentó—, en cuanto a la oferta: un programa. Te ofrecemos tres horas por la mañana los lunes miércoles y viernes. Puedes escoger la franja horaria que desees siempre y cuando sea de mañana.

—¿Por qué de mañana?

—Según las estadísticas es cuando más se sintoniza nuestra cadena.

Carlie asintió.

—¿Qué tipo de programa sería?

—Eso es cosa tuya. Lo único es que tiene que estar relacionado con el amor y más ahora que estamos cerca de San Valentín.

—¿Estás hablando en serio?, ¿tengo libertad absoluta?

—La tienes. Queremos que empieces cuanto antes —metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó una tarjeta—. Esto es lo que podemos pagarte, aunque si la publicidad aumenta podemos renegociar.

La cantidad, aunque no era la que solía cobrar, era mucho mejor de lo que había imaginado que sería.

—De acuerdo. Sin embargo, he de avisarte de que ando con otro proyecto.

—¿Es secreto?

—No por mucho tiempo —confesó y le explicó sobre el canal de YouTube y cómo pretendía hacer entrevistas.

Jack pareció encantado con la idea e incluso se ofreció a ayudarlo a encontrar a famosos dispuestos a participar. Después de todo, si el canal era un éxito este arrastraría todos los proyectos en los que Carlie estuviera trabajando.

Se despidieron una hora más tarde, después de haber hecho una tormenta de ideas sobre el que iba a ser el tema del programa. Tras varias ideas se decidieron por comenzar con la temática de San Valentín, para posteriormente cambiarla al amor en general. Aprovechar la publicidad constante que el día generaba podía ayudarles a despegar. Con esa idea en mente, Carlie había pensado en organizar un concurso con la mejor declaración de amor. El ganador se llevaría una cena para dos en el mejor restaurante de la ciudad y si como Jack decía había más publicidad, podrían ampliar también los premios.

También había pensado en invitar a expertos en el romance: desde especialistas en buscar pareja, hasta Kelsey que era una experta en organizar eventos, para que les diera a sus oyentes consejos sobre cómo sorprender a sus medias naranjas. La idea era que sus posibles oyentes interactuaran con ellos y que el programa se hiciera viral rápidamente.

Pero antes de dedicar sus cinco sentidos a *Heartbeat*, que era como se iba a llamar el programa, tenía que editar la entrevista, subirla al canal y anunciarlo en sus redes sociales. Lo que pasara después no estaba en sus manos controlarlo, aunque estaba deseando verlo.



Capítulo 6

Carter no era de los que se rendían con facilidad. No lo hacía en el hielo ni tampoco fuera de él, por lo que, tras la negativa de Carlie a recibir su ayuda, había llamado a Miles Dafoe, su agente, para que le organizara una entrevista en la que pudiera contar qué había de verdad y qué de incierto en la historia de su infidelidad.

Por supuesto, iba a apegarse a la historia de Alisha, con quien había hablado y a quien le había pedido permiso para mencionarla. Sorpresivamente, su exprometida se había mostrado conciliadora y había estado de acuerdo con que lo que le estaba sucediendo a Carlie no era justo, sino que se trataba de un linchamiento en toda regla.

Alisha siempre había sido una buena persona, pero Carter estaba convencido de que la entrevista que la propia Carlie había subido a sus redes hacía un par de días era lo que la había hecho decidirse a apoyarla. Eso y su propio estado de felicidad al lado de Caleb Blake, su prometido.

Hacía menos de cuarenta y ocho horas que la entrevista se había subido y no solo era tendencia del momento, sino que no había programa de cotilleos que no la mencionara. El canal de Carlie había batido el récord Guinness de suscripciones y de reproducciones en menos de veinticuatro horas y, la gran mayoría que antes la criticaba, ahora parecía sentir empatía por ella, apoyando sus decisiones y comprendiendo sus motivos. En cualquier caso, no era suficiente, Carlie había perdido su trabajo y Carter sentía que debía de hacer algo más para ayudarla. Había sido su propio padre la persona que había filtrado su relación y había sido ese secreto el que

había detonado la debacle de la opinión pública poniéndose en su contra.

—¿Estás seguro de que quieres seguir? —le preguntó Miles mientras observaba como le estaban quitando los brillos del rostro para la cámara.

—Por supuesto.

—De acuerdo, pero controla lo que dices. No hemos superado un escándalo para meternos en otro.

—No te preocupes. Voy a arreglar esto no a estropearlo más.

—Eso espero —se quejó Miles, más nervioso que él.

Una de las mejores decisiones que Carter había tomado en su carrera de jugador de *hockey* fue dejar a su agente de toda la vida y firmar con Miles Dafoe. El tipo era honrado, sincero y, sobre todo, alguien en quien siempre se podía confiar.

Unos minutos más tarde entraron al camerino para avisarle de que iban a pasar a recogerle en breve para llevarle al paltó. La maquilladora captó el mensaje y se despidió de ellos.

Cuando el presentador anunció su nombre salió con una de sus sonrisas ganadoras. Se trataba de un programa deportivo de mucho éxito y no era la primera vez que asistía como invitado, aunque sí que era la primera vez que estaba dispuesto a hablar de algo más que *hockey*.

El conductor del magazín, un famoso periodista deportivo que rozaba la cincuentena, le saludó con un firme apretón de manos y le invitó a sentarse. Carter saludó con la cabeza a los comentaristas, que se sentaban a la mesa de deportes, y centró su atención en el presentador.

—Bueno, Carter, déjame comenzar diciendo que estuviste impresionante en el partido de ayer.

—Gracias, Ed.

—Tres goles y dos asistencias. ¿Estabas especialmente motivado? —preguntó con cierto tono insinuante.

—Es posible —contestó él, consciente de que le estaba dando pie para tratar los temas que le habían llevado hasta allí.

—Misterioso —se rio el presentador—. ¿Nos vas a dejar con la duda o vas a contarnos sobre tus motivaciones?

—Todavía no lo he decidido —bromeó—, supongo que dependerá de cómo te portes con las preguntas —siguió con la misma actitud juguetona.

—Tranquilo, no tengo previsto meterte en ningún apuro. Al menos no en ninguno deportivo. No obstante... ¿hay alguna persona motivante en tu vida?

—Menos mal que te ibas a portar bien.

—Lo estoy haciendo —protestó entre risas.

Habían quedado con que sacarían el tema del modo más natural posible. Debía parecer que la charla los había llevado a eso, no que ese era el motivo por el que Carter Morton había ido al programa esa noche.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Pero no evadas mi pregunta: ¿hay alguna persona motivante en tu vida?

—Sí.

El periodista se rio de su parquedad.

—Una respuesta demasiado escueta. Estoy seguro de que nuestros espectadores esperan más detalles.

Carter suspiró como si estuviera resignado a hablar del tema.

—Supongo que esperas que diga que estoy enamorado.

—¿Lo estás? Hasta hace unos minutos pensaba que tú no eras de los que se enamoran —

provocó veladamente, sin hacer mención directa a sus escarceos, de los que todo el mundo estaba al tanto.

—Estoy enamorado y he estado enamorado. Las dos veces de la misma persona.

—Espero que no hables de Alisha Mayer porque está felizmente comprometida con tu archirrival, Caleb Blake.

—No, no hablo de Alisha. Ella es maravillosa, pero como ella mismo dijo en la televisión lo nuestro hace tiempo que terminó.

—¿Entonces?, ¿quién es la afortunada?

—Carlie Jensen.

El resto de los colaboradores del programa, que no estaban al tanto de lo que iba a suceder, reaccionaron con sorpresa y cierta conmoción a sus palabras.

—Eso sí que no me lo esperaba —trató de parecer sorprendido—. Según tengo entendido vuestra ruptura no fue exactamente amable.

—Bueno, Ed, tus fuentes son poco fiables.

—¿Tú crees?

Carter se rio de buena gana.

—La única persona que estaba al tanto de mi relación con ella era mi padre y desde ya te digo que no hay que creerse nada de lo que salga de su boca. A mi madre le costó décadas aprenderlo, yo lo hice en menos tiempo.

—Eso es muy duro, Morton.

—Es la verdad, puedes preguntarle a cualquiera que le conozca lo suficiente —dijo con una sonrisa cargada de maldad.

—De acuerdo, entonces ¿cuál es la historia entre Carlie Jensen y tú? —inquirió con auténtico interés.

Carter era consciente de que estaba tratando de cambiar de tema, pero no iba a ponerle trabas. No estaba interesado en hablar de su padre más de lo estrictamente necesario. Y no porque le preocupara su opinión, sino porque después de cancelar su contrato de representación con su empresa se había alejado todo lo posible de él y de sus malsanas exigencias.

—La verdad es que yo era un completo idiota. Estaba tan enamorado de ella que me asusté y decidí dejarlo.

—Pero vuestra relación era un secreto.

—Mi relación era un secreto para mantenerla alejada de mi padre. Por aquel entonces era mi agente y digamos que... alejaba a las mujeres que me interesaban porque consideraba que yo debía de salir con cuantas más mejor, a ser posible, que fueran ricas y famosas.

—¡Vaya! Me dejas de piedra. Tu padre es uno de los agentes más célebres del país. ¿Estás seguro de que es buena idea hablar así de él?

—Bueno, Ed, mi padre es famoso por mucho más que solo su trabajo —dijo con una risita tensa—. Estoy seguro de que a nadie le sorprende lo que estoy diciendo. Solo hay que ver cuántos jugadores le han demandado para recuperar su libertad por contratos abusivos, por no hablar de las filtraciones que han sufrido sus representados...

—Creo que será mejor que volvamos a Carlie.

—Una conversación mucho más agradable, no hay duda.

Ed Simpson asintió.

—Has dicho que estuviste enamorado de ella y que lo estás de nuevo. ¿Significa eso que estáis juntos?

Carter asintió muy serio.

—Así es. Carlie tuvo la deferencia de ponerse en contacto conmigo cuando llegaron a su programa las imágenes de mi supuesta infidelidad.

—¿Te lo contó y aun así lo sacó?

Carter se encogió de hombros.

—O lo hacía ella o lo hacía otro programa. Me pareció mejor que fuera ella. Además, ya sabía que Alisha y yo no estábamos juntos, pero lo que ninguno de los tres esperó que se formara tanto revuelo. ¿Por qué crees que estaba Caleb también en el programa? —soltó, muy serio.

Si la gente realmente pensaba que el que estuviera Blake en el programa no era una coincidencia, haría que Carlie fuera vista de otro modo por la opinión pública. Contaba con el beneplácito de la propia Alisha para venderlo y no podía estarle más agradecido de lo que lo estaba.

—¿Me estás diciendo que se ha linchado a tu novia por algo que los tres protagonistas ya sabíais de antemano?

—Es exactamente lo que te estoy diciendo.

—Esto sí que no me lo esperaba. —Hizo una pausa para crear un poco más de tensión—, creo que la sociedad de este país le debe una disculpa a tu chica. Ya lo pensaba después de ver su entrevista, pero ahora estoy cien por cien convencido de ello.

—Carlie es estupenda y su entrevista deja claro la clase de persona que es.

—Así parece, Morton. Así parece.



Capítulo 7

Carlie estaba asombrada por el modo en que se habían dado las cosas. Su entrevista estaba siendo un éxito, hasta el punto de que su antigua cadena había tratado de ponerse en contacto con ella para ofrecerle la recuperación de su contrato, sin embargo, el modo en que la habían dejado con el culo al aire era más que suficiente para ella. No iba a volver, le ofrecieran lo que le ofrecieran. Igualmente, esa no había sido la única sorpresa que había recibido en los últimos días, Carter había concedido una entrevista y en ella había hablado abiertamente de su antigua relación y del papel de su padre en la filtración del secreto y de su propia forma de entender las relaciones. Incluso había mencionado a Alisha y a Caleb en dicha entrevista, como si todo estuviera bien entre ellos.

Kelsey la había llamado esa misma noche para avisarla de que sintonizara la cadena y las dos la habían visto juntas a través de una llamada. Comentando y alucinando con el giro que estaba dando la historia, sobre todo, cuando Carter anunció sin medias tintas que estaban juntos de nuevo.

Carlie todavía estaba tratando de asimilar que estuviera de vuelta en su vida y a eso ahora tenía que añadirle el desgaste mental que suponía tener que fingir estar en una relación con él.

En cuanto terminó la entrevista, Carlie estaba segura de que ni siquiera había dejado el paltó, Carter la llamó para preguntarle si la había visto. No se vio con fuerzas para negarlo. Por un lado, estaba molesta con él por no tener en cuenta sus opiniones, cuando claramente le había dicho que no quería su ayuda, y por el otro, se sentía agradecida de que se hubiese arriesgado de

ese modo solo para ayudarla. Tal y como había señalado en presentador, hablar en esos términos de su progenitor podría traerle alguna que otra demanda.

—Vamos a tener que ponernos de acuerdo ahora que eres mi novia.

—No lo soy, Carter.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, supongo que tenemos que hacerlo.

La voz de Carter sonó mucho más animada después de que ella aceptara la situación en la que los había metido él mismo.

—Salgo de viaje mañana. Estaré fuera tres días, pero después jugaremos en casa. Ven a vernos.

—Hablaré con Kels. Iré solo si ella puede acompañarme.

—Mejor tu amiga que tu padre —bromeó—, aunque estoy seguro de que ambos me odian.

—No te voy a mentir. Lo hacen.

Kelsey conocía a Carter porque había sido la organizadora de varios eventos de su club de *hockey* y cuando les presentaron supo inmediatamente que estaba al tanto de lo que había pasado entre él y Carlie. No solo porque ella le hubiese fulminado con la mirada y le hubiese anunciado sin rodeos que era la mejor amiga de su ex, sino porque parecía odiarle profundamente.

Pierce Jensen también había sido directo con él, solo que este se había enterado de su relación cuando esta saltó a los tabloides, por lo que era evidente que a diferencia de lo que había sucedido con Kelsey, Carlie no le había contado nada a sus padres.

—Buen viaje y buena suerte.

—Gracias. Te llamaré.

—¿Para qué? —preguntó confundida—. Ya te he dicho que iremos al partido.

—Para que mis compañeros se crean que somos pareja —explicó—. Tenemos que hacerlo creíble y para eso tienen que verme hablar contigo y mensajearte.

—Por supuesto —aceptó, reticente—. Buenas noches.

Colgó antes de que pudiera responder. No era buena idea implicarse tanto con él, al menos no lo era si pretendía salir ilesa de esa falsa relación. Carter era encantador cuando se lo proponía y ya había quedado patente que ella no era inmune a esos encantos, por lo que debía tener cuidado y, sobre todo, no olvidarse de que lo suyo era una mentira para la galería.

Más tarde esa noche se fue a la cama con sentimientos encontrados, por un lado, se sentía de maravilla al estar recomponiendo su vida en el ámbito profesional, y por el otro, estaba preocupada por el impacto que Carter Morton tendría en ella.

Se quedó dormida mientras su cerebro planeaba nuevas entrevistas para el canal y pensaba en invitados a los que llevar a la radio, cualquier pensamiento era bienvenido con tal de no darle vueltas a su inminente encuentro con su nuevo novio.

Estaba contestando correos electrónicos cuando su teléfono sonó y, aunque no reconoció el número, descolgó igualmente:

—Dígame.

—Hola, soy Alisha Mayer, ¿eres Carlie Jensen?

Su estómago dio un vuelco. Lo que menos se había esperado fue que la exprometida de Carter se pusiera en contacto con ella.

—Lo soy.

—Hola, Carlie, perdona que te llame sin avisar, pero creo que tenemos una conversación pendiente.

—Por supuesto.

—Bien.

—En primer lugar, deja que te ofrezca una disculpa.

—No, Carlie. No te he llamado por eso. He visto tu entrevista y de algún modo creo que he comenzado a entenderte y siento que tu actitud conmigo no era más que tu propia frustración por lo que te pasó a ti.

—Tienes razón, pero eso no justifica lo que te hice.

—De acuerdo —rio Alisha a través de la línea. Sonaba alegre y feliz, nada que ver con la mujer que Carlie recordaba de su programa—. Si quieres disculparte no voy a impedírtelo, aunque te reitero que no es necesario.

—Lo siento mucho, Alisha. Debería haber tenido más empatía contigo, precisamente por lo que has dicho, porque me vi reflejada en ti, pero estaba tan frustrada que fui cruel contigo. Lo siento mucho y espero que puedas perdonarme, aunque entendería que no lo hicieras.

—Lo hago. Te prometo que está todo olvidado.

—Gracias.

—De nada, Carlie. Todo está bien y supongo que gracias a lo que sucedió he encontrado mi propia felicidad.

—Sí, eso he oído. Enhorabuena por tu compromiso.

—Gracias, pero ese no es el motivo por el que te he llamado.

—¡Oh!

—En realidad lo he hecho porque quería saber si estabas buscando cantantes para ese canal tuyo que has abierto.

Alisha sonaba tan amable y tan sin rencores que Carlie sintió su estómago retorcerse de vergüenza. Había sido tan dura con ella, tan impertinente y en cambio Alisha le devolvía comprensión y bondad.

—Me encantaría contar contigo. De hecho, sería un honor que participaras.

—Maravilloso. La última vez que estuve en Boston fue para ver un partido de Caleb y no pude hacer mucho turismo —rio emocionada por la idea de ver la ciudad histórica.

La conversación duró unos largos quince minutos más. Las dos concertaron un día para verse y grabar la entrevista. Carlie le contó que iba a tener un programa de radio dedicado al amor y Alisha se mostró encantada con que poco a poco estuviera recomponiendo su carrera.

Carlie tomó nota mental de pedirle cuando la viera que grabara algún saludo para sus oyentes, y, por supuesto, en añadir sus canciones a la programación habitual.

Cuando colgaron y regresó a sus correos electrónicos sintió que era posible que las cosas terminaran siendo mejor de lo que lo habían sido en Nueva York. Después de todo, había regresado a su hogar, con su familia y sus amigos, e iba a ser su propia jefa.



Capítulo 8

El viaje a Ottawa desde Boston duraba menos de siete horas, por lo que la dirección optó por el autobús como medio de transporte, lo que Carter agradecía. A pesar de que viajaban en el avión privado del club, de vez en cuando era agradable cambiarlo por un largo viaje por carretera. Su vida era un constante ir y venir de viajes, partidos y más viajes, y poder tomarse su tiempo en el autobús para leer, ver series o simplemente dormir era un cambio bienvenido en su rutina.

Mientras Bentely se echaba la siesta en el asiento a su lado, Carter estaba haciendo precisamente eso, colgarse de su iPad para ver la entrevista que Carlie se había hecho a sí misma, una vez más. Era la novena vez que la veía y no se cansaba de hacerlo.

Estaba completamente maravillado con lo ingeniosa que era. Cómo había editado el vídeo de manera que parecían realmente dos personas. La Carlie periodista no solo vestía diferente e iba maquillada mucho más que la entrevistada, sino que también hablaba diferente. Más directa, en un tono firme, comprensiva, pero distante, como si el asunto no fuera con ella. La Carlie personaje era la auténtica, la chica con la que él recordaba haber salido. Una mujer cálida y sincera que era capaz de admitir sus errores mientras se defendía de los ataques injustos que habían recibido. Su franqueza y su firmeza hacían imposible no empatizar con ella. Lo único que le dolía a Carter fue que apenas le mencionara. Había sido evidente desde que rechazó su ayuda que pretendía salir ella misma de sus problemas, y aunque, hubiese querido hacer más, comprendía que era parte de su carácter querer ser autosuficiente. Después de todo, había sido su personalidad y su incansable capacidad de trabajo lo que la había convertido en una estrella de la

televisión.

Cuando terminó de ver la entrevista sacó su teléfono del bolsillo, se puso los auriculares y tras poner de fondo una de sus *playlists*, le envió un mensaje para felicitarla por el aumento de las reproducciones. Estaba batiendo récords y debía sentirse orgullosa por ello. Contra todo lo esperado, Carlie le contestó bastante rápido. Cruzaron varios mensajes que hicieron que Carter captara la atención de sus compañeros. Ni siquiera se había dado cuenta de ello, ya que hasta hacía unos minutos cada uno parecía enfrascado en sus propios asuntos.

—¿Por qué sonríes como un tonto? —preguntó Bentley, sobresaltándole a pesar de la música de *Bad at love* de Halsey sonaba a todo volumen en sus auriculares inalámbricos.

—¿No se suponía que estabas durmiendo? —se quejó, apagando la música y guardando los cascos.

—Lo estaba, pero tu luminosa sonrisa me ha despertado —se burló esté.

—Muy gracioso.

—Es verdad —corroboró Serge Stasny, quien se había girado en su asiento para verlos.

El defensa estaba sentado en la fila delante de ellos con Sid Dryden, el segundo portero del equipo y ambos se habían girado por completo para observarle, se preguntó si habían llegado a leer lo que estaba escribiendo.

—¿Desde cuándo es un pecado sonreír? —protestó con timidez.

—No lo es. Solo tenemos curiosidad —confesó Dryden, siendo secundado por los otros dos que le miraban con intensidad a la espera de respuestas.

Carter bufó, pero les dijo la verdad.

—Estaba hablando con Carlie.

Las carcajadas de Bentley le hicieron mirarle con mal humor.

—Eso ya lo habíamos supuesto —se explicó—. Nos preguntamos qué te ha dicho para que te emociones tanto.

—Como si fuera a decíroslo, trío de cotillas.

—Queremos saber —protestó entre bromas Stasny.

Pasando de ellos volvió a abrir la aplicación de mensajes y a responder al último de Carlie, pero sus compañeros no hicieron más que tratar de leer lo que escribía, por lo que se despidió a regañadientes de ella y les fulminó con la mirada por fastidiarle la charla.

El resto del trayecto hasta el hotel lo pasó en silencio, lanzándoles miradas fulminantes cada vez que se acordaba de su interrupción.

Acababa de conseguir su maleta cuando el teléfono sonó en su mano. Se extrañó al ver que era su agente, pero se apartó de sus compañeros que recogían sus pertenencias del maletero del autobús y respondió:

—Miles —saludó.

—Tu padre no va a quedarse callado —anunció este sin responder al saludo.

—¿De qué hablas?

—Acaba de llamarme y ha... sugerido que lo mejor es que dejes de hablar de él si quieres que las cosas sigan funcionando para ti.

—¿Lo ha sugerido o te ha amenazado? —preguntó alterado.

—Lo segundo —respondió con reticencia. Estaba claro que de haber podido habría evitado darle esa información para no hacerle pasar un mal rato.

—De acuerdo, no te preocupes por nada. Mi padre tiene más esqueletos en el armario que nadie. No dejes que te vuelva a amenazar o entonces sacaré la basura y será él quien salga perdiendo.

—Carter, no creo que sea buena idea que te enfrentes a...

—Miles, confía en mí. Puedo respaldar con pruebas todo lo que digo —explicó más serio de lo que su agente jamás le había escuchado—. Y él lo sabe, por eso te ha llamado, para tantear lo que vamos a hacer a continuación.

—De acuerdo. Si es necesario que saques lo que sea que tengas conozco a un par de periodistas honrados que expondrían las pruebas sin dar la fuente.

—Si es necesario sacarlo yo mismo se lo daré a la prensa. Créeme, también conozco a periodistas honrados.

Miles rio, por primera vez en toda la conversación.

—Sí, supongo que lo haces.

—No hablaba de Carlie, pero cerca —confesó.

—Su padre —adivinó.

—Exacto.

No iba a exponer a Carlie en nada más.

—Es una muy buena opción. Tiene mucho prestigio y es honrado. —Miles suspiró antes de confesar—, aunque lo cierto es que espero que no sea necesario que saques nada. Los errores de tu padre podrían salpicarte.

—No te preocupes por eso, no sucederá. El hecho de que le dejara y me buscara otro agente tendrá sentido cuando exponga la verdad.

—De momento no vamos a hacer nada. Prométemelo.

—No, tú eres el que no va a hacer nada. Yo voy a recordarle con quién se está metiendo —explicó.

—Carter. Seamos prudentes.

—Adiós, Miles. No te preocupes por nada, estamos cubiertos —se despidió antes de que su agente pudiera decir nada más, colgando apresuradamente.

—¿Todo bien? —preguntó Bentley, quien se había acercado a él para burlarse creyendo que estaba hablando con Carlie, pero que al captar el tono de la conversación supo que era algo serio que preocupaba a su amigo.

—Lo cierto es que no, pero lo estará.

—¿Puedo hacer algo?

Carter sonrió.

—Puedes ayudarme a ganar el partido y después puedes venir conmigo a celebrarlo, pero nada de conejitas. Estoy comprometido en una relación seria.

Bentley sonrió.

—Mejor, más para mí. Respecto al partido, no lo dudes. Vamos a destrozarlos —comentó muy serio—, necesito puntos para llevarme a casa este año el trofeo Hart.

Carter por su parte de echó a reír de buena gana.

—Sigue soñando, Noah. Ese trofeo tiene mi nombre grabado en él. Nunca va a ser tuyo.

—No puedes quedarte con el trofeo y con la chica —se quejó, echando a andar detrás de él hacia el hotel.

—Claro que puedo y voy a hacerlo. Solo espera y verás.



Capítulo 9

El partido había acabado en victoria y, aunque le había dicho a Bentley que si ganaban lo celebraría, se había tomado un par de cervezas en el bar del hotel con sus compañeros, pero se había negado a salir a celebrarlo. En primer lugar, porque la idea de ir a un bar lleno de gente no le apetecía lo más mínimo, y, en segundo lugar, porque no quería que le fotografiaran en alguna situación incómoda. No porque tuviera intención de hacer acercarse a ninguna mujer, sino porque era inevitable que las mujeres se le colgaran del brazo y la prensa siempre estaba al acecho para hacer pasar lo que no era más que un simple gesto en una noche tórrida y de sexo. Cualquier cosa que vendiera más revistas o generara más visitas. Y en tercer lugar y más importante, porque quería llamar a Carlie sin que fuera demasiado tarde para pillarla despierta.

Con esa intención se retiró a su habitación, la que compartía con Bentley, quien, afortunadamente sí que había salido a celebrar, y tras ponerse cómodo se tumbó en la cama y la llamó.

Contestó antes del tercer tono:

—Enhorabuena por la victoria —le saludó más cercana de lo que lo había estado las últimas veces que habían hablado—, y por el gol que has marcado.

—Gracias. ¿Has visto el partido?

—Por supuesto. Estaba cenando en casa de mis padres —comentó como si ese fuera el único motivo.

—¿Ya estás en la tuya?

—Sí, estoy preparando la entrevista de Alisha.

—¿Perdón?

—¿No te lo conté? Supongo que no —se respondió a sí misma—. Tu ex me llamó hace unos días, hablamos y vamos a grabar una entrevista como la que me hice a mí misma para el canal.

—Eso es muy amable de su parte. Después de todo lo que pasó.

—Lo sé. Ha sido muy comprensiva y empática con mi situación —comentó, agradecida con la cantante por haberle puesto tan fácil el disculparse.

—¿A mí no me quieres en tu programa? —preguntó, molesto porque no se le hubiese ocurrido antes ofrecerle su ayuda para su canal.

—La verdad es que no lo había pensado, pero creo que podría entrevistarte a ti y así cerrar el círculo —dijo bromeando.

—En ese caso creo que te falta Caleb, pero como me odia profundamente dudo mucho que te diga que sí.

—Tal vez si se lo pide Alisha...

Carter tardó unos segundos en responder, como si estuviera asimilando el comentario de Carlie.

—No puedes hablar en serio. Caleb Blake es un imbécil, no merece aparecer en tu canal.

—Es guapo y juega bien. Es el tipo de personaje perfecto para mi canal —se burló de él.

Carter gruñó, medio en broma medio en serio. Sabía que solo estaba tratando de provocarle, pero la idea de que creyera que Blake era atractivo le molestaba más de lo esperado.

—Te conseguiré a Bentley o a quien quieras de mi equipo —ofreció—, todos estarán encantados de participar.

Carlie rio.

—¿Estás con ellos ahora?, ¿por qué no te aseguras de que es así?

—No estoy con ellos. Estoy solo en la habitación. Mis queridos compañeros han salido a celebrar la victoria.

—¿Por qué no has ido con ellos? —parecía sorprendida de que no lo hubiese hecho.

—No quería que se crearan situaciones incómodas. Ya sabes... después de lo sucedido la prensa me sigue más de lo habitual y las chicas...

—¿Se te echan encima como moscas? Lo sé, pero no tienes que esconderte para evitarlas, ¿sabes? En contra de mi buen juicio he decidido confiar en ti, y si dices que vas a comportarte voy a creerte. Después de todo, esta relación no es real por lo que no habrá sentimientos lastimados si las cosas no salen bien.

Escucharla hablar de lo falso que era su noviazgo hizo que se le hiciera un nudo incómodo en la garganta.

—Gracias por la confianza —contestó, aunque eso no era lo que quería decir. Quería volver a disculparse con ella por haber sido un cretino durante el tiempo que estuvieron juntos y deseaba poder decirle que para él esta segunda oportunidad se sentía real, aunque no fuera lo mismo para ella.

—De nada, y lamento que tuvieras que exponer a tu padre para ayudarme.

—No lo hagas. No se merece que le dediques un solo pensamiento.

Carlie no insistió en el tema y Carter se lo agradeció. Hablar de su padre siempre le ponía de mal humor y más después de haberse atrevido a amenazar a Miles.

Julian Morton se creía por encima del bien y del mal y su ambición desmedida lo había llevado a hacer muchas cosas cuestionables. Había sido jugador de *hockey* en la universidad, todo el mundo había apostado por él para llegar a la NHL, pero una lesión lo había alejado del

hielo. Desde ese momento en que vio su carrera truncada antes siquiera de comenzar, modificó sus objetivos y utilizó sus conocimientos sobre el modo en que se hacían las cosas en el deporte para convertirse en agente. Cambió su carrera a derecho y luchó a muerte para hacerse un nombre en el mundillo. Comenzó como becario y al terminar sus estudios fue contratado por una de las mejores agencias de la Costa Este. Posteriormente se casó con una mujer de dinero viejo y grandes conexiones y todo por lo que había luchado le fue puesto delante en bandeja de plata.

Cuando llegó Carter se empeñó en que jugara al *hockey* y desde que fue capaz de sostenerse de pie le pusieron unos patines en los pies y le dijeron que ese era su futuro. Nunca lo cuestionó porque realmente amaba el deporte.

No sucedió hasta que fue lo bastante mayor para darse cuenta de quien era su padre y su perfecta vida comenzó a tambalearse. Su abuelo materno se negó a permitir que su hija se divorciara, preocupado por lo que diría la gente y su padre cada vez se molestaba menos en esconder sus infidelidades, mientras él crecía pensando que la actitud de su progenitor frente a la vida era la correcta: hacer lo que uno quisiera sin tener en cuenta los sentimientos de los demás. Después de todo, su madre seguía con él y agradecida por la más mínima muestra de cariño que este le ofrecía. Pasó por mucho hasta que se dio cuenta de con quién se había casado realmente.

—No deja de ser tu padre no te metas en problemas con él por mi culpa.

—Mi padre no es como el tuyo —le dijo. Era la primera vez que le hablaba de él y quizás la primera persona a la que estaba dispuesto a contarle toda la verdad—. Es una mala persona que hace cosas deleznales.

—Precisamente por eso —aconsejó ella—. No hagas ni digas nada que te ponga en su punto de mira. Si es como dices no va a quedarse de brazos cruzados si lo expones.

—¿Estás preocupada por mí? —preguntó con la esperanza de que así fuera.

—Por supuesto —aceptó ella—. Acabas de decir que no es una buena persona y tú le has atacado en la televisión.

—No te preocupes. Te prometo que todo estará bien. Sé demasiado sobre sus trapos sucios como para que se atreva a meterse conmigo.

—De acuerdo —concedió poco convencida.

—¿Vas a venir al partido? —preguntó él, tratando de cambiar de tema.

—Sí. Kelsey ha aceptado acompañarme.

—Estupendo —dijo sin entusiasmo.

—No suenes tan apesadumbrado. Te dije que le iba a pedir a mi mejor amiga que viniera conmigo.

—Si crees que he sonado abatido espera a que Bentely se entere de que Kelsey va a estar en el mismo lugar que él al mismo tiempo —anunció con una sonrisa socarrona.

—¿Por qué?, ¿qué pasa entre ellos?

—¿Además de que se odian? No tengo la menor idea.

Carlie protestó, molesta.

—Kelsey no odia a nadie. Es la persona más amable y afectuosa que conozco.

Carter rio de buena gana.

—Espera a verlos juntos en una habitación y luego me cuentas otra vez lo amable que es tu amiga. La última vez que organizó una gala benéfica a la que fuimos invitados, casi tienen que desalojar el evento por su culpa.

—Eso no tiene sentido —se quejó mientras escuchaba a Carter reírse de su desconcierto.

—Hazme un favor. Si te enteras de porqué lo odia tanto, cuéntamelo. Me muero de curiosidad.

Carlie sonrió, aunque él no pudiera verla.
—Eso sí que no me lo esperaba: eres un chismoso.



Capítulo 10

Cinco semanas antes de San Valentín.

Carlie estaba nerviosa. Era la primera vez que iba al TD Garden a ver un partido de *hockey* desde que todo había estallado y más importante todavía, un partido de Carter. De niña había ido muchas veces al estadio con su padre. De hecho, le había acompañado a multitud de partidos, no solo de *hockey* sino también de béisbol y de fútbol. Había estado sentada con él en las cabinas de prensa y se había empapado del oficio a su lado. Fue a causa de eso que siempre había tenido claro que quería ser periodista, aunque su sueño era ser periodista de investigación, no deportiva. Ser presentadora de televisión ni siquiera se le había pasado por la imaginación y aun así... la vida siempre era impredecible.

De cualquier manera, estaba feliz con sus elecciones y con el desarrollo de su carrera. A pesar de los últimos acontecimientos que la habían alejado de la televisión, el canal y su nuevo programa en la radio la tenían animada e ilusionada como hacía mucho tiempo que no lo estaba.

—¿Debemos hacer toda la cola? —le preguntó Kelsey sacándola de sus pensamientos.

Ninguna de las dos había conducido hasta allí, había sido la madre de Carlie quien las había acercado porque su padre estaba fuera de la ciudad por motivos laborales, cubriendo un partido importante de fútbol en Chicago, y ellas no querían conducir por si terminaban tomándose un par de cervezas.

—Supongo que deberíamos —comentó bajándose la gorra un poco más para evitar llamar la

atención.

Su amiga bufó, molesta.

—No sé de qué te sirve ser la novia del jugador estrella del equipo si al final tienes que hacer cola como todo el mundo —protestó, hablando fuerte y llamando la atención de los aficionados que estaban delante de ellas.

—¡Kels! ¡Baja la voz!

—Vamos a acercarnos y le preguntamos a los de seguridad si podemos pasar ¿de acuerdo? Hace frío y quiero entrar.

Carlie miró a su amiga sin entender lo que le sucedía. Kelsey solía ser una persona paciente y tranquila, y la mujer que estaba frente a ella estaba inquieta e impaciente.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué?, ¿qué sucede?

—Dime que no estás tan rara por lo que yo creo —pidió enigmática, mientras avanzaban puestos en la cola.

—Si no eres un poco más específica difícilmente voy a poder decir nada.

—¿Estás nerviosa porque vas a ver a Bentely? —al igual que había hecho Kelsey ella tampoco bajó la voz.

—¡¿Qué dices?! Para nada. Lo hago por ti —se quejó, cada vez más nerviosa.

—Pues no te molestes porque no me incomoda esperar. Los asientos van a estar ahí cuando sea que entremos.

Estaba segura de que Kelsey iba a replicar, pero sorprendentemente no dijo nada. Estaba con la mirada fija en algo detrás de ella. Curiosa se dio la vuelta para ver qué era lo que había captado su atención y se topó con varios periodistas que se acercaban sin dejar de mirarla. Había tres reporteros y varias cámaras que iban directos a ella, seguramente para preguntarle a Carlie detalles de su noviazgo.

—¿Sabes? Tal vez sea buena idea tratar de saltarnos la cola —comentó, al tiempo que salía de ella e iba directa a los accesos al estadio.

Si había creído que eso despistaría a los periodistas estaba equivocada porque echaron a correr tras ellas y antes de que pudieran llegar a la barrera de seguridad, le plantaron un micrófono delante y le lanzaron pregunta tras pregunta. Por suerte, Kelsey estaba a su lado y asiendo su mano tiró de Carlie haciendo que ambas corrieran hacia los pilones de acceso.

No fue necesario que dijera su nombre en los controles de entrada al recinto, sino que las dejaron pasar de inmediato. De hecho, un tipo de seguridad se ofreció a acompañarlas hasta sus asientos, seguramente preocupada porque fueran abordadas por algún periodista que se hubiese colado.

Ningún aficionado protestó porque pasaran por delante de ellos y una vez dentro, Carlie comenzó a sentirse más tranquila. Después de todo, ya debería estar acostumbrada a ser una persona de interés público. Lo había sido cuando su programa triunfó, y aunque de otro modo, lo fue cuando se supo acerca de su relación pasada con Carter, era ingenuo pensar que no iba a volver a captar la atención de la prensa en esos instantes en los que se suponía que volvían a estar juntos.

Las localidades que Carter había conseguido para ellas eran estupendas. Cerca del banquillo local y con una vista inmejorable. Además, estaban rodeadas de gente lo bastante discreta como para no hacer que se sintiera incómoda. Aunque tras la publicación de su entrevista había cambiado el tono de la mayoría de los comentarios que recibía en redes sociales, había sido una temeraria y los había vuelto a activar, lo cierto era que los *haters* nunca desaparecían por

completo cuando eras una persona pública y podías encontrártelos en cualquier parte.

Para su salud mental esa noche todo el mundo con el que interactuó fue extremadamente amable.

Los jugadores del equipo local salieron al hielo y la afición se volvió loca. El partido era contra Nueva Jersey y todos esperaban ver un gran partido en el que, por supuesto, vencieran sus jugadores. Carlie vio a Carter en cuanto esté puso su patín en el hielo. No había estado en un partido en el que él jugara desde hacía cinco años, sí que había estado al tanto de sus logros, eso no lo iba a negar, pero no le había visto jugar desde entonces. La primera vez que lo había hecho en años fue en casa de sus padres hacía solo dos noches, y cuando su padre se ofreció a cambiar de canal, ella se negó.

Tanto sus padres como Kelsey sabían que su supuesta relación era falsa y que lo había dicho solo para apoyarla, pero eso no había mejorado la opinión que su progenitor tenía de él.

Regresó al presente cuando Kelsey zarandeó su brazo para llamar su atención.

—Carter te está saludando —avisó, a tiempo para alzar la vista y ver que efectivamente, se había parado delante de ellas y le estaba haciendo gestos con la mano.

Avergonzada y un poco más emocionada de lo que debería, le devolvió el saludo y le vio marcharse patinando hacia donde se encontraban sus compañeros.

—¿Sabes? —comentó su amiga a su lado—, a lo mejor no es tan malo como creía.

Carlie la miró con una sonrisa en los labios. Sabía que Kelsey era una blandengue, pero no esperaba que se derritiera solo porque su supuesto novio la había saludado delante de todo el estadio, atrayendo la atención de todos hacia ella, dando a entender lo enamorado que estaba y lo pública que pretendía que fuera su relación.

—No esperaba menos de ti —contestó con una sonrisa.

—No soy tan previsible —se quejó—. Es solo que ha sido un detalle de su parte.

—Lo ha sido.

—No me des la razón como a los locos.

La morena le lanzó una mirada que pretendía ser fulminante y centró su atención en el terreno de juego donde los jugadores calentaban.

Unos minutos después salieron los del equipo contrario y los abucheos sonaron al instante. Por supuesto, los jugadores estaban demasiado acostumbrados como para darle la más mínima importancia al tema y se dedicaron a lo suyo como hacía el equipo local.

Carlie vio a Carter pasar el disco entre sus compañeros para calentar, sin embargo, no fue él quien le llamó la atención, sino otro jugador que parecía especialmente emocionado, o quizás era hiperactivo y por eso no podía dejar de dar saltos.

El caso era que estaba de frente a ellas por lo que Carlie no podía ver el nombre que llevaba en su espalda y estaba demasiado lejos para que pudiera reconocerlo, aunque, incluso estando cerca dudaba que fuera capaz de hacerlo ya que no era seguidora del deporte.

—¿Quién es ese que parece a punto de sufrir un ataque al corazón? —le preguntó a Kelsey. Después de todo, ella los conocía de las veces en las que *Congrats* había sido contratada por el club para que organizara sus eventos.

Su amiga le lanzó una mirada fulminante que en esa ocasión le salió a la perfección antes de responder con desdén:

—Ese es Noah Bentley.

—¡Oh!

—Guárdate lo que sea que estés pensando —avisó, muy seria—. Lo reconozco porque los tengo muy vistos a todos.

—Por supuesto, y solo estaba pensando que es el mejor amigo de Carter. Nada que tuviera que ver contigo. Lo prometo.

—Más te vale.

—Estás un poco susceptible con él, ¿no?

—No lo estoy. Simplemente no me cae bien.

Carlie iba a pedir detalles, pero el partido comenzó y toda su atención se centró en el jugador número noventa y siete. Lo que fuese que hubiera entre su amiga y Bentley podía esperar a otro momento.



Capítulo 11

Kelsey no estaba muy convencida de que fuera buena idea salir con los jugadores del equipo a celebrar la victoria, o al menos eso decía, aunque no parecía insistir mucho en marcharse. Su actitud había despertado la curiosidad de Carlie, ya que no parecía dispuesta a contarle nada, y eso en sí mismo era extraño. Incluso cuando habían vivido en distintas ciudades y solo se mantenían en contacto por teléfono y videollamadas, habían compartido todos sus secretos la una con la otra, por lo que Carlie sabía a ciencia cierta que había algo que Kelsey le estaba ocultando y estaba segura de que tenía que ver con cierto jugador de *hockey*.

Una vez que finalizó el partido, el mismo hombre de seguridad que las había acompañado a sus localidades, se había acercado a ellas para pedirles que, por favor, le acompañaran a esperar la salida de los jugadores ya que su novio tenía previsto llevarlas a celebrar la victoria.

Carlie no había tenido más remedio que aceptar, después de todo, se suponía que era su pareja, por lo que le sonrió al hombre y le siguió con aparente tranquilidad hasta una sala de espera bastante lujosa, en la que les pidió a ambas que esperaran a que pasaran a recogerlas y las invitó a tomar lo que quisieran.

Había una especie de pequeño bar, pero bastante bien abastecido. Las neveras de detrás eran de vidrio, sofisticadas y elegantes, se podía ver desde el caro *champagne* a los refrescos que contenía sin siquiera abrirla.

—Este sitio tiene pinta de sala VIP —comentó Kelsey—, y créeme que sé de lo que hablo, estoy acostumbrada a verlas.

Carlie se encogió de hombros sin decir nada. Ella misma estaba acostumbrada a ser invitada habitual de ese tipo de salas, pero no iba a incomodar a su amiga con el comentario.

Vio como la morena se paseaba curiosa de un lado a otro mirando todo lo que las rodeaba. Trató de no fijar su atención en ella porque la estaba poniendo nerviosa que no se estuviera quieta y para entretenerse sacó su teléfono del bolso.

Tenía notificaciones de casi todas las redes sociales y de nuevos correos electrónicos, pero pasó de abrir ninguno de ellos. En cambio, se fue directa a su buscador habitual para revisar las últimas noticias.

Se trataba de una deformación profesional, necesitaba estar al tanto de todo lo que sucedía en el mundo. A veces para usarlas en su propio programa y otras por puro interés personal: le gustaba estar al tanto de la actualidad. Hacía que se sintiera segura, que sintiera que tenía su mundo bajo control.

Había abierto un artículo que hablaba sobre cómo se estaban hundiendo las costas de Estados Unidos, cuando la puerta se abrió y Carter apareció por ella con una sonrisa encantadora.

—Gracias por esperar —dijo mirando a Carlie a los ojos.

—De nada —se adelantó Kelsey—. Este sitio no está tan mal, así que te perdonamos que hayas tardado. Verdad ¿Carlie?

La rubia asintió.

—Me alegro, pero el sitio al que os llevo es mucho mejor —anunció ofreciéndole la mano a Carlie quien no tuvo más remedio que tomarla o eso se dijo a sí misma.

Sin soltar su mano salieron de la sala y se encontraron con otros jugadores que esperaban por ellos en el pasillo. Carlie contó siete, por lo que dedujo que el resto estaría celebrando con su propia familia.

—Ya estamos todos —anunció Carter, presentándoles a sus compañeros.

Carlie se fijó en Bentley llena de curiosidad. Era un hombre muy atractivo con el cabello rubio oscuro largo hasta su mandíbula cuadrada y marcada, Ojos violetas y mirada intensa, aunque en esos instantes estuvieran observando con fijeza a otra persona.

El resto de los jugadores pasaron uno por uno frente a ella para estrechar su mano y Carlie se dio cuenta de que eran tipos grandes y fuertes, la mayoría atractivos, por lo que era comprensible el interés que despertaban en las féminas.

Fue Howe el único que le habló directamente:

—Encantado de conocerte por fin —dijo con una sonrisa que destacaba, aún más, su atractivo rostro y hacía brillar sus bonitos ojos azules—. He sido un fan tuyo por mucho tiempo —comentó con cierta timidez.

—Gracias. Espero contar contigo en mi nueva andadura en la radio.

Howe la miró con confusión y curiosidad y Carlie le contó sobre sus nuevos planes de trabajo. Se despidieron con la promesa de que el jugador iría a su programa como invitado.

Escuchó a Carter organizar los vehículos para ir al bar y se quedó de piedra cuando emparejó a Kelsey con Bentley y ninguno de los dos se quejó por ello. Definitivamente, ahí había gato encerrado.

—¡Vamos! —pidió, volviendo a asir su mano y a echar a andar hacia el aparcamiento del estadio.

Carlie no sabía qué coche tenía Carter. Nunca habían estado juntos abiertamente en la calle, por lo que no sabía cómo conducía o qué. De modo que cuando desde lejos apuntó con su llave a un SUV gris metalizado marca Tesla, se quedó sorprendida. No había esperado que su coche fuera tan concienciado con el medio ambiente. Esperaba algo así como un Ferrari o un Maserati,

un vehículo que gritara poder y lujo, no el lujo silencioso de un Tesla.

—¿A dónde vamos? —preguntó para romper el silencio.

—A tomarnos unas copas de celebración y luego te llevaré a casa.

—De acuerdo.

Había esperado que Carter dijera algo más, pero se encontró con que este le daba la vuelta, la envolvía en sus brazos y después la estaba besando.

El mundo giró y todo se volvió patas arriba. Los brazos de Carter la mecían como si ella le perteneciera realmente. Carlie no supo quién separó antes los labios, pero sus lenguas se tocaron.

Era el beso que aparecía en los sueños húmedos, un beso intenso capaz de volar la mente del que lo recibía, que sentaba tan bien que Carlie no podía recordar todos los motivos por los que estaba mal.

No era la primera vez que se besaban, en el pasado habían hecho mucho más eso, no obstante, se sentía como algo nuevo y emocionante.

La mano de Carter peinó su cabello, y sus duras caderas se apretaron contra las de ella. Notó lo que había provocado en él y le encantó comprobar que no era la única afectada por su cercanía y su beso. Sintió un hormigueo en el pecho cuando Carter lo cubrió con la mano, en medio de un aparcamiento, donde cualquiera podía verlos, pero lo cierto es que no le importó. Ni siquiera recordó a las cámaras que horas antes la habían grabado entrando en el estadio.

El beso siguió creciendo en intensidad hasta que el buen juicio de Carlie se impuso a sus necesidades.

—¿Por qué ha sido eso? —preguntó, cuando recuperó el aliento.

—Nos estaban haciendo fotografías —dijo él, aunque Carlie notó que su voz había vacilado un poco.

Se abstuvo de decir que si ese era el caso un simple beso hubiese sido más que suficiente, pero no podía regañarle por algo que realmente había disfrutado.

Todavía de la mano cubrieron la distancia que les separaba del coche sin que Carlie viera a nadie de la prensa. Carter le abrió la puerta y esperó a que entrara para cerrar tras ella.

Una vez en el coche, arrancó el motor y la música inundó el espacio al instante. La voz de Ed Sheeran y su canción *Spark* hizo sonreír a Carlie. Era evidente que no se trataba de la radio, por lo que el cantante y la canción eran un gusto personal del dueño del vehículo.

Sin mediar palabra, solo con el sonido de la balada rompiendo el silencio, se pusieron en marcha hacia el lugar misterioso en el que iban a encontrarse con Kelsey y el resto del equipo, mientras Carlie aspiraba disimuladamente el aroma a limpio y a la colonia de Carter que invadía el ambiente.

El *Sullivan's Tap* era un bar deportivo en el que predominaban los seguidores de *hockey*. Al parecer era el punto de encuentro de los aficionados y que acudían en masa después de cada partido y para ver los que se disputaban fuera de casa.

Ellos fueron los últimos en llegar y Carter se dirigió directamente a la zona de atrás del bar en la que estaban sentados sus compañeros y Kelsey. Por el camino hubo varios seguidores que le pararon para felicitarle por el partido, pero parecía que todos los asistentes estaban acostumbrados a encontrarse habitualmente con los jugadores, por lo que no pasó de unos cuantos saludos y golpecitos en la espalda.

Carlie se sentó junto a Howe, quien a su vez estaba sentado junto a su amiga.

El camarero llegó con una bandeja llena de jarras de cerveza negra. Carlie aprovechó el momento para observar el local. Si la cerveza no le hubiese dado una pista, la decoración y el nombre del bar le hubiese dejado claro que se trataba de un bar irlandés.

El verde como color predominante, los tréboles y el aspecto general dejaban claro los orígenes de los dueños.

—¿Qué vas a beber? —preguntó Howe, sentado a su lado—, si no eres muy de cerveza no te recomiendo la negra.

—La verdad es que no me convence —confesó con una sonrisa—. El alcohol y yo no nos llevamos bien.

—Voy a pedirte un Sheridan —ofreció Carter, quien se había sentado a su otro lado y estaba pendiente de su conversación con su compañero.

—¿Qué lleva?

Él sonrió antes de explicarle que era un licor doble, totalmente natural, compuesto de crema de vainilla, licor de café y chocolate con base de *whisky* irlandés envejecido.

—Suenan bien —concedió, aunque estaba segura de que sería más fuerte de lo que ocasionalmente bebía.

—Ahora vuelvo —dijo, antes de levantarse para ir a buscarlo le ofreció lo mismo a Kelsey quien asintió encantada.

Carlie sonrió interiormente. Su amiga ya estaba predispuesta a perdonarle y comenzar de cero, después de su saludo durante el partido, la invitación actual reforzaba que ella le viera con buenos ojos.

Howe, que descubrió que se llamaba Levi, les estaba contando sobre los próximos dos partidos que jugaban en casa y Carlie se sintió cómoda conversando de *hockey* con él y su mejor amiga.



Capítulo 12

Carter no había vuelto a ver a Carlie desde la noche del partido y habían pasado dos días desde entonces. Por suerte sí que habían hablado por teléfono y a través de mensajes. Se había acostumbrado a volver a tenerla en su vida y no quería que nada cambiara, aunque el trabajo les impidiera verse tanto como quería.

Lamentablemente, a pesar de su buena disposición y su afán por cambiar, la vida y su pasado se empeñaba en ponerle la zancadilla como quedó demostrado cuando después del entrenamiento, al ir a por su coche para regresar a casa y descansar antes del partido de esa noche, se topó con que había alguien esperándole apoyada en él.

Su larga melena castaña y leonina le dio la clave de quien estaba a punto de arruinarlo todo. Melody, era una de las dos mujeres que habían ido de plató en plató contando su breve historia y sacando beneficio con ello. Que estuviera esperando por él solo significaba problemas, precisamente lo que llevaba semanas tratando de evitar a toda costa.

Estuvo a punto de darse la vuelta y regresar por donde había venido, pero no era de los que se escondían, de modo que siguió su camino hasta su coche, molesto porque hubiese logrado colarse y por la perspectiva de verse obligado a hablar con ella.

Se había entretenido más de lo habitual en las duchas, por lo que todos sus compañeros ya se habían marchado y su coche era el único que quedaba en la zona habilitada para el personal del club. Era imposible pasar desapercibido.

Respiró profundamente un par de veces para tratar de calmarse y aceleró el paso para llegar a

su coche. Cuanto antes acabara con el molesto encuentro antes podría comer algo y tomar su siesta previa al partido.

—Si fueras tan amable de apartarte de mi coche, tengo prisa —pidió, sin abrir las puertas.

No estaba seguro de que ella no decidiera meterse dentro y obligarlo con ello a escuchar lo que fuera que la había llevado hasta allí.

La sonrisa calculadora que le ofreció no presagiaba nada bueno.

—Tanto tiempo sin vernos y ese es el modo en que me saludas —Carter se sorprendió de que pudiera hablar con normalidad dadas las temperaturas y lo ligera de ropa que iba.

—Realmente tengo prisa, Melody.

La vio hacer caso omiso de sus comentarios y acercarse a él. Tanto que tuvo que dar un paso atrás para que sus pechos no le tocaran. Iba vestida como si acabara de salir de una fiesta, con un vestido negro ajustado, tacones y sin una chaqueta encima. Ni siquiera guantes o una bufanda para mantener un poco el calor corporal, una completa locura en medio de enero y en una ciudad tan fría como era Boston.

Todo ello, añadido a el modo en que trataba de acercarse a él, le hizo sospechar. Volviendo a retroceder se fijó en los alrededores, debía de haber gato encerrado porque su inesperada aparición era demasiado sospechosa para ser casual.

—¿Por qué estás aquí?

—Estaba cerca y quería saludarte. Guardo muy buenos recuerdos de ti.

—No va a colar, Melody. Me da igual que tengas a alguien a la espera para hacernos fotografías o que las haya hecho ya. Voy a demandarte por acoso si sigues apareciendo y veamos como compran los programas tus tonterías.

—Carter, no...

—Abrígate, anda. Vas a coger una pulmonía por un puñado de dólares. No merece la pena.

Rodeándola se encaminó hasta la puerta del conductor, pero ella no parecía dispuesta a rendirse porque lo abrazó por detrás.

Si hubiese sido un tipo se habría deshecho de él con facilidad, pero era una mujer y no iba a usar su fuerza contra ella, por lo que se desenrolló de sus brazos con delicadeza y sin darle una segunda mirada se metió en el coche y arrancó. Salió a toda prisa del aparcamiento, preocupado porque se metiera a la fuerza en su coche.

Estaba furioso y frustrado, ya que al final había conseguido lo que había ido a buscar: la fotografía comprometedora.

No se dirigió a su casa, sino que condujo hasta el barrio de Carlie, ansioso por contarle lo que había sucedido. Tenía que explicárselo antes de que creyera que la había traicionado. Carter le había prometido no hacer nada que pudiera generar controversia y Dios sabía que lo estaba cumpliendo.

En menos de diez minutos estaba frente a su casa llamando al timbre. Le sorprendió escuchar a Ares ladrar, pero nadie respondió. Aguardó con la esperanza de que hubiese salido a hacer algunos recados y que volviera pronto, pero tras media hora de espera en su puerta decidió que debía hacer un movimiento o se quedaría congelado allí mismo.

Con esa idea sacó el teléfono y llamó a Bentley, su amigo contestó cuando Carter había perdido cualquier esperanza de que lo hiciera, y su voz sonaba adormilada. Al parecer su compañero sí que había podido tomar su siesta de antes del partido.

—¿Qué pasa? —inquirió molesto.

—Necesito que me pases el teléfono de Kelsey Collins.

—¿Cómo dices?

—Necesito el teléfono de...

—Te he escuchado la primera vez. Lo que te pregunto es por qué narices crees que yo lo tengo.

—Noah, no tengo tiempo para jugar a esto, por favor. Necesito ese teléfono ahora.

Quizás fue la ansiedad en su voz o la frustración, fuera lo que fuera dio como resultado que su amigo le preguntara, más despierto, qué era lo que había sucedido para que necesitara el número de teléfono de la organizadora de eventos.

Carter no se hizo de rogar y le puso al día sobre su encuentro con Melody, de cómo todo apuntaba a una encerrona con la prensa de testigo, y de lo preocupado que estaba con que Carlie malinterpretara la situación.

Escuchó a Bentley suspirar a través de la línea antes de que dijera:

—No te he dado jamás el teléfono de Kelsey y debes prometer que no vas a sacar este tema nunca más.

—De acuerdo.

—¡Promételo!

—¿Qué tenemos?, ¿cinco años?

—¡Carter!

—Está bien. Lo prometo. No volveré a hablar de esto nunca.

—Bien. Te lo paso por mensaje. Ahora déjame dormir —dijo y colgó antes de que Carter pudiera agradecérselo o despedirse.

Tal y como había prometido le llegó el contacto de Kelsey y sin perder el tiempo en grabándolo en su lista de contactos, la llamó.

Tal y como había esperado era su número personal. Habría sido fácil encontrar el teléfono de su trabajo, pero llamar a su oficina no aseguraba que pudiera hablar con ella, por lo que había recurrido a Bentley, seguro de que tenía el número que necesitaba.

—Kelsey, soy Carter. Necesito tu ayuda.

A su favor, tuvo que admitir que le escuchó con calma y que no le interrumpió en ningún momento.

—Carlie no está en casa.

—Eso ya lo sé, por eso te llamo —trató de aguantarse su sarcasmo. Después de todo, había sido bastante amable con él la última vez que habían estado juntos y sobre todo, necesitaba la información que, al parecer, ella manejaba.

—Si me dejaras terminar te habría dicho que Carlie no está en casa porque es jueves y mañana se estrena su programa de radio. Como colabora del mismo te puedo confirmar que está allí monitoreándolo todo para que el estreno sea un éxito.

—Gracias, Kels, ¿qué emisora?

Ella bufó por el diminutivo cariñoso de su nombre, pero no parecía tan molesta cuando contestó:

—Te mando la dirección por mensaje —anunció antes de colgar.

—¿Qué les pasa a estos dos? —se quejó.

Tanto Bentley como Kelsey le habían dejado con la palabra en la boca y la promesa de un mensaje.

Mensaje que recibió mientras corría hacia su coche.

Si le hubiera preocupado que le dejaran acceder al edificio en el que se encontraba la emisora de radio hubiese estado perdiendo el tiempo porque no solo no se lo impidieron, sino que un guardia de seguridad le acompañó hasta el lugar exacto en que el que estaba Carlie. Al parecer

junto con el programa se le había asignado también un despacho y allí era hacia donde se dirigían.

Cuando su acompañante le indicó donde era e iba a retirarse, Carter le preguntó si tenía hijos aficionados al *hockey* y tras descubrir que sí, que tenía un adolescente que jugaba a *hockey* en el instituto, se comprometió a hacerle llegar, a través de Carlie, un par de entradas para que pudiera ir a un partido con él.

Una vez frente al despacho llamó con suavidad y esperó a que le invitaran a pasar para hacerlo.

Carlie estaba sentada frente a un escritorio con un portátil frente a ella. Era evidente que no había tenido tiempo de decorar el espacio, porque este estaba desangelado, con un escritorio y dos sillas, una a cada lado de este y un triste perchero con su abrigo y su bolso colgando de él.

Tomó nota mental para enviarle un ramo de flores al día siguiente, cuando tuviera su primer programa, y la saludó con cierta timidez, al ser consciente de que estaba invadiendo su espacio de trabajo.

—Hola, perdón por presentarme así, pero no contestabas mis llamadas y necesito que hablemos.

La vio asentir y señalar la silla frente a ella.

—¿Va todo bien? —había preocupación en su expresión.

—Sí, sí.

—De acuerdo —aceptó con una sonrisa de disculpa mientras abría el cajón del escritorio y sacaba su teléfono silenciado—. Lo escondo cuando trabajo —explicó—, para evitar distracciones.

—Entiendo.

—Cuéntame qué ha pasado. Pareces nervioso.

Carter tardó un segundo en lanzarse a contarle todo lo que le había sucedido después del entrenamiento: su encuentro con Melody, sus sospechas de que le estaban haciendo fotografías e incluso su llamada a Bentley para conseguir el teléfono de Kelsey y su posterior conversación con ella.

Carlie sonrió durante esa parte, pero se mantuvo tranquila y sin interrumpirle en todo momento.

Estaba a punto de pedirle que dijera algo cuando ella alargó la mano y tomó la suya, que en medio de su relato había apoyado en el escritorio.

—Está todo bien. Lo prometo —le dijo, muy seria.

—Pero ¿y si hay fotografías?

—Mírame, Carter —esperó hasta que hizo lo que le pedía y volvió a insistir—. Está todo bien. Te dije que iba a confiar en ti y lo hago. Melody Bell no puede importarme menos.

—¿Estás segura?, ¿y si te hace quedar mal?

Ella sonrió, conmovida por su preocupación.

—Te prometo que no tiene ningún tipo de credibilidad ni para mí ni para nadie —explicó.

—De acuerdo —la tensión en sus hombros se desvaneció—. Gracias por no dudar de mí.

—Lo mismo digo, gracias. Te agradezco la preocupación, pero te aseguro que nadie en su sano juicio creará nada que salga de su boca, y mucho menos con un par de fotografías de mala calidad—apuntó de un modo objetivo—. Está claro como el agua que solo ha pretendido sacar tajada de la situación en la que te has visto envuelto, así que no creo que debas preocuparte más por ella.

—Y si se publican las fotografías. Me ha plantado los pechos casi en la cara y cuando he

tratado de marcharme me ha cogido por la espalda.

—No hay nada comprometido en ellas —lo tranquilizó—. En cualquier caso, si hay fotografías saldremos a cenar públicamente y demostraremos lo poco que nos importan.

Carter sonrió feliz, por primera vez desde que había entrado.

—Casi estoy deseando que salgan para llevarte a cenar.

Carlie le devolvió la sonrisa.

—Podemos salir a cenar cuando quieras —ofreció—. Se supone que somos pareja y eso es lo que hacen.

—Te voy a tomar la palabra —comentó muy serio.

Estaba deseando que los partidos fuera de casa le dieran una tregua para poder pasar tiempo con ella y tratar de recuperar su historia.

—Espero que lo hagas —aceptó y Carter tuvo la sensación de que estaba coqueteando con él.

No pudo borrar la sonrisa de su cara en todo el día, ni siquiera cuando perdieron el partido esa noche. Melody había desaparecido de su mente y el partido no era tan importante, todavía seguían bien posicionados en la tabla de clasificación y si seguían jugando así iban a llegar a los *playoffs* de la copa Stanley.

Ese día nada era capaz de empañar su estado de absoluta felicidad.



Capítulo 13

Cuando Carter llegó a su casa se dejó caer en el sofá sin ganas de hacer nada. Ya no tenía apetito, aunque era indispensable que comiera. Tampoco se sentía con ánimo de hacer una siesta, por lo que a regañadientes se levantó del sofá y se arrastró hasta la cocina para prepararse algo rápido.

Estaba a punto de abrir la nevera para comprobar qué comida prefabricada iba a disfrutar, cuando el timbre de su apartamento sonó. Sorprendido de que Thomas hubiese dejado pasar a alguien sin preguntarle, se arrastró a la puerta y abrió sin usar la mirilla.

Una mujer rubia, elegantemente vestida y con los mismos ojos color miel a los suyos estaba plantada delante de él sonriéndole. Se lanzó a abrazarla antes siquiera de dejarla entrar:

—¿Qué haces aquí?, ¿por qué no has abierto tú misma? Tienes tus llaves.

—¿No puedo venir a ver a mi hijo? —protestó ella con la voz dulce de siempre—. Y no he abierto yo misma porque no tengo ningún interés en encontrarme contigo en situaciones... íntimas.

Carter rio de buena gana.

—No hay situaciones íntimas antes de un partido, mamá. Pasa, por favor —pidió separándose del abrazo para dejarla entrar por completo en su apartamento.

—Es bueno saberlo.

Ella Lawrence, había recuperado su apellido después del divorcio, entró en casa de su hijo y esperó a que este tomara su abrigo y su bolso.

Había sido criada como una dama, y ella a su vez, había tratado de hacer lo mismo con su hijo, el problema era que su marido había intentado sabotearla en casi todas sus enseñanzas. Julian Morton solo estaba interesado en el dinero y en la fama que su esposa y su hijo podían aportarle, y para ello esperaba que Ella siguiera suministrándole el efectivo y su hijo los contactos.

Le había costado muchísimo tiempo ver la auténtica cara de su marido, pero entonces su padre se había opuesto a que se divorciara. No obstante, en cuanto este falleció llamó a su abogado para que iniciara los trámites. Lo único que tenía que agradecer a su autoritario padre fue su empeño en que firmaran un acuerdo prenupcial que salvó sus bienes de su codicioso marido. El problema fue que para cuando se dio cuenta su maravilloso hijo ya había sido influenciado por su padre.

—¿Quieres tomar algo?, ¿has comido? —preguntó mientras la ayudaba a deshacerse del abrigo y tomaba su bolso—, puedo ofrecerte algo precocinado. Es lo que iba a hacer para mí.

Ella le lanzó una mirada acusadora antes de protestar:

—Eres un deportista de élite. Deberías comer mejor.

—Podemos pedir algo. Siéntate en el sofá mientras dejo tus cosas y después podemos pedir algo para comer.

Su madre le fulminó con la mirada.

—Pedir comida es lo mismo que descongelarla —se quejó—. No tienes la certeza de que sea fresco o de calidad.

—Mamá, siempre pido en buenos restaurantes —contestó divertido por la preocupación de su progenitora.

Era agradable tenerla cerca. Después de que se divorciara su madre había abandonado Nueva York para regresar a su ciudad de nacimiento: Boston. Y cuando él mismo había sido intercambiado comprendió que tenía una nueva oportunidad de establecer una relación con su madre en la que su padre no pudiera meter sus zarpas.

—¿Tienes huevos? —esperó a que asintiera para continuar—, ¿verduras?

—Tengo de todo, el problema es que no sé mezclarlo y que sea comestible.

—De acuerdo —concedió muy seria—. Ve a dejar mis cosas a tu dormitorio y mientras yo nos prepararé una tortilla y alguna sopa de sobre —se encogió de hombros con una risita divertida—, para compensar.

Carter se tragó su propia risa.

—Suená bien.

Media hora después estaban sentados a la mesa del comedor, que Carter nunca usaba, disfrutando de una comida tardía.

—No me has dicho a qué debo tu agradable visita.

La expresión de Ella se tornó seria y circunspecta.

—He venido a asegurarme que estás bien y a advertirte. Vi tu entrevista en la televisión y creo que no eres consciente de lo que tú padre es capaz de hacer para salvar su orgullo y, sobre todo, su estatus. Sé que estuve muchos años engañada acerca de él, pero ya no es así. Tu padre es un narcisista de manual que hará lo sea necesario para limpiar su imagen, aunque para ello tenga que pasar por encima de su propio hijo.

—No te preocupes por mí, mamá...

—No, Carter. Esto es serio.

—Lo sé, pero te aseguro que no estoy indefenso. Puedo defenderme de lo que sea que planeé en mi contra.

—Estoy segura de que crees que puedes, pero no lo haces. Tu padre te guarda rencor por el modo en que dejaste su agencia. Le hiciste quedar mal frente a sus colegas. —Ella se llevó las manos a las sienes para masajearse unos segundos—. No me extrañaría que fuera él quien te hizo seguir y quien le ofreció las imágenes al programa de Carlie.

Carter se quedó en silencio con la boca abierta tratando de asimilar lo que su madre estaba diciendo.

—Es despiadado, hijo. Ya deberías saberlo.

—¿De verdad crees que él...? —se calló porque no sabía cómo continuar con la frase.

—No lo sé, pero igualmente creo que deberías dejar de mencionarlo en la televisión. Por si acaso.

—Sé que fue él quien le dijo a la prensa sobre mi relación con Carlie. Nadie más lo sabía.

Su madre asintió comprensiva.

—Lo que no comprendo es que fuera él quien filtrara las imágenes de mi infidelidad. Siempre me empujó a salir con mujeres famosas y exitosas y Dios sabe que Alisha Mayer lo es.

—La cabeza de tu padre funciona a un nivel que nunca he entendido —se encogió de hombros—, en cualquier caso, ten cuidado. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo. No volveré a mencionarle si él no hace nada en mi contra o en contra la de Carlie.

Ella Lawrence asintió muy seria.

—Ahora que ya hemos zanjado el motivo de mi visita, háblame de tu chica —pidió con auténtico interés.

—En realidad no es mi chica —explicó. Poniendo al día a su madre de todo lo que había sucedido desde que el escándalo estallara. De cómo ella había rechazado su ayuda y había sido Carter el que la había forzado a aceptarla al no darle opciones, anunciando su relación en la televisión.

—Parece una mujer valiente y decidida. Me gusta —sentenció, muy seria—. Ya me gustaba cuando la veía en su programa, pero al ver cómo está luchando por salir adelante me gusta más.

—¿Te gusta más que Alisha? Sé que la adorabas.

—Alisha es maravillosa y a Carlie no la conozco, pero una parte de mí siempre dudó de que tu relación con ella fuera a terminar en boda.

—¿Por qué? Si incluso nos comprometimos.

—Llámalo sexto sentido maternal o quizás fue el hecho de que le pidieras matrimonio con un anillo nuevo —explicó su madre—. Siempre supe que querías el anillo de la abuela para tu futura esposa, y cuando no me lo pediste imaginé que no estabas seguro del todo.

Carter asintió.

—El problema ahora es el contrario. Quiero a Carlie, es probablemente la única mujer a la que he querido, pero hay demasiado equipaje entre nosotros y no estoy seguro de poder deshacerme de él.

—Tal vez no sea necesario que os deshagáis de él, quizás solo es necesario que compartáis el peso entre los dos.



Capítulo 14

Cuatro semanas para San Valentín.

Era el día del primer programa de radio de Carlie y contra todo pronóstico estaba tranquila. Tenía suficiente experiencia como presentadora de televisión en directo para superar cualquier contratiempo que pudiera darse y, sobre todo, se había rodeado de colaboradores en los que confiaba y que sentía como familia: su mejor amiga Kelsey, que daría consejos para organizar celebraciones para San Valentín originales; su amigo del instituto, Jacob Matson, el chef de uno de los mejores restaurantes de Boston, que iba a ofrecer consejos de cocina a sus oyentes y a darles recetas fáciles para realizar ellos mismos con las que impresionar a sus invitados; Leslie Wildes, la hija de Jack quien era estilista profesional e iba a dar consejos de moda tanto a hombres como a mujeres de todas las edades; Kenneth, el hermano mayor de Kelsey, que era entrenador personal en su propio gimnasio y que iba a responder consultas sobre cómo ponerse en forma y cuidar de su salud; y por último, su propia madre, quien se encargaría de la salud mental, tan importante como lo era la física y mucho más olvidada que esta.

El único instante ese día en que su corazón se había acelerado fue cuando le llegó un ramo enorme de rosas rojas, con una tarjeta deseándole mucha suerte con el programa.

El gesto había sido tan romántico y considerado que Carlie se quedó sin habla durante unos segundos. Salir con Carter, aunque fuera de mentira, se estaba convirtiendo en un riesgo peligroso. El modo en que había acudido a ella, preocupado por lo que pudiera pensar de su

encuentro con Melody la había dejado tocada el día anterior, y el detalle de las rosas solo estaba haciendo más difícil que recordar que su relación era una farsa.

Una mentira con la que pretendía ayudarla a recuperar su carrera, no un interés real de estar con ella. Y estaba bien, tenía que estarlo, pero la calidez de su trato, el interés que mostraba en su bienestar y la atracción física que siempre había sentido por él le hacían complicado mantener su cabeza fría y su corazón calmado.

Después de que Carter rompiera con ella había tratado de salir con otros hombres, pero su carga de trabajo y la falta de un interés real, había hecho que las relaciones no pasaran de ser superficiales y breves. Era consciente de que en esos momentos debería estar preocupada por sacar adelante su trabajo, tanto el canal como el programa de radio, pero verle y hablar con él casi todos los días estaba minando su capacidad de ser racional y analítica.

Unos golpecitos en la puerta de su despacho la sacaron de su ensimismamiento.

Tras invitar a quien estuviera al otro lado a pasar, la cabeza de su mejor amiga se asomó con una sonrisa enorme en sus labios.

—Ya estamos todos aquí —anunció, emocionada.

De alguna manera, Carlie había recurrido a sus amigos para establecer una simbiosis en la que todos salieran favorecidos. Ella se sentía arropada y presentaba un programa atrayente con contenidos interesantes y ellos se sacaban un sueldo extra, y publicidad gratuita para sus propios proyectos.

—Voy —contestó, levantándose de su escritorio y abriendo el cajón para sacar su teléfono.

Aunque su idea era que en cada programa aparecieran varios colaboradores, para así dedicarles tiempo a todos para mostrar sus habilidades y darles a los oyentes lo que necesitaban, ese primer día les había invitado a todos, para presentarlos y contarles a los seguidores del programa qué iban a poder encontrar en *Heartbeat* si les ofrecían su confianza y les sintonizaban cada lunes, miércoles y viernes.

Jack le había dicho que, si todo marchaba bien y ella estaba interesada, la cadena le plantearía la posibilidad de salir en antena cada día.

Carlie estaba al tanto de la carga de responsabilidad que suponía un programa diario, pero jamás le había asustado el trabajo duro y no iba a comenzar en esos instantes a temerle a nada, aun así, había dejado aparcada la posibilidad y lo que conllevaba, hasta que fuera oficial.

Emocionada por el futuro, caminó junto a Kelsey hasta la cabina en la que sus colaboradores y amigos estaban tratando de familiarizarse con el ambiente.

Todos la saludaron en cuanto entró, repartiendo abrazos y ánimos. Por suerte quedaba más de una hora para el inicio del programa, de modo que tenían tiempo para un ensayo general.

Frederick y Lauren iban a ser sus técnicos de sonido, por lo que aprovechó para presentárselos al equipo y anunciarles que esa misma noche estaban todos invitados a cenar en el restaurante de Jacob, con quien ya había hablado del tema, y les había reservado un salón solo para ellos.

La sintonía del programa comenzó a sonar y Carlie saludó a sus oyentes en cuanto esta terminó. Les contó que iba a dedicar los próximos programas a San Valentín y que no se perdieran ni uno solo porque tenía invitados fabulosos que iban a contarles secretos que merecían la pena conocer. Tras la presentación puso *Adore you* de Harry Styles, y dejó que la música sonara. Después de todo, tenía predilección por el cantante británico, lo que lo convertía en la mejor elección para inaugurar el programa.

—¿Estáis todos listos? —se aseguró mientras la música seleccionada seguía sonando.

Recibió varios asentimientos y síes. Era evidente que estaban nerviosos, pero Carlie no

estaba preocupada. Confiaba en todos y cada uno de ellos, por eso los había incluido en el programa. Estaba luchando por recuperar su carrera, no iba a dejar que nada le estropeará sus planes.

Cuando finalizó la canción se dispuso a presentarlos, dando información sobre a qué se dedicaban y lo que iban a compartir con sus oyentes, y tras una charla común que cortaron para meter más música, llegó el momento de la verdad, al abrir las líneas telefónicas y dar voz a los que los sintonizaban.

Frederick avisó de que tenían una llamada lista y Carlie saludó a su primer oyente:

—Buenos días y bienvenido a *Heartbeat*.

—Hola, muchas gracias, Carlie —respondió la primera llamada. De fondo se escuchaba bullicio, como si estuviera en algún lugar con mucha gente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Carlie, pero al mirar a Kelsey sentada frente a ella se quedó desconcertada. El color de su amiga estaba pasando del blanco al rojo en cuestión de segundos.

La respuesta de su invitado le hizo desviar la atención.

—Me llamo Noah.

De fondo se escucharon abucheos.

—Encantada de saludarte, Noah.

—No se llama Noah —gritó una voz de fondo—, se llama Bentley.

—Noah es mi nombre, capullo —protestó el aludido.

Carlie comprendió en ese instante lo que estaba sucediendo. Decidida a salir airoso de la situación decidió tomar la iniciativa.

—Dinos, Noah Bentley, por casualidad ¿estás en un vestuario? Se escucha mucho jaleo de fondo —le puso un tono risueño a su voz.

—Qué lista eres, Carlie.

No era una respuesta directa, pero serviría.

—Ya decía yo —bromeó.

—Deja de acaparar el teléfono —protestó otra voz y tras varios segundos en los que nadie habló hubo alguien distinto en la línea—. Hola, Carlie, me llamo Levi.

Ella rio al reconocer la voz de Howe.

—Encantada de saludarte, Levi.

—Hemos llamado porque nos ha encantado tu programa —comentó, dando mucho más juego que su predecesor—. Vamos a escucharte todos los días.

—Muchas gracias, Howe, digo Levi.

La risa del jugador al otro lado de la línea contagió a sus colaboradores.

—Puedes llamarme como quieras —concedió—. A diferencia de mis compañeros yo respondo a los dos nombres por igual.

—¿Qué estás hablando de mí? —protestó otra voz de mal humor.

—Me toca —pidió alguien nuevo.

—Hola, Carlie, soy Maurice Lemieux. No sé si te acuerdas de mí —comentó—, estuvimos juntos en el *Sullivan's Tap* hace unos días, pero me fui pronto porque tenía que recoger a mi mujer.

Carlie sonrió por la larga explicación.

—Te recuerdo. Encantada de saludarte.

—Mierda, Lemieux. Se supone que somos fans no que la conocemos porque es la chica de nuestro capitán —se quejó Howe a voz en grito.

—Oye, soy un fan —protestó este—, a ver si porque la conozco no puedo serlo.

Ninguno de los allí presentes pudo aguantarse la risa.

—Hola, Carlie —saludó una nueva voz que ella reconoció al instante—. Hola, señora Jensen —siguió diciendo—, encantado de saludarla.

—Hola, Carter. Igualmente —respondió la madre de Carlie con una sonrisa de diversión en los labios.

—Callaos todos que el capitán está hablando con su suegra —gritó Dryden.

—Dryden, silencio —se quejó Carter.

—Perdón.

Si aguantarse la risa antes había sido difícil para todos, después del breve de la intervención del segundo portero fue imposible. Hasta los técnicos de sonido se estaban riéndose al otro lado del cristal. No había duda de que el primer programa estaba siendo épico. Carlie dudaba que alguna vez fueran a superar semejante llamada.

Se preguntó si Jack se estaría arrepintiendo de haberle ofrecido el trabajo.

—Bueno, hemos querido entrar para darte la enhorabuena por el programa y para ofrecerte un par de entradas para el partido de la semana que viene contra Montreal. Queríamos contribuir de algún modo al estreno de *Heartbeat*, así que hemos pensado que a tus oyentes les encantará venir al estadio para ver cómo le pateamos el culo a los canadienses.

—Gracias, Carter. Sin duda es un regalo que nuestros seguidores valorarán.

—De nada. Tengo que irme antes de que el entrenador Foster nos asesine por no salir al hielo.

—No, nada de asesinatos, este programa va de amor y buen rollo —bromeó ella—. ¿Suerte con el entrenamiento?, ¿eso se dice?

Carter rio de buena gana.

—Suerte con el entrenamiento es perfecto. Te llamo después.

—De acuerdo.

Miró a los técnicos de sonido fuera de la cabina, preguntándoles con la mirada si había más llamadas y vio a Lauren asentir con la cabeza con vehemencia.

—De acuerdo. Una primera llamada interesante —concedió con diversión—, recibamos a nuestro próximo invitado.

—Hola, buenos días, ¿cómo te llamas?



Capítulo 15

Carlie iba a cenar con sus compañeros del programa en el restaurante de Jacob, que estaba en pleno centro de la ciudad, a solo una calle del ático de Carter. Por lo que este al enterarse, le había ofrecido su casa para que pasara la noche allí. Después de todo, eso era lo que hacían las parejas: pasar tiempo juntas en los hogares de ambos.

Al ver que Carlie no respondía inmediatamente, cambio la oferta, preocupado por haber presionado más de la cuenta. Iría a llevarla al restaurante y la recogería cuando la fiesta terminara, de modo que no tuviera que conducir ni depender de un taxi para regresar a casa.

—De acuerdo —aceptó esta, finalmente.

Carter sonrió.

—¿A qué hora tengo que recogerte?

—No, eso no. Lo otro.

—¿Disculpa? No entiendo muy bien lo que quieres decir —bromeó, queriendo aligerar el ambiente.

Carlie le lanzó una mirada que pretendía ser de reprimenda, pero que se quedó en adorable.

—Me quedaré en tu casa. No es justo que tengas que salir a llevarme cuando termine la cena. Puede que sea muy tarde.

Se encogió de hombros como quitándole importancia al asunto, cuando en realidad la idea la emocionaba, jamás había estado en ninguno de sus apartamentos. Cuando salían juntos, se habían visto siempre en casa de Carlie porque era demasiado arriesgado hacerlo en su casa. Él

era el famoso y por tanto no podía estar seguro de que su portero o alguno de sus vecinos filtrara que estaba viendo regularmente a alguien.

Carter notó el nerviosismo de ella y estuvo a punto de decirle que la hora no era un problema, pero eso habría minado cualquier posibilidad de que se quedara con él y en esos instantes era lo que más deseaba. La idea que tener a Carlie en su espacio se sentía como un paso más en su relación. Como si eso la hiciera más real, más auténtica.

—Perfecto —concedió encantado, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacando un manojo de llaves.

Se lo tendió con cierta timidez.

—Por si regresas tarde y estoy durmiendo —mintió. Era imposible que se acostara hasta que ella estuviera en su casa a salvo.

—¿Siempre vas con un juego de llaves extra en el bolsillo? —inquirió ella con suspicacia.

—Para nada. Las he traído expresamente para ti —explicó—. De hecho, las he hecho antes de venir a tu casa.

La confesión hizo que el corazón de Carlie se acelerara, pero lo disimuló lo mejor que pudo.

—Gracias —aceptó tomando las llaves—. Solo... no sé dónde vives exactamente.

Carter sonrió encantado por la oportunidad y tomando su mano la hizo levantarse del sofá.

—Vamos. Te llevaré. Trae a Ares también.

—Tengo que arreglarme —se quejó—, Kenneth y Kelsey pasaran a por mí en menos de dos horas.

—Volveremos rápido. ¡Vamos!

—He de darme una ducha y...

—Entonces coge todo lo que necesites para cambiarte en mi casa —pidió—. De hecho, coge ropa extra para mañana y para dormir.

—Pero...

—Es lo mejor y lo más cómodo para todos.

No pudo protestar más. Por un lado, porque realmente necesitaba saber dónde vivía Carter si iba a quedarse en su casa esa noche y, por el otro, porque Ares estaba emocionado por salir de casa. Después del programa había vuelto a casa y lo había llevado a dar un paseo, pero para el gusto del animal había sido demasiado corto.

Carlie no había podido alargarlo más porque la llamada de Carter diciéndole que iba a pasar por su casa le había hecho dar la vuelta y regresar.

—No te olvides de avisar a Kelsey. Ni siquiera es necesario que pase a recogerte, yo te acompañaré hasta el restaurante y después me iré.

—No hace falta. Puedo ir sola.

—De ninguna manera. Y coge también lo que necesites para que Ares pase la noche en casa con nosotros —pidió—. No te olvides del arnés, así podemos acompañarte los dos al restaurante. De ese modo podré sacarlo a pasear mientras cenas con tus compañeros. Creo que está cansado de estar en casa —anunció mientras le daba caricias en la cabeza.

El animal estaba encantado con él. La primera vez que le había visto se mostró cauteloso, pero Carter tenía la capacidad de ganarse a los animales con tanta rapidez como se ganaba a las personas, con esa mezcla de encanto, educación y rasgos de chico malo.

—Iba a dejarlo en casa de mis padres —confesó—. Mi padre va a estar solo esta noche porque mi madre también viene a la cena, así que había barajado la posibilidad de que se hicieran mutua compañía.

No era que tuviera intenciones de emborracharse en la cena, pero tampoco estaba segura de

que cuando regresara a casa tuviera fuerzas o ganas de sacar a Ares a dar su paseo nocturno, y era imprescindible hacerlo si pretendía alargar sus horas de sueño un poco más a la mañana siguiente. Y aunque su madre tampoco madrugara, tras la cena, era imposible que su padre no lo hiciera, por lo que era la mejor opción para que Ares pudiera disfrutar de su carrera matutina.

—Eso ya no es necesario. Ahora me tienes a mí para echarte una mano en lo que necesites y eso incluye a Ares.

—Sacar a un perro como el mío es agotador. Tiene que salir a correr al menos tres veces al día.

—Soy un deportista. Correr no es un problema para mí —dijo con un guiño travieso.

Carlie asintió e hizo lo que le pedían mientras trataba de convencerse a sí misma de que Carter solo estaba siendo amable, de que no había ningún interés romántico en ninguno de sus gestos.

—Gracias.

—Nada de gracias. Eres mi chica y por asociación Ares es mi perro, ¿no? —inquirió esbozando una tractiva sonrisa.

Carlie sonrió.

—Supongo que sí.

Como si estuviera de acuerdo con el asunto, el animal ladró para dar su opinión, ganándose con ello las caricias de su recién estrenado dueño político.



Capítulo 16

Tal y como había esperado Carlie la cena estuvo deliciosa y la compañía maravillosa. La única parte de la noche que no había disfrutado fue cuando se permitió pensar en que al terminar la fiesta iba a ir a casa de Carter y el hecho la emocionaba tanto como le preocupaba. Para evitar pensar en ello había bebido un poco más de lo habitual, pero sin pasarse excesivamente, después de todo, su propia madre estaba allí cenando y, aunque era una adulta todavía le daba cierto pudor hacer algunas cosas frente a ella.

—Todo estaba exquisito, Jacob —felicitó Kelsey—. Si ofrecieras servicios de catering te incluiría en todos mis proyectos —comentó sonriendo.

—Si además de al restaurante me dedicara a dar catering acabaría soltero —se rio—, Eva ya lleva bastante mal mis horarios —confesó—. Lo que estoy tratando de hacer es delegar más.

Eva era encantadora y Carlie estaba segura de que era más comprensiva de lo que Jacob creía. Los conocía a los dos desde el instituto por lo que sabía que el que estaba más preocupado por sus largas horas de trabajo era él. Después de todo, acababan de tener un bebé y era normal que quisiera estar lo máximo posible con ellos.

—¿En qué andas ahora? —preguntó Leslie—. Todavía no es la época de bodas.

—Gracias a Dios o no daría abasto ya que estamos en la época de las recaudaciones de fondos. Después de Navidad todo el mundo quiere demostrar lo solidario que es.

—Tiene sentido —comentó Kenneth.

—Supongo que lo tiene. Como sea estoy hasta arriba de trabajo organizando la recaudación

de fondos de *Play Together*.

—¿La ONG que ayuda a niños sin recursos para a través del deporte? —preguntó Frederick.

—Sí, esa —se giró para mirar a Carlie—, tu chico y sus compañeros de equipo están invitados, por lo que ve buscándote un vestido que ponerte.

—Cuenta conmigo para ayudarte —se ofreció Leslie—, para ese tipo de eventos tienes que estar perfecta.

—También puedes saquear mi armario si quieres —ofreció su madre—, tengo varios vestidos *vintage* de alta costura que te quedarían divinos.

Después del comentario de su madre, Leslie tardó dos segundos en levantarse de su silla y pedirle a Lauren que le cambiara el sitio. Katherine se rio, pero estuvo encantada de sacar su teléfono y enseñarle fotografías de los vestidos que ella misma se había puesto para acompañar a su marido a ese tipo de eventos.

—Yo también asistiré a la gala —anunció Kenneth—, resérvame un baile —pidió con un guiño.

—No estoy invitada.

Kelsey dio un resoplido, pero no dijo nada.

Carlie desconectó de la conversación y se puso a pensar en si Carter la invitaría o no a acompañarle. Su comportamiento con ella no tenía nada que ver con el que había tenido cuando salían, pero salir a tomarse unas copas, invitarla a un partido de *hockey* o a pasar la noche en su casa, no era comparable a dejarse ver con ella en público en un evento que estaría lleno de compañeros y, sobre todo, de prensa. No había nada que mostrara más claramente que eran pareja que asistir juntos a ese tipo de eventos.

Apuró su vaso de vino de un trago y se sirvió otro, demasiado concentrada en sus pensamientos como para darse cuenta de lo que hacía.

La sobremesa siguió y se retiraron los platos para sacar el postre y las bebidas dulces. No obstante, el postre no fue el final de la velada, sino que se sirvieron cocteles y los camareros de Jacob apartaron las mesas para que los invitados pudieran bailar.

La música de Taylor Swift y su *I almost do* sonaba de fondo, a un nivel suave, pero bailable y Carlie no pudo negarse cuando Kenneth extendió su mano para invitarla a moverse por la improvisada pista.

Se movieron pegados, entre risas y buen humor.

—Eres una bailarina maravillosa —la halagó él—. Mejor que Kels, pero no se lo digas.

—Mentiroso —se quejó ella—, tu hermana es casi una profesional.

—No exageres.

—No lo hago o no te acuerdas que fue animadora en el instituto mientras yo me encerraba con mis compañeros en la redacción del periódico.

—Es cierto. Lo había olvidado —se encogió de hombros—. Le pega tan poco ser animadora que ya ni lo recordaba.

—Tienes razón —rio Carlie—. No es la típica arpía de las series juveniles.

—No, no lo es —confirmo haciéndoles girar entre los demás bailarines.

—Y ¿qué tal tú?, ¿estás saliendo con alguien?

—No. Estoy soltero. ¿Por qué?, ¿quieres presentarme a alguien? Porque estoy dispuesto a ir a citas a ciegas —bromeó.

—Llevo menos de un mes aquí. No he conocido a nadie que no conozcas ya.

Él se encogió de hombros.

—En ese caso seguiré soltero por siempre.

Carlie rio de buena gana. Kenneth era demasiado guapo como para lamentarse por no tener pareja. Era grande y fuerte, con unos hombros anchos que acaparaban todas las miradas, el pelo castaño, más claro que el de su hermana y los ojos verdes con motitas doradas que siempre le habían parecido sexis y misteriosos.

—Yo no me preocuparía por eso. Eres guapo.

—Gracias, preciosa.

Tras reírse de buena gana le hizo dar una vuelta sobre sí misma.

—Creo que necesito beber algo —se quejó Carlie cuando la canción terminó—, bailar seca la garganta.

Kenneth se rio, pero la acompañó hasta su silla y le llevó un cóctel que sabía mucho a coco.

Una hora después todavía había gente bailando en la pista de baile, pero Carlie ya se había rendido tras levantarse para aceptar un baile con Jacob y notar que el mundo se movía a toda velocidad a su alrededor.

Definitivamente no tendría que haberse bebido el tercer coctel, pero hacía calor y se estaba divirtiendo, hasta su madre había bebido más de uno, cuando normalmente se limitaba al vino.

En algún momento de la noche, Kelsey se había acercado a ella para preguntarle cómo estaba, no quedando muy convencida cuando le dijo que maravillosamente bien.

—Carlie —llamó la voz de su padre. Definitivamente se había pasado con el alcohol decidió internamente.

Se dio la vuelta en su silla con el temor de marearse, por lo que fue sumamente cuidadosa al hacerlo.

—¿Papá? —debía reconocer que era raro verle allí, pero al menos que fuera real significaba que no estaba tan mal como había temido.

—He venido a por tu madre. ¿Te llevamos a casa?

Negó con la cabeza, arrepintiéndose de hacerlo un segundo después.

—No es necesario, señor Jensen —intervino Carter, apareciendo inesperadamente detrás de su padre—. He venido a recogerla para que no venga sola a casa.

En favor de su progenitor, Carlie tuvo que reconocer que ni se inmutó.

—¿A casa?, ¿a casa de quién?

—Carlie y Ares se quedarán esta noche en mi apartamento —explicó sin dejar de mirarle a los ojos—, está a solo unos minutos de aquí. Me pareció mejor que dejar que se regresara sola a casa cuando terminara la fiesta.

Pierce Jensen asintió y si no hubiese bebido tanto, Carlie habría asegurado que había una nota de gratitud y de aprobación en su expresión.

—En ese caso me llevaré a tu madre a casa —anunció.

—Os llamaré mañana.

—¡Hazlo! E hidrátate antes de acostarte o cuando te despiertes te matará la resaca.

—De acuerdo —aceptó, después de haber aprendido la lección de que mover la cabeza era una mala idea.

Se despidió de sus padres y centró su atención en Carter, que la observaba con el ceño fruncido, como si estuviera preocupado.

—¿Por qué has venido?

—Kelsey me ha llamado para que viniera a recogerte. Le preocupaba que no pudieras llegar a mi casa por ti misma.

—Estoy bien.

—Si tú lo dices. ¿Nos vamos?

—Tengo que pagar. Les he invitado yo.

—De acuerdo. ¿Necesitas ayuda para levantarte?

Carlie entrecerró los ojos al tiempo que alzaba su mano derecha y juntaba, hasta casi tocarse, sus dedos pulgar e índice.

—Quizás un poquito de nada.

Carter se rio y se acercó a ella para ayudarla a levantarse. Le rodeó la cintura con un brazo y la pegó a su costado para poder cargar parte de su peso y mantenerla estable sobre sus piernas.

No habían estado tan cerca desde el beso que le había robado en el aparcamiento, y debía de reconocerse a sí mismo que si Carlie no estuviese tan achispada aprovecharía la oportunidad para volver a hacerlo.

—¿Vamos? —preguntó mirándole con los ojos brillantes.

—Cuando quieras —aceptó él con una sonrisa—. Eres adorable.

—Gracias. Tú también —correspondió ella, quien pareció confundida cuando lo vio reírse a carcajadas.

Definitivamente era una persona divertida, se dijo, orgullosa de sí misma.



Capítulo 17

Carlie abrió los ojos y decidió que lo mejor que podía hacer era volver a cerrarlos. Lamentablemente, su acción no evitó que el dolor de cabeza martilleara sus sienes como una baqueta a un tambor. Se arrebujó más en la cama, decidiendo que era demasiado pronto para afrontar la resaca y al hacerlo notó que no estaba sola en la cama. Su primera reacción fue sobresaltarse, hasta que alzó la cabeza y vio que el intruso era Ares, que se había acostado a sus pies cuan largo era. Más tranquila volvió a cerrar los ojos hasta que un brazo fuerte la atrajo a un cuerpo caliente y duro que le cortó la respiración.

Dio un gritito asustado, pero no abrió los ojos de nuevo para comprobar con quien había dormido, en primer lugar, porque si tenía en cuenta el aroma que desprendían las sábanas podía deducir por sí misma donde estaba, y en segundo lugar, porque sus recuerdos terminaban con la aparición de Carter en la fiesta del programa.

Se tomó unos minutos para recordar más ampliamente lo sucedido la noche anterior. Había ido con sus compañeros a celebrar el primer programa de *Heartbeat*, y allí había bebido más de la cuenta hasta el punto de que Carter había tenido que ir a recogerla, pero después de salir del local su mente se quedaba en blanco. ¿Se había desmayado?, ¿había tenido que llevarla en brazos? Y lo más importante, ¿por qué estaba en su cama si había dejado sus cosas la tarde anterior en su habitación de invitados?

—Te estoy escuchando pensar —se quejó Carter con la voz adormilada sin separarse un milímetro de ella.

—Lo siento —se excusó, logrando una risa ronca de él.

—¿Te duele la cabeza?, ¿el estómago?

—La dos cosas —admitió abriendo los ojos por fin, y encontrándose con el atractivo rostro de Carter a unos pocos centímetros de ella.

Se miraron fijamente unos segundos que a Carlie le parecieron eternos, preocupada como estaba de que él notara el modo acelerado en que le latía el corazón.

—Quédate aquí —pidió Carter, rompiendo el silencio—. Voy a buscarte algo para el malestar.

Lo vio levantarse de la cama con cierta preocupación, ¿estaría desnudo?, ¿la ropa que llevaba puesta se la había puesto él? Ni siquiera había tenido cabeza para comprobar lo que vestía y tampoco podía comprobarlo delante de él.

Se sintió entre aliviada y decepcionada cuando Carter salió de la cama en pantalón de pijama y su magnífico pecho musculado al aire.

En cuanto salió del dormitorio, seguido por Ares, levantó las sábanas y vio que estaba llevando una camiseta larga de *hockey* que no le pertenecía. Llevaba su tanga, pero el sujetador había desaparecido. El pensamiento le aceleró el pulso. No había nadie más en la casa, además de ellos, por lo que era evidente que Carter la había desnudado y vestido con su ropa. Levantó el cuello de la camiseta para llevárselo a la nariz, aspirando el aroma de su dueño y logrando con ello que su cerebro abotargado se mareara más.

Suspirando, tomó nota mental de comprarse una camiseta del equipo de Boston para cuando fuera a los partidos, y se relajó un poco. Tenía que actuar como una auténtica novia y estaba segura de que una de sus tareas era llevar el número de su chico en la espalda.

Se arrastró en la cama hasta ocupar el lugar en el que Carter había dormido. Todavía estaba cálido por su cuerpo. Se lamentó internamente por no haber disfrutado la experiencia.

Había sido una tonta por pensar que había sucedido algo entre ellos, lo recordara o no. Pensándolo en frío era ridículo creer que él haría algo con ella en el estado en que se encontraba la noche anterior. Si ya era ridículo pensar que lo haría estando sobria, lo era mucho más estando ebria. Carter no se aprovecharía jamás de su estado.

Seguía enfrascada en sus pensamientos cuando el protagonista de sus pensamientos regresó con una humeante taza de té y un blíster de pastillas para el dolor de cabeza.

Esperó pacientemente a que ella se sentara apoyándose en el cabezal y después se lo tendió, ubicándose frente a ella en la cama.

—¿Cómo acabé aquí? —preguntó, de repente preocupada porque hubiese sido cosa suya.

No podía estar segura de que no se hubiese levantado en plena noche para meterse en la cama con él. La idea de que ese fuera el motivo la hizo enrojecer de vergüenza.

—Te desmayaste en cuanto llegamos a casa. —Hizo una pausa incómoda como si no supiera muy bien cómo decir el resto—, me preocupaba que te pusieras peor y que yo no estuviera cerca para cuidarte.

Carlie se llevó las manos a las sienes, muerta de consternación. Definitivamente la realidad era casi tan mala como sus suposiciones.

—Te preocupaba que me ahogara en mi propio vómito —adivinó—. Dios, esto es peor de lo que pensé.

Carter soltó una risita nerviosa, pero no lo negó.

—Lo siento. Nunca bebo tanto. No sé qué me pasó.

—Lo sé. Realmente me sorprendió la llamada de Kelsey. —Le acarició el cabello con afecto, al tiempo que le apartaba un mechón rubio de la cara—. ¿Por qué no te vuelves a acostar

mientras yo saco a Ares a pasear?

Carlie negó con la cabeza.

—No tengo sueño y es posible que el aire fresco me ayude a encontrarme mejor.

Él no parecía muy convencido de la capacidad de este para curar la resaca, pero no se opuso ni insistió en que se quedara en casa.

—De acuerdo. Puedes darte una ducha mientras yo pido algo para desayunar, después saldremos los dos con Ares.

—No hace falta que pidas nada. Puedo hacer unos huevos revueltos. ¿Tienes café?

—Por supuesto que tengo café, y nos vas a cocinar porque eres mi invitada y no te encuentras bien.

—De acuerdo —aceptó sin protestas, lo que le dio una pista a Carter de lo realmente mal que se encontraba.

—¿Crees que es buena idea que salgas? —su voz sonó preocupada.

—Sí, creo que el aire fresco es justo lo que necesito. Eso y un café bien cargado.

Carter sonrió.

—Me pongo ya mismo con el café —aceptó, levantándose—. Ve a la ducha —señaló una puerta cerrada dentro del dormitorio—. Hay toallas limpias en uno de los armarios, igual que cepillos de dientes nuevos, desodorante y champú. Usa lo que necesites.

—Gracias, pero...

—Ya voy a hacer el café —se quejó medio riendo.

Carlie se levantó de la cama y se encontró con que, aunque su cabeza estaba a punto de estallar, sus piernas eran estables, por lo que se dirigió al dormitorio de invitados, donde había dejado sus cosas la tarde anterior, y cogió lo que necesitaba para salir a pasear con Ares y Carter.

Media hora más tarde se sentía un poco mejor después de la ducha y del café caliente que su anfitrión había preparado. La comida, aunque no le apetecía, era imprescindible para que su estómago se asentara un poco.

El problema era que, aunque todavía tenía dolor de cabeza, estaba lo suficientemente lúcida como para que ver a Carter con el pecho al descubierto le causara cierta... inquietud, que la tenía incómoda y sin saber muy bien hacia dónde mirar.

—¿Podrías ponerte algo de ropa? —inquirió cuando ya no pudo disimular más.

—¿Por qué? Estoy bien. No tengo frío —contestó con fingida inocencia.

—Tú estás bien, pero yo... —se detuvo a sí misma antes de hablar más de la cuenta.

La sonrisa traviesa que le regaló él la avisó de que ya era demasiado tarde. Ella misma se había delatado.

—Tú, ¿qué?, ¿te pongo nerviosa?, ¿te gusta lo que ves? —la pinchó, disfrutando del momento.

—No es eso —contestó muy digna—, estamos comiendo y es antihigiénico que vayas medio desnudo.

Las carcajadas de Carter hicieron estragos en su estómago, donde la bandada de mariposas que habían hecho de él su hogar se despertó, revoloteando y haciéndose notar.

—¿Antihigiénico? —se burló.

—Hablo en serio —replicó, muy seria.

—Entonces, ¿no te gusta lo que ves?

Carlie le fulminó con la mirada. Esforzándose por dirigirla a sus ojos sin desviarse más abajo de su cuello.

—Por supuesto que me gusta. No te hagas el tonto —protestó—. Sabes que estás bueno.

—¿Estoy bueno? —repitió al tiempo que alzaba las cejas varias veces en un gesto sugerente.

—¡Carter! Deja de burlarte de mí —protestó, y añadió en un tono quejumbroso—: me duele la cabeza.

La actitud de este cambió de inmediato.

—De acuerdo, voy a por una camiseta —aceptó sin dejar de sonreír.

Cuando regresó unos minutos más tarde, Vestía sudadera y pantalones de deporte, así como zapatillas. El atuendo perfecto para salir a correr con Ares.

Tras terminar el desayuno y recoger la mesa, los tres se abrigaron para el primer paseo del día. Carlie recogió sus cosas, con intención de marcharse a casa después, y se dio cuenta de que no le había devuelto las llaves a Carter.

—Tus llaves —anunció tendiéndoselas.

—Quédatelas. Te dije que las hice para ti —le recordó.

—Pero...

—Por si hay una emergencia y no estoy en la ciudad. De hecho, me voy a Chicago en apenas unas horas —señaló—. Me sentiré más tranquilo si sé que puedes entrar y ocuparte de lo que sea necesario en mi ausencia.

—¿Nadie más tienes llaves?, ¿ni el portero? —preguntó con suspicacia.

Carter negó con la cabeza.

—Solo mi madre y aunque la adoro, si tuviera un problema preferiría recurrir a ti antes que a ella.

—De acuerdo.

—Gracias —respondió él.

Tragándose las ganas de hacer el baile de la victoria.

—De nada.

—Por cierto, la semana que viene hay un evento solidario al que tengo que acudir —explicó mientras salían por la puerta y subían al ascensor—. Me gustaría que me acompañaras.

—De acuerdo.

—¿Sí?

Carlie asintió.

—Perfecto. Estaré fuera cinco días porque después vamos a Detroit, pero me gustaría que vinieras al próximo partido en casa.

—Le preguntaré a Kelsey si está libre.

—O podrías sentarte con las WAGs —ofreció, muy serio.

—No creo que sea buena idea. No conozco a nadie.

—Lo solucionaremos el día de la gala benéfica —ofreció encantado con la idea—. Te presentaré a las esposas de mis compañeros que mejor me caen.

Carlie no abrió la boca para responder. Su mente era un caos en esos instantes, pero asintió con la cabeza.

No solo la había invitado al evento, sino que, además, tenía la intención de presentarle al resto de WAGs.

Ares estaba encantado de contar con Carter para sus paseos, ya que este podía seguir su ritmo mucho mejor que su dueña. Parecían encantados el uno con el otro y, aunque Ares era afable con casi todo el mundo, el grado de adoración que sentía por Carter, en el poco tiempo que se conocían, llamaba la atención de Carlie.

—Cariño —la llamó él, sobresaltándola—, ven un momento.

Se había sentado en un banco del parque mientras ellos corrían de un lado a otro. Su malestar

había remitido un poco gracias a las pastillas, la comida y el aire libre, pero todavía no se sentía con fuerzas de correr o de jugar con su perro.

Se levantó y se acercó a ellos arrastrando los pies.

—Ponte ahí con Ares, por favor —pidió Carter con su teléfono en la mano.

Se dio cuenta de que pretendía sacarles una foto y dadas las pintas de resacosa que tenía la idea no le pareció muy acertada.

—Ni de coña.

—¿Por qué? —inquirió desconcertado.

—Tengo mala cara. Estoy de resaca.

—Estás preciosa.

—No lo creo.

—Por favor. Me marchó de viaje. Voy a estar muchos días sin veros —su tono quejumbroso casi tenía a Carlie aceptando, pero su coquetería se impuso.

—¿Solo necesitas una fotografía mía y de Ares?

—Sí.

—De acuerdo —concedió, sacando su propio teléfono de la chaqueta y buscando en su galería la imagen que iba a enviarle. Sin embargo, notó que Carter se ponía a su lado y miraba las fotografías por encima de su hombro.

—Envíame esa —pidió señalando la que le había gustado—, y esa. Esa también.

Carlie se rio y le ofreció su teléfono. Después de todo no tenía nada que ocultar.

—Voy a sentarme —anunció—, envíate las que quieras.

Carter se sentó con ella en el banco con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando terminó le devolvió el teléfono y se puso a trastear con el suyo.

—¡Mira! —llamó, mostrándole su fondo de pantalla con una de las fotos que había elegido de ella y Ares.

Carlie se limitó a sonreírle mientras en su cabeza se acumulaban las preguntas una tras otra. Este Carter era una mezcla mejorada del Carter de hacía cinco años. No tenía nada que ver con el tipo que había engañado a su prometida, hacía apenas unos meses ni con el que la había dejado por teléfono el mismísimo día de San Valentín.

¿Estaba interpretando un papel o era realmente este el auténtico Carter Morton? Y de ser así, ¿por qué había decidido mostrárselo a ella?



Capítulo 18

Carter se debatía entre el mal humor, por tener que estar fuera de la ciudad tantos días, y la euforia de haber pasado la noche con Carlie entre sus brazos. Se veía tan adorable durmiendo, con sus labios fruncidos en un pequeño puchero y su glorioso cabello rubio esparcido en su almohada.

Estar a su lado había sido una deliciosa tortura. Una de las cosas más duras que había hecho fue sacarla de su vestido y ponerle su ropa casi sin mirarla, tratando de respetar su privacidad.

Tampoco era que nunca la hubiese visto desnuda, pero las circunstancias entre ellos eran distintas, su relación actual lo era. Incluso él mismo se sentía distinto, como si se hubiese quitado la careta que siempre había llevado consigo, la que le habían enseñado a mostrar al mundo, y se permitiera decir y pensar lo que en otros momentos se había visto obligado a esconder.

Estaba decidido a convertir su falso noviazgo en uno real, pero para ello tenía que ser paciente, asegurarse de que Carlie confiaba en él y esperar que su carrera se asentara. Además, necesitaba mantenerla alejada de las maquinaciones de su padre.

La visita de su madre le había dejado pensando en cuál debía ser su siguiente paso. Lo único que lo tranquilizaba era el as en la manga que guardaba. Si su progenitor atacaba directamente a Carlie sacaría las pruebas de sus actividades ilícitas y lo haría precisamente dándoselo al padre de Carlie, que él se encargara de hacerlo público y de llevárselo a la policía.

—Forsberg no juega —anunció Bentley, que iba sentado a su lado en el avión—. Acaban de anunciar su lesión. Estará fuera los próximos tres partidos.

Carter tardó unos segundos en responder, todavía perdido en sus propios pensamientos.

—Bien. Es un gran delantero. Mucho mejor si no juega contra nosotros.

—Lo sé. ¿Crees que llegaremos a los *playoffs* este año?

—Tenemos posibilidades si seguimos jugando como lo estamos haciendo.

Bentley estuvo de acuerdo con un cabezazo.

—Nueva York también está que se sale. Novak y Blake son un tándem por el que vamos a tener que preocuparnos.

Carter gruñó, molesto.

—No entiendo por qué le odias tanto —comentó—, después de todo fuiste tú el que le robó a la chica —se burló su amigo.

—Muy gracioso y no le odio. Simplemente me parece molesto. Se gasta demasiada energía odiando a alguien —sentenció, acomodándose en su asiento.

Lo bueno que tenían los viajes de equipo era el avión privado del club y las comodidades de las que disfrutaban.

—Qué filosófico estás.

—Cansado más bien.

—¿Saliste anoche? No dejes que se entere el entrenador.

—No salí. Al menos no exactamente. Tuve que recoger a Carlie en la cena de empresa que organizó.

—¿Cena de empresa?

—Sí, para celebrar el éxito del primer programa —explicó—. Se pasó un poco con la bebida y Kelsey me llamó para que fuera a recogerla.

—¿Kelsey también estaba? —inquirió sin poder disimular su interés.

—Sí y su hermano. Todos los que forman parte del programa.

—¿Kelsey tiene un hermano?

Carter le miró con molestia.

—Sí, tiene un hermano que también trabaja en el programa de Carlie. Es entrenador personal y tiene un gimnasio. ¿Algo más que quieras saber?

Bentley alzó las manos pidiendo paz.

—Oye, era simple curiosidad.

—Por supuesto que sí.

Su respuesta le valió una mirada molesta de su compañero.

—¿Qué dijimos sobre...?

—Yo no he sacado el tema —le cortó—, y ahora déjame dormir un poco que estoy agotado.

—Más te vale estar a punto para esta noche —se quejó, pero ya no volvió a hablar durante el resto del vuelo.

Estaban bajando del autobús que los había llevado desde el aeropuerto al hotel cuando una melena leonina y un vestido ajustado captó su atención. Estaba entrando en el mismo hotel en el que el equipo iba a hospedarse.

Aceleró el paso decidido a comprobar si era quien creía, pero se topó con el cuerpo de Hankersen, uno de los defensas, en el camino y cuando pudo esquivarlo la mujer ya no estaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó su compañero—, parece que hubieses visto un fantasma.

—Puede que lo haya hecho —comentó muy serio.

Como si notara su incomodidad, Bentley se acercó a él con su maleta y la de Carter y se la tendió.

—¿Qué sucede?

—Creo que he visto a Melody entrar en nuestro hotel.

—¿Crees?, ¿no estarás un poco paranoico?

—Juraría que era ella, pero no he podido asegurarme. Se me ha escapado.

—No te estreses. Igual es que estás cansado y después de todo es alguien que se le parece —comentó, restándole importancia al asunto—, después de todo, ¿qué se le ha perdido a ella en Chicago?

—Supongo.

No fue la única ocasión en que la vio o creyó hacerlo. Tras el partido, que ganaron en el último minuto gracias a un gol suyo, tuvo la sensación de que estaba siendo observado por alguien y al girarse vio una cabeza llena de rizos girar por la esquina del pasillo que conducía a los vestuarios. Comenzó a preguntarse si realmente estaba paranoico porque no tenía ningún sentido que Melody Bell hubiese podido acceder a una zona vigilada, así como si nada. Tratando de no pensar en ello se unió a sus compañeros y se subió al autobús que los iba a llevar al hotel.

La mayoría optó por salir a tomarse unas copas, pero él prefirió hacerlo en el bar del hotel ya que quería llamar a Carlie antes de acostarse.

Con esa idea en mente se encaminó hasta allí, tomando asiento en la barra y pidió una cerveza.

Notó que el taburete a su lado se movía y alguien se sentaba en él. Ni siquiera se hubiese girado para mirar de quién se trataba si un empalagoso aroma empolvado no le hubiese invadido las fosas nasales.

—Hola, Carter —le saludó la mismísima Melody Bell.

—¡Dios! —se quejó, levantándose de su asiento—. Te dije que quería que me dejaras en paz y ahora vuelas a la otra parte del país para perseguirme.

—No seas exagerado, son menos de tres horas de vuelo.

Carter le lanzó una mirada fulminante, pero ella no pareció inmutarse.

Consciente de que si se marchaba iba a seguirle y crearle más problemas, sacó su teléfono del bolsillo y llamó a Carlie, sin molestarse en mirar a la persona a su lado, volvió a tomar asiento.

Respondió al tercer tono:

—Enhorabuena por la victoria.

—Gracias, preciosa.

Escuchó el bufido molesto de Melody, pero actuó como si no lo hubiera hecho.

—¿Recuerdas que hace unos días te conté que Melody Bell me estaba esperando apoyada en mi coche cuando salí del entrenamiento?

—Sí.

—Pues ahora está sentada a mi lado en el bar del hotel —anunció—. Creo que me está acosando.

Las carcajadas de Carlie le dejaron completamente descolocado.

—No te rías —se quejó—, esto es serio.

—Lo siento. Es que me asombra el descaro de esa mujer.

Carter no dijo nada porque ni estaba seguro ni quería preocuparla, pero estaba comenzando a pensar en la posibilidad de que su padre estuviera detrás de la inesperada persecución de su examante.

—Sí, bueno. El problema es que no me atrevo a moverme de aquí por si me sigue.

Las carcajadas de Carlie volvieron a sonar a través de la línea.

—Lo siento. De verdad, y te prometo que no me rio de ti, es solo que la situación es muy surrealista.

—Lo sé.

—¿Por qué no llamas a Bentley para que vaya a rescatarte? —preguntó ofreciéndole una salida.

—No está en el hotel. Ha ido a tomar unas copas con los chicos. Yo me he quedado porque quería llamarte.

—Carter, puedes salir con tus compañeros a celebrar cuando quieras. Si no puedes llamarme un mensaje está igual de bien para mí.

Sonrió encantado con que ella quisiera que se mantuvieran en contacto, aunque fuera por mensaje.

—Lo sé, pero prefiero una charla. Como sea, ahora estoy atorado en el bar del hotel.

La escuchó suspirar.

—Sigo creyendo que deberías llamar a Bentley. Necesitas descansar no quedarte sentado a la espera de que alguien te salve de una mujer que quiere aprovecharse de tu cuerpo.

Se rio más relajado por la broma, justo lo que ella había pretendido al hacerla.

—¿Sabes? Creo que voy a probar suerte con él. Ahora te digo si consigo ser rescatado.

—De acuerdo. ¡Suerte!

Carter colgó con una sonrisa tonta en los labios y buscó en su teléfono el número de su mejor amigo que, sorprendentemente contestó enseguida. Tras ponerle al día de su situación y aguantar sus burlas, le colgó aceptando regresar.

—No voy a perseguirte si te vas. ¿Sabes? —habló Melody después de mantenerse en silencio, atenta a todas sus conversaciones.

—Discúlpame si no me creo nada de lo que sale por tu boca.

—Estás complicándolo todo sin necesidad —se quejó.

—¿De veras? Y ¿qué, exactamente, estoy complicando?, ¿tus planes para arruinar mi noviazgo?

—No son mis planes.

—¿Perdona?

—Quiero decir que no planeo arruinar nada.

El comentario había sido demasiado contundente como para no ser real. Iba a tratar de hacer que se explicara cuando Bentley, Hankersen y Dryden entraron en el bar del hotel con similares risitas socarronas.

—Ya estamos aquí —anunció Dryden —, tu servicio de seguridad al rescate.

El único que parecía entender la importancia de lo que estaba sucediendo era Bentley que miraba entre él y Melody como si no se hubiese creído hasta ese momento que la mujer estaba alojada en el mismo hotel que ellos.

—Esto es muy raro, tío —dijo, por fin—. Yo que tú llamaría a la policía.

Como si la mención a la autoridad la hubiese asustado, la mujer se bajó de su taburete y se dirigió hasta los ascensores.

—Creo que sacarse fotos conmigo no es el único motivo por el que está apareciendo de nuevo en mi vida —comentó Carter muy serio.

—¿Entonces? —Dryden que había encontrado la situación cómica estaba comentando a darse cuenta de la gravedad del caso.

—¿Tu padre? —inquirió Bentley muy serio.

Carter se sorprendió de que los dos hubiesen llegado a la misma conclusión, por lo que asintió clavando su mirada en la dirección en la que se había marchado su acosadora.

—¡Joder, tío! —comentó Hankersen quien hasta el momento se había mantenido en silencio

—, tu padre está muy mal de la cabeza.



Capítulo 19

Carlie había llamado a Kelsey para que la acompañara a comprar una sudadera del equipo de Carter con su nombre en la espalda. Había barajado la posibilidad de pedírselo a Leslie, pero su amiga era una experta en vestir a gente para eventos e incluso para el día a día, y aunque no dudaba que los eventos deportivos estaban chupados para ella, le pareció un poco tonto cuando no tenía más que ir a la tienda oficial del equipo y pedir su sudadera.

Invitar a Kelsey en su salida de compras atendía a motivos ocultos, el principal de ellos, recibir consejos sobre lo que le preocupaba, que no era otra cosa que su ficticia relación con su exnovio. Después de llamarle preocupado por la aparición de Melody no había podido seguir negándolo más y había tenido que reconocer que estaba completamente enamorada de él.

Si era sincera consigo misma debía admitir que nunca lo había superado. Quizás, todo lo que había destapado acerca de sus infidelidades y las entrevistas que les había hecho a sus amantes era algo más que verse reflejada en ellas, tal vez lo que pretendía, sin ser consciente de ello, era llamar su atención. Y, aunque no podía estar segura de que fuera así, la duda de que era peor persona de lo que creía sobre ella misma la tenía preocupada y deprimida.

Podía soportar que Carter no sintiera nada por ella, pero no llevaba bien ser una mala persona.

Por suerte, Kelsey y su conversación la entretuvieron durante gran parte de la tarde. Visitar la tienda del equipo y comprarse una sudadera y una camiseta les sacó muchas risas y momentos geniales, como cuando el dependiente la reconoció y le pidió una foto juntos mientras sostenía la

camiseta.

La opinión pública que antes la había vilipendiado volvía a apreciarla y eso, aunque agradable, la hacía cuestionarse todas sus decisiones.

Tras sus compras decidieron entrar en una cafetería y tomarse algo dulce. Fue entonces cuando Carlie le expuso sus dudas a su mejor amiga. Si había alguien que la conociera de verdad, además de sus padres, esa era Kelsey y, aunque siempre era políticamente correcta, jamás le mentía, por lo que podía estar segura de que lo que le dijera era lo que pensaba.

Cuando comenzó a hablar se dio cuenta de que dicho en voz alta la mitad de sus preocupaciones carecían de fundamento. Sí, había sacado las infidelidades de Carter y sí, había sido dura con Alisha, pero no había sido idea suya entrevistar a Melody y a Mia, sino de los productores del programa. No era menos cierto que no se había opuesto, como tampoco lo era que no hubiese servido de nada que lo hiciera. El tema generaba interés y hacía subir el *share*, para los directores nada era más importante que eso.

Kelsey la escuchó en silencio asintiendo en los momentos clave o negando cuando la ocasión lo requería.

—No eres una mala persona, Carlie —dijo, finalmente—. Eres humana. Y como tal puedes pecar de egoísta, sobre todo cuando el corazón está en juego, pero eso no te convierte en alguien cruel y, sobre todo, no te mereces nada de lo que te ha pasado. El programa tendría que haberte apoyado, ya que todo lo que hiciste fue para generar audiencias.

—La televisión no funciona así. Si la opinión pública no está de tu lado nadie te apoya. No soy la única que se ha visto en este tipo de situaciones.

—No es justo. Tú les has hecho ganar mucho dinero.

—Me ofrecieron volver —confesó. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a sus padres—. Cuando las cosas empezaron a mejorar me llamaron, pero me negué. No se trata de venganza, ni siquiera de orgullo, es solo que no quiero vivir de ese modo.

—Yo tampoco regresaría.

—Me gusta mi vida como es ahora. Cerca de mis padres, de ti, de...

—¿Carter?

—A veces se me olvida que lo nuestro no es real.

—Puede que sea más real de lo que crees —comentó Kelsey—. No se comporta como un novio falso. Parece que realmente siente algo por ti y es evidente que te sucede lo mismo.

—No voy a negártelo. Ni a ti ni a mí misma.

—Eso es lo más inteligente que he escuchado nunca. Negarse a uno mismo las verdades es de idiotas —hizo una pausa—, y créeme porque hablo por experiencia.

—¿Qué paso entre tú y Bentley?

—¡Vaya! Eso ha sido directo.

—No tienes que contármelo si no quieres. Es que Carter mencionó algo y me fijé y...

—Me acosté con él —confesó consternada. Cortando su frase a medio terminar—. Le conocí en el primer evento que organicé para el club. Me pareció guapísimo y era encantador. No sé cómo pasó porque te prometo que soy muy profesional y jamás coqueteo con clientes.

—No era tu cliente.

—Técnicamente lo es. Trabaja en el club que me contrató, lo que lo convierte en mi cliente.

—Eso es discutible, pero sigue.

—Pues eso. Nos acostamos y cuando me desperté en su cama me entró la neura, era mi cliente —alzó el índice para hacerla callar antes siquiera de que hablara—. No protestes. Lo era. Y me marché a toda prisa avergonzada por mi poca profesionalidad y por cómo mi carrera

acabaría yéndose a pique si alguien se enteraba de lo que había hecho.

»No me da vergüenza reconocer que después me arrepentí de haberme marchado y traté de hablar con él. Bueno, en realidad iba a hacerlo cuando acaparó todas las portadas de las revistas de cotilleos porque estaba saliendo con una modelo famélica.

—¿Cuánto tardaste en decidirte? —preguntó, conociendo a su amiga.

—Tres días.

Carlie asintió muy seria.

—Un tiempo razonable —zanjó—. Definitivamente es un imbécil.

—Tal vez para él no fue más que el rollo de una noche, pero yo no soy así. No me hubiese ido con él si no hubiese creído que había algo más entre nosotros.

—¿Y qué pasó con su novia? La modelo famélica —se burló.

—Nada. Rompieron menos de un par de semanas después cuando a ella la vieron saliendo con otro tipo nuevo.

—¡Wow! El karma actuó rápido —se rio Carlie.

—Supongo o quizás sea de esa clase de tipos que huyen de las relaciones. Tal vez las mujeres le duran eso, un par de semanas. Quizás si me hubiese quedado en lugar de salir huyendo, yo misma habría arriesgado mi carrera por dos semanas de sexo ardiente.

Carlie arqueó una ceja, interrogante.

—¿Tan bueno es?

—Es espectacular. Sin exagerarte.

Como un par de colegialas las dos se echaron a reír como bobas.

—Deberías haber aprovechado las dos semanas —apuntó Carlie entre risas.



Capítulo 20

Con Carter de viaje con el equipo para jugar varios partidos fuera de casa, Carlie se dedicó completamente al trabajo. Debía organizar los contenidos de la semana para su programa de radio, así como para el canal.

Aunque tenía cubierta la próxima entrevista, la protagonista era Alisha Mayer, a quién estaba esperando en su cafetería favorita, debía organizar la siguiente a esa.

En cualquier caso, lo que le preocupaba en esos momentos era dónde debía de realizarle la entrevista a Alisha.

Carlie tenía dos opciones: su casa, aunque no estaba segura de que la cantante se sintiera cómoda allí, y *The Hatch Memorial Shell*, una sala de conciertos al aire libre en Charles River Esplanade. A pesar del frío era un lugar simbólico en el que la música era el centro de atención. Solían realizar conciertos gratuitos cuando el tiempo lo permitía.

Estaba repasando sus notas y asegurándose de que llevaba su cámara y baterías de repuesto cuando la puerta de la cafetería se abrió y una sonriente Alisha entró en ella, seguida por su asistente, Robert, creía recordar que se llamaba y su guardaespaldas, una mujer a la que Carlie también recordaba haber conocido el día de su entrevista en su programa.

Se levantó para saludares y se fijó en lo llamativa y atractiva que era la cantante, con su cabello rojo y su bonita sonrisa. Carter había llegado a proponerle matrimonio, lo que significaba que realmente había estado enamorado de ella.

—Carlie —la saludó con más amabilidad y afecto del que ella misma creía merecer.

—Hola, Alisha. Muchísimas gracias por aceptar esta entrevista.

—En realidad fue idea mía, pero de nada —bromeó.

Saludó a sus acompañantes con más timidez de la que solía mostrar y todos tomaron asiento en su mesa. Era evidente que Alisha iba a acudir acompañada, pero ni siquiera se había parado a pensar en ello. Ya era bastante difícil tratar con ella, no porque no fuera encantadora, sino por su propia sensación de culpa, como para tener que añadir a dos personas más que, era evidente, estaban al tanto de lo que había sucedido entre ellas.

El camarero se acercó a su mesa visiblemente nervioso y quizás, un poco emocionado también. Después de las fotografías de rigor con el empleado, todos pidieron y hablaron sobre la entrevista y las posibilidades de localización.

Al final, Amanda, la guardaespaldas de Alisha, zanjó el tema alegando que un lugar público, al aire libre y en pleno enero no era una buena idea. Contó con el apoyo de Robert y para no incomodar a su invitada Carlie ofreció reservar una habitación de hotel en la que realizar la entrevista.

—No tenemos ningún problema con ir a tu casa, Carlie —expuso Alisha con amabilidad.

—De acuerdo —aceptó con una sonrisa—. ¿Alguno de vosotros tiene alergia a los animales?

—No. ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Robert, curioso.

—Tengo un perro. Se llama Ares y aunque es reservado con los desconocidos, puede pasarse de cariñoso una vez que coge confianza.

—¡Maravilloso! Siempre quise tener una mascota, pero mi modo de vida nómada no me lo permitía. Ahora que también está Caleb quizás pueda hacer realidad mi sueño.

—Porque la vida de tu prometido es más sedentaria que la tuya —se burló Robert.

—Todo es cuestión de organizarse, además, hay hoteles para mascotas. —Ofreció, queriendo animarla—. Carter adora a Ares y mi perro parece más encaprichado de él que de mí. —Se calló cuando se dio cuenta de lo que había dicho, preocupada por haber hablado más de la cuenta, pero Alisha sonrió con amabilidad.

—Me alegra que hayáis podido arreglar las cosas entre vosotros.

—La verdad es que el asunto del noviazgo es falso, como estoy segura de que ya sabes —adivinó.

Ni siquiera se molestó por reconocerlo delante del *staff* de la cantante, ya que estaba segura de que todos estaban al tanto de las circunstancias de su relación.

—¿Quieres saber un secreto? Lo mío con Caleb comenzó del mismo modo y ahora vamos a casarnos —alzó la mano para mostrarle el anillo de compromiso.

Un precioso anillo con un diamante en corte princesa sobre una gruesa alianza en platino.

—Es precioso.

—Lo es, sobre todo porque me lo ha dado el hombre de mi vida.

Carlie se encogió de hombros.

—Bueno, no puedo decir que Carter sea el hombre de mi vida —comentó—, o quizás lo correcto sea decir que yo no soy la mujer de la suya.

Se calló cuando se dio cuenta de que estaba sonando dolida cuando la mujer que tenía delante había estado a punto de casarse con él, y no lo había hecho porque ella había aireado las infidelidades de su prometido acabando con dicho compromiso. No debería de estar abriéndose tanto a ella.

—Lo siento, no...

—No hay nada que sentir. Soy feliz y Carter nunca fue para mí.

—Gracias por ser tan comprensiva y por tener el corazón tan grande como para perdonarme.

—Me dolió lo que sucedió, pero nunca te culpé. Después de todo, tú no fuiste quien me engañó.

—Lo sé, pero podría haber sido más empática contigo.

—Estabas dolida. Puedo entenderlo.

Carlie asintió, incómoda y agradecida por lo genial que estaba siendo Alisha con ella. De estar en su lugar no podía afirmar que sería capaz de ser tan buena persona.

Se terminaron las bebidas y se pusieron en marcha hasta casa de Carlie. Su vecindario encantó a Alisha, pero lo que realmente la dejó enamorada fue Ares, quien tardó medio segundo en corresponder a su enamoramiento, hasta el punto de no despegarse de ella, lo que fue un problema cuando la entrevista comenzó y se pusieron a grabar.

Tardaron una hora y media entre las pausas y los esfuerzos de Ares de captar la atención de Alisha.

Ambas estaban satisfechas del resultado y Carlie incluso había conseguido que su invitada grabase un saludo para su programa de radio.

—Ha sido divertido —comentó emocionada.

—Lo ha sido y de nuevo gracias por venir a Boston solo para hacer la entrevista.

—Ha sido un placer. Espero que sea una ayuda extra para que dejen de atacarte por algo por lo que no tienes la culpa.

—Puede que no haya sido la persona que engañó, pero eso no me hace menos culpable.

—Vi tu entrevista, ¿sabes?

—Yo...

—Creo que eres demasiado crítica contigo misma y no deberías serlo. El resto del mundo es más que suficiente para esa labor.

Carlie sonrió con tristeza.

—Dímelo a mí.

—Vamos a hacer un poco de turismo por Boston, ¿te gustaría hacernos de guía?

—No tienes que...

—La oferta es genuina y lo cierto es que nos vendría bien la compañía de una auténtica bostoniana.

—Si os acompaño seguro que nos sacarán algunas fotografías. Estamos en la era de los móviles y las redes sociales. Los paparazzi han muerto en favor de los fans —bromeó, para quitarle seriedad al hecho.

—Somos amigas. No me importa que nos saquen fotos juntas.

Carlie sintió un nudo en la garganta. Alisha era una persona maravillosa.

—Me encantaría ser tu amiga. Tengo muy pocas, en realidad.

—No te creo.

—Es cierto, me marché de Boston hace años y con la única que mantuve el contacto fue con Kelsey, es organizadora de eventos. Somos amigas desde la escuela primaria.

—¿Perdona?

—¿Qué he dicho?

—¿Organizadora de eventos?

—Sí.

—¿Es buena?

—La mejor —confirmó con orgullo.

Alisha la asió del brazo y tiró de ella hacía la puerta.

—Definitivamente te vienes con nosotros. Tienes que presentármela. Tengo una boda que

organizar y ninguna experiencia.

—Tienes suerte. Su oficina está en el centro, por lo que podemos ir a verla y de paso visitar varios lugares de interés.

—Eso suena genial.



Capítulo 21

El equipo estaba en Detroit y los entrenadores les habían dado el día libre. La mayoría había decidido pasarlo durmiendo, como Bentley, su compañero de cuarto, pero Carter se había acostado temprano la noche anterior, por lo que se levantó pronto con ganas de hacer algo más que vagar en el hotel.

Quizás salir y hacer un poco de turismo, lo cierto era que el *Greektown* le llamaba la atención. Siempre había sido un fan de la comida griega y la zona era conocida por la calidad de sus restaurantes. También podía provechar la salida para comprarle a Carlie algún tipo de souvenir para que supiera que, aunque lejos, seguía acordándose de ella. Habían pasado tres días desde el incidente con Melody en Chicago y se sentía más seguro después de no haber vuelto a verla por ningún lado.

Con esa idea en mente se puso unos vaqueros, un jersey grueso, botas y un abrigo y salió de su habitación con cuidado de no despertar a su compañero.

Entró en el ascensor con el teléfono en la mano mientras le enviaba un mensaje a Carlie para contarle que tenía planes para pasear por Detroit.

Se rio cuando ella le contestó que las posibilidades eran escasas. No era que no tuviera razón, simplemente le llamó la atención que lo dijera tan abiertamente.

Las puertas del ascensor se abrieron y enfrascado en el teléfono como iba no se dio cuenta de que había alguien que quería entrar y la arrolló con su cuerpo. El golpe y el gemido de sorpresa le hicieron alzar la cabeza para asegurarse que la persona con la que había chocado se encontraba

bien.

Lo primero que vio fue unos ojos azules brillantes y un rostro en forma de corazón enmarcado por rizos dorados.

—Lo siento —se excusó, asiéndola del brazo cuando ella comenzó a tambalearse.

—Estoy bien, creo —dijo ella con una sonrisa amable—, o puede que no porque me duele el tobillo.

—¡Oh!

—Podrías ayudarme a llegar a la cafetería —pidió ella con timidez—, la verdad es que me dirigía allí a tomarme un café, pero tenía que recoger algo en recepción y al tratar de subir al ascensor...

—Te arrollé —adivinó Carter.

—Sí, supongo que podemos decirlo así —sonrió ella.

Carter no pudo evitar notar que la chica era exactamente su tipo: rubia, de ojos claros, delgada y sin ese aire de devora hombres que tanto le incomodaba.

—Ha sido una tontería —comenzó ella—, no te preocupes, puedo llegar sola —comentó al notar que no había respondido a su petición.

—Te acompañaré. Lo siento, estaba pensando en otras cosas.

—Gracias.

Con delicadeza la ayudó a caminar los pocos pasos que los separaban del ascensor y entró con ella.

—¿En qué piso está la cafetería?

—El último —respondió ella.

Siguiendo sus indicaciones pulsó el número adecuado y esperó a que llegaran a su destino para poder seguir con su camino.

—Me llamo Avery —ofreció ella al tiempo que le tendía la mano—, Avery Smith.

Carter estrechó la delicada mano.

—Carter Morton.

Ella sonrió y sus mejillas se pusieron coloradas.

—Lo sé. Soy una seguidora del *hockey*.

—Pues lamento informarte, Avery, que mañana vamos a patear a tu equipo —anunció en un tono jocoso.

Ella soltó una risita.

—No soy fan de Detroit. Ni siquiera vivo aquí. He venido por trabajo.

—Me alegro porque como digo vamos a ganar.

Salieron, Avery apoyada en su brazo y se adentraron en la cafetería mientras Carter buscaba una mesa que le agradara a su compañera para ayudarla a tomar asiento.

Ella señaló una que estaba junto a uno de los grandes ventanales del local y Carter la ayudó a llegar a ella.

—Bueno, Avery, lamento haberte arrollado —comentó—, pero tengo que irme.

—¿Sabes? —dijo ella y el aire inocente de hacía tan solo unos segundos había desaparecido por completo—, deberías ser tú quien me invitara al café.

Sorprendido se quedó en silencio unos segundos antes de responder. No porque no estuviera acostumbrado a que las mujeres le pidieran que las invitara a una copa o que fueran mucho menos sutiles al exponer lo que realmente querían de él, sino porque Avery le había parecido una chica sin dobleces.

—Por supuesto —concedió, molesto consigo mismo por no haberse dado cuenta de la

situación.

—No, Carter —había vuelto la chica tímida y este ya no estaba seguro de cuál de ellas era la auténtica Avery—. Lo siento, creo que has malinterpretado mi invitación —se excusó.

—Creo que la invitación debía de correr de mi parte.

—Sí, lo siento. No pretendía presionarte es solo que nunca había conocido a alguien tan famoso como tú y...

No estaba muy seguro de si estaba cometiendo una equivocación o si solo era realmente una chica normal que se sentía abrumada por haberle conocido, como fuera trató de relajar su postura ante ella y cedió a la invitación.

Después de todo, la cafetería estaba vacía y tras la barra solo había una camarera que parecía más interesada en el libro que estaba leyendo a escondidas que en lo que estaba sucediendo frente a ella.

—¿Qué quieres tomar?

—Café, por favor. Ahora mismo es lo único que necesito.

—Entonces café será.

Mientras esperaba que se lo preparaban revisó su teléfono y se topó con que Carlie le había enviado varias localizaciones de sitios interesantes que podía visitar de la ciudad. Sonrió, encantado de haber vuelto a encontrarla.



Capítulo 22

El evento de recaudación de fondos era en un par de días y Carlie todavía no tenía vestido. Se había pasado por casa de sus padres para revisar el armario de su madre, tal y como esta le ofreció, pero no había encontrado nada que se ajustara a su estilo, por lo que el miércoles, después del programa de radio, había quedado con Leslie y con Kelsey para que la acompañaran a buscar el atuendo para la ocasión. Por suerte contaba con sus dos amigas para ello ya que tanto la organizadora de eventos como la estilista tenían contactos estupendos con las mejores *boutiques* de la ciudad.

Si las cosas hubiesen sido como antes, Carlie solo tendría que haber levantado el teléfono y por arte de magia habrían aparecido una docena de vestidos en su casa para que eligiera el que quisiera, pero había abandonado Nueva York y se había negado a volver a la televisión, lo que a su vez la había alejado de todos los que conocía y que podrían haber solucionado su problema con un chasquido de dedos.

De cualquier manera, le gustaba cómo era su vida en esos momentos y un simple vestido no iba a hacer que se arrepintiera de haberse mudado.

—Nos despedimos con *Nothing breaks like a hearty* con Mark Ronson y Miley Cyrus. Nos vemos el viernes, que tengáis un maravilloso día.

—Y estamos listas para divertirnos —aplaudió Leslie fuera de antena.

Carlie rio.

—Vayamos a recoger a Kelsey a su oficina y después podemos ir a comer —comentó esta—.

No creo que pueda probarme vestidos si antes no me alimento como corresponde.

Su amiga se rio.

—Sabes que la mayoría de las famosas lo hace al revés, ¿verdad? Algunas ni siquiera beben agua para que el *outfit* les quede mejor.

—Ni que fuera un Ángel de Victoria *Secret* —se quejó—, voy a una gala benéfica, no voy a presentar los Oscar.

—Vas a una gala benéfica con tu chico. Estar impresionante es la etiqueta.

—¿Insinúas que no lo estoy siempre? —bromeó mientras las dos salían de la cabina y se dirigían al despacho de Carlie para que la presentadora cogiera sus cosas.

—Por supuesto que no —contestó en un tono exagerado que las hizo reír a las dos.

Kelsey estaba atacada de los nervios cuando sus amigas llegaron para recogerla. Gracias a Carlie tenía todas las papeletas para ser la encargada de organizar la boda de Alisha Mayer y Caleb Blake y, aunque estaba encantada, sentía la presión de superar las expectativas de la novia.

Había quedado con ella en que le enviaría una propuesta para que viera si sus estilos encajaban y podían trabajar juntas, pero Kelsey andaba ocupada con dos propuestas, decidida a ganársela con alguna de ellas y asegurarse con ello el trabajo. Gracias a Carlie había logrado hacerse un nombre en la ciudad, pero poder expandirse también a Nueva York era un sueño que, hasta la aparición de Alisha, había visto lejano e imposible.

—Kels, deja eso para otro momento —pidió Carlie—. Habíamos quedado en que hoy era un día de chicas. Comida, vestido y si la velada se alarga cena y bebidas, aunque ya os aviso que pienso saltarme la última parte. Después de mi última resaca el alcohol está erradicado de mi dieta.

—Tienes razón. Además, me vendrá bien desconectar —aceptó cerrando su portátil y levantándose de detrás del escritorio—. La cabeza me va a estallar si no paro ahora mismo.

—Bien, porque tengo hambre —apuntó Leslie—. Decidme que alguna de vosotras ha hecho una reserva para comer.

—¿Debería ofenderme? —inquirió Kelsey, muy seria—. Soy una organizadora de eventos, por supuesto que he hecho una reserva. Y ¿tú?, ¿ya sabes a que tienda nos vas a llevar?

—Debería enfadarme, pero estoy demasiado hambrienta para hacerlo.

—¡Chicas! —protestó Carlie, paseando la mirada de una a otra.

—Tienes suerte de que haya reservado en el italiano que tanto te gusta.

—Eres la mejor.

—Lo sé. ¿Carlie? —inquirió esperando que su amiga se uniera a los halagos.

—La mejor, ¿qué duda cabe?

Media hora después estaban sentadas en un reservado de su restaurante italiano favorito viendo como sus amigas revisaban el catálogo de vestidos en su página web de la tienda a la que iban a ir.

Mientras ellas hacían sus cábalas, Carlie estaba escribiéndose con Carter. Le había enviado un par de enlaces para que visitara diversos lugares emblemáticos de la ciudad en la que se encontraba, pero este no le había devuelto los últimos mensajes. Estaba en Detroit, por lo que no había diferencia horaria que justificara su falta de respuesta.

No queriendo darle mayor importancia, guardó el teléfono y se dedicó a prestarles atención a sus amigas. Seguían pasando y pasando vestidos hasta que uno de ellos llamó su atención:

—¡Esperad! —pidió, asiendo la mano de Leslie para que no siguiera pasando páginas—. Este me encanta.

Su amiga sonrió complacida.

—Es un diseño de Atelier Versace. Tienes buen gusto, y la colorimetría es perfecta para tu tono de piel y de cabello.

—Es precioso —secundó Kelsey.

—Si me queda bien voy a decantarme por él —anunció muy seria.

—¿Si te queda bien? —se burló Leslie—. Te va a quedar espectacular. Ni siquiera lo dudes.

—En ese caso... ya tengo vestido.

—Voy a llamar a la tienda para reservarlo —avisó Leslie, levantándose de la mesa—. No creo que nadie vaya a llevárselo mientras comemos, pero por si acaso.

—Sí, hazlo —la animó Kelsey.

La vieron salir por la puerta con el teléfono pegado en la oreja y Carlie sintió que, al menos, una de las cosas que le preocupaban estaba en camino de resolverse.

—¿Qué sucede?

—Nada. Solo estoy distraída.

—Lo sé, pero ¿por qué? La nueva entrevista que has colgado esta mañana está siendo un éxito, el programa de radio va fenomenal y Carter es súper considerado contigo. ¿Qué te preocupa?

—Ni siquiera he mirado cómo van las visualizaciones de la entrevista —confesó.

Entre el programa de radio, sus planes para encontrar el vestido perfecto y todos los pensamientos que ocupaban su mente ni siquiera había pensado en ello.

—No evadas el tema.

—Es una tontería. Es solo que Carter no ha respondido a mis mensajes.

—Quizás está entrenando y no puede mirar el teléfono.

—No. Tiene el día libre.

—Entonces estará durmiendo. Es lo que los hombres suelen hacer cuando tienen tiempo libre. Eso y beber cerveza, pero Carter es un atleta así que voy a excluirle de esa lista.

Carlie sonrió, divertida por las ocurrencias de su amiga.

Iba a responder cuando Leslie regresó a la mesa con aire triunfal.

—Tu vestido ya está reservado —anunció—, no me digáis que no soy un genio.

—De acuerdo. No te lo decimos —se burló Kelsey.

Carlie iba a seguir con la broma, pero su teléfono sonó en ese preciso instante y al ver que se trataba de Carter se olvidó de todo lo demás, centrándose solo en leer sus mensajes y responderlos.



Capítulo 23

Cuatro semanas antes de San Valentín.

El evento solidario al que había acudido con Carter estaba lleno de modelos espectaculares con vestidos igual de impresionantes, tratando de ganarse la atención de los deportistas de élite que habían sido invitados.

Por suerte, ella misma se había esmerado arreglándose y se sentía atractiva y sexy agarrada al brazo de su novio, falso o no.

Tal y como había vaticinado Leslie, el vestido que había escogido llevar a la fiesta le sentaba como un guante. Los colores y las texturas, todo en él, parecía haber sido hecho exclusivamente para ella.

Se trataba de un vestido vaporoso en diferentes tonos pastel de azules, morados y rosas. Con un pronunciado escote en V y una imponente abertura lateral que revelaba sus piernas al caminar. La prenda estaba confeccionada con diferentes niveles en la falda, algo que destacaba aún más por la mezcla de colores y de acabados.

Pero ahí no terminaba su exquisez, sino que uno de los tirantes del vestido hacía a la vez de cola. Carlie combinó la prenda con unos tacones clásicos de tiras de Gucci y joyería de Lorraine Schwartz: una serie de brazaletes brillantes en el brazo izquierdo y unos grandes aros blancos con un detalle en dorado en las orejas. El toque final lo dio con un bolso de mano de Chanel en color rosa, que le prestó su madre. Además, antes de entrar a la gala se cubrió con una chaqueta

de pelo de color crema.

—Estás preciosa —dijo por millonésima vez Carter—, no voy a poder dejarte sola ni un minuto.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—¿Lista? —preguntó cuando estaban a punto de traspasar las puertas del hotel en el que se celebraba el evento.

Nada más llegar la prensa gráfica les había hecho detenerse para poder sacarles fotos y la situación había puesto un poco nerviosa a Carlie, que jamás hubiese esperado verse posando para la prensa con Carter.

—Sí.

Se detuvieron brevemente para dejar sus abrigo y entraron en el salón en el que se celebraba el evento. Carter los llevó hasta uno de los grupos de invitados en el que estaban sus compañeros, todos los que estaban emparejados habían acudido con ellas y durante la siguiente media hora se dedicó a presentársela a todos. Por suerte las mujeres de los jugadores fueron amables y acogedoras con Carlie, ellas ya se conocían entre sí y parecían llevarse bien, por lo que Carlie se relajó de inmediato a su alrededor.

—Tu vestido es precioso —comentó Serena, la mujer de Hankersen.

—Gracias. El tuyo también es muy bonito —le devolvió el cumplido con sinceridad.

Carter se acercó a ellas con dos copas de champagne en la mano y le tendió una a Carlie quien negó con la cabeza.

—¿No tienes sed? —preguntó, confuso—. ¿Quieres comer algo antes? Hay canapés con muy buena pinta.

—Sí que tengo sed, pero no voy a beber alcohol. Lo he dejado —confesó en un susurro en su oído.

Carter no pudo evitar reírse al comprender de dónde venía la decisión.

—Puedes beber una copa. Te prometo que una sola no va a afectarte.

—Prefiero no tentar a la suerte.

—Eres adorable —dijo él, inclinándose para dejar un beso en su mejilla—. De acuerdo. Ahora vuelvo con un refresco y algo de comer.

—Gracias.

Cuando volvió a centrar su atención en las mujeres con las que había estado hablando antes de que su chico apareciera, se topó con que estas la miraban con distintas sonrisas en los labios.

—¿Suced algo?

—Os veis geniales juntos —apuntó Zoey, la novia del jugador novato del equipo, y de cuyo nombre se acordaba porque era el de su primera compañera de dormitorio en la universidad.

—Se ven sexis, no seáis sutiles —amonestó Serena con una risita traviesa.

Al parecer todas pensaban lo mismo porque hubo asentimientos y risitas cómplices que solo aumentaron cuando Carter cumplió su palabra y regresó con un refresco y un plato que contenía los *delicatessen* del *buffet* solo para ella.

—Hola, preciosa —saludó una voz cerca de su oído—, señoras, están todas impresionantes.

Se dio la vuelta con una sonrisa al reconocer la voz de Kenneth. Sabía que su amigo estaría en el evento, ya que su gimnasio colaboraba con la ONG que lo organizaba.

De hecho, había ofrecido una membresía vitalicia a su gimnasio para que fuera subastada en la recaudación.

—Kenneth —le dio un abrazo.

—Carlie, vas a ser una maravillosa adicción a nuestro grupo si nos traes chicos tan guapos y

amables como este —comentó Serena, quien se había dado cuenta Carlie era la cabecilla del grupo. Era divertida, ingeniosa y no tenía pelos en la lengua.

—Gracias. Dejad que os presente a un viejo amigo —señaló a Kenneth que les sonreía con todo su encanto—. Kenneth, las chicas —hizo un gesto de disculpa porque no recordaba el nombre de todas ellas, pero ninguna se lo tomó a mal, sino que aprovecharon la oportunidad para presentarse ellas mismas.

—Como he dicho al llegar están todas preciosas —anunció muy serio.

Ellas se rieron como colegialas, más que encantadas con los cumplidos.

—¿Bailas conmigo? —pidió, ofreciéndole la mano.

Por instinto miró a Carter que también estaba mirándola de vuelta y sonriendo en ese momento.

—En seguida vuelvo —le dijo con una sonrisa de disculpa.

—¡Hecho! Pero el próximo es mío —pidió con un guiño.

—Te apunto en mi carné de baile —bromeó.

Cogida del brazo de su amigo se dirigieron a la pista de baile y se unieron a los que danzaban.

La voz de Frank Sinatra y su *Fly me to the moon*, los acompañó mientras se movían por ella.

—¿Dónde está Kelsey? No la he visto en todo el tiempo que llevo aquí.

—Estará supervisándolo todo. Mi hermana no dejará que ningún canapé salga de la cocina si no está perfecto e impecable.

—No seas malo. Es su trabajo que el evento sea un éxito.

—Lo sé, pero eso no le impide divertirse. Tendría que estar aprovechando la oportunidad para conocer a algún atleta sexi.

—¿Cómo haces tú? —le pinchó ella.

Kenneth hizo un ruido entre una risa y una protesta.

—No hay deportistas gays, ya deberías saberlo —bromeó—, al menos deportistas de élite —aclaró sabiendo lo que ella iba a decir.

—Eres un deportista de élite o al menos lo fuiste.

Kenneth se encogió de hombros.

—Siempre hay una excepción a toda regla que se precie.

—Es estadísticamente imposible que solo estés tú.

—Lo es, pero si encuentras a algún atleta dispuesto a reconocerlo, llámame. Me encantará conocerlo.

Carlie sabía que tenía razón lo que era bastante triste, teniendo en cuenta cómo habían cambiado las cosas en casi todos los ámbitos de la sociedad.

—Deja que te acompañe con tu chico antes de que me envíe a todo su equipo a darme una lección por apartarte de él —bromeó.

Cuando llegaron donde estaba Carter este no la dejó hablar con nadie más, sino que tras hacerle un gesto de reconocimiento a Kenneth tomó su mano y se lanzó con ella a la pista de baile. No era justo que todavía no hubiese podido bailar con la mujer más guapa y elegante de la fiesta y estaba decidido a solucionar el descuido.

Kelsey no hizo acto de presencia hasta que comenzó la puja benéfica. Se acercó a ella con cierta timidez y Carlie comprendió que lo que le molestaba era coincidir con Bentley, quien, por cierto, había acudido solo y no había estado muy receptivo a los acercamientos de algunas de las mujeres invitadas.

—Hola, ¿dónde estabas? —preguntó a pesar de saber la respuesta.

—Controlando que todo saliera bien. No soy una invitada.

—Lo sé. Por cierto, estás preciosa. —Llevaba un vestido negro de crochet en manga corta hasta la rodilla y un cinturón metálico dorado con el logo de Chanel, por lo que perfectamente hubiese podido pasar por una.

—Gracias. ¿Has visto a mi hermano?

—Sí, e incluso he bailado con él.

Kelsey sonrió.

—¿Y a Carter le ha parecido bien?

—Carter sabe que es tu hermano y uno de mis amigos. —Se giró hacia Serena que estaba parada a su lado y le presentó a su mejor amiga, sin olvidarse de mencionar que había sido la encargada de organizar el fantástico evento.

Tal y como había esperado, la mujer se deshizo en buen rollo y halagos por su trabajo. El gala era sensacional y la comida de la mejor que había probado en mucho tiempo.

El resto de las chicas se acercaron para conocer a Kelsey y Carlie sintió que podía ser amiga de todas ellas solo por lo amables y acogedoras que estaban siendo con su amiga.

El maestro de ceremonias anunció en ese instante la membresía al gimnasio de Kenneth y, aunque Carlie no había planeado pujar por nada, se vio a sí misma levantando la mano. La movieron dos cosas, querer colaborar en una causa que le parecía importante y ayudar a que el precio de subasta final fuera alto.

El maestro de ceremonias anunció su oferta en cincuenta mil dólares, pero no fue la única que alzó la mano, Howe también parecía interesado y subió a sesenta mil. Carlie subió diez mil más, y cuando creía que ya estaba hecho fue el propio Carter quien pujó, ganándose las risas de todos cuando el presentador se cuestionó si estaba pujando en contra de su novia o pretendía regalarle la membresía a ella.

Carter le guiñó el ojo, pero no aclaró la duda.

Sin embargo, la subasta se cerró para asombro de todos cuando Howe dobló la oferta y le fue otorgada la membresía por ciento cuarenta mil dólares.

Kelsey, Serena y las chicas se rieron discretamente al ver la cara de sorpresa que se les había quedado a Carlie y a Carter. Howe, en cambio, parecía encantado por alguna razón que ninguno de ellos podía siquiera imaginar.

Kenneth, por su parte, parecía ser el meno sorprendido por el giro de los acontecimientos.



Capítulo 24

Carter estaba encantado de acudir al evento con Carlie y poder presentarla oficialmente a todos como su novia. Tanto sus compañeros como sus parejas habían sido acogedores y amables con ella y su chica parecía encantada con todos ellos.

Regresaba de la barra con una botella de agua para ella, que se había negado a beber alcohol, cuando se detuvo al escuchar que le llamaban. Se había pasado gran parte de la noche atendiendo a compañeros o a aficionados al *hockey*, por lo que no le sorprendió que alguien quisiera llamar su atención para hacerse alguna fotografía o simplemente intercambiar un par de frases.

Se dio la vuelta para comprobar quién le estaba saludando y se encontró con una chica rubia y despampanante con un vestido plateado de lentejuelas que se ajustaba a su esbelto cuerpo.

—Hola, Carter.

—¿Avery?, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella sonrió radiante.

—Trabajar —explicó—, soy una de las modelos invitadas al evento.

—¿Eres modelo?

Ella soltó varias carcajadas que hicieron que la atención se dirigiera a ellos. Justo lo que Carter no quería que sucediera.

—¿Debería sentirme insultada por tu pregunta?

—No, no. Quiero decir que no lo imaginé. Eso es todo.

—Creo que lo estás poniendo peor —bromeó.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó con intención de cambiar de tema.

—Perfecto. Gracias por preocuparte.

—Bueno, es mi obligación. Después de todo, fui yo quien te lesionó.

Ella sonrió mucho más coqueta de lo que la recordaba.

—Igualmente, gracias —y añadió sin ningún tipo de pudor—: ¿sabes? Ni tobillo está perfectamente sano para bailar.

Carter pensó que o bien había bebido hasta el punto de desinhibirse o no se había equivocado en Detroit cuando se planteó si su aparente inocencia era una completa falsedad.

Y lo frustrante era que ni en ese primer encuentro ni en el actual podía estar seguro de cuál de las dos lecturas era la correcta.

—Me encantaría bailar contigo, Avery, pero mi novia me está esperando —le mostró la botella de agua—, y no me gusta hacerla esperar.

—Por supuesto —dijo ella, pero había cierto desdén en su tono.

—Supongo que volveremos a vernos, a pesar de que según me dijiste vives en Nueva York.

—¿Te acuerdas de eso?

—No tengo tan mala memoria.

—Sí, lo sé, quería decir... no importa. Y sí, es posible que volvamos a encontrarnos.

Él arqueó una ceja, interrogante.

—Suelen invitarme a muchos eventos de este tipo —explicó—. Estoy segura de que a ti te pasa lo mismo. ¿Quién sabe? —se encogió de hombros como si no hubiese ningún tipo de doblez en su actitud.

—Disfruta de la velada —se despidió sin echar otra mirada en su dirección.

Unos minutos después llegó hasta Carlie, quien le sonrió y le agradeció por la bebida como si no se hubiese dado cuenta de que se había detenido para hablar con alguien o como si no le importara. No, se amonestó mentalmente «lo que sucede es que confía en ti».

Contra todo lo esperado fue Bentley quien le preguntó por Avery.

—¿Quién era esa?

—¿Te acuerdas de lo que te conté en Detroit?

—¿La chica con la que habías chocado?

—Sí, es ella.

Su amigo le miró confuso.

—¿Y qué hace aquí?

—Dice que es modelo y que está trabajando.

—¿Quieres que me acerque a ella y que trate de tantearla? —ofreció Bentley.

—No creo que sea una buena idea para ti —comentó mirando hacia donde estaban hablando Serena Hankersen y Kelsey.

—No te preocupes por eso —zanjó alejándose de él.

Era pasada la una de la mañana cuando se retiraron. Carter y sus compañeros tenían entrenamiento a la mañana siguiente. Su entrenador había tenido la deferencia de ponerlo a las once porque estaba al tanto de que el club esperaba que asistieran sus jugadores.

Carter condujo hasta casa de Carlie en medio de una agradable conversación sobre lo estupendas que eran las mujeres de sus compañeros.

—No se lo digas a nadie, pero Serena es mi favorita —confesó ella ganándose una mirada de aprobación de Carter.

—La mía también. Parece mentira lo diferentes que son ella y su marido —explicó—. Hankersen es parco en palabras, serio y discreto y ella es un torbellino.

—Quizás por eso funciona su matrimonio, porque se complementan —comentó estirándose en el asiento—. Estoy agotada y todavía tengo que sacar a Ares a pasear.

—¿Perdona?

Carlie le miró confundida.

—¿Vas a sacarlo ahora?

—Sí, me niego a madrugar mañana. Si quiero que me deje dormir más de la cuenta tengo que sacarlo ahora.

—Es muy tarde.

—Lo sé, pero es lo que hay —se encogió de hombros—. Ares tiene aguante, pero no tanto y me niego a recoger sus... cosas solo porque estoy demasiado cansada para sacarlo cuando debería.

—Te acompaño.

—No tienes que hacerlo —protestó—, vamos a ir al parque que hay cerca de casa.

—No te voy a dejar salir sola a estas horas.

—Ares no permitiría que nadie se me acercara.

—Carlie tu perro es un mimoso. No es muy de fiar en situaciones de peligro.

Ella se rio de buena gana. Ares era un auténtico lobo cuando tenía que proteger a los suyos, lo que sucedía era que se había enamorado perdidamente de Carter y con él solo era lloriqueos y lametones.

—Solo contigo. Lo prometo.

—Como sea. Te acompaño.

—¿Vestido así? —preguntó muy seria.

—¿Tenías previsto cambiarte?

Ella negó con la cabeza.

—Solo iba a quitarme las sandalias y ponerme unas zapatillas.

—Entonces puedo ir contigo vestido de esmoquin.

Carlie no objetó nada.

Quince minutos después caminaban junto a Ares por las calles desiertas de Boston, vestidos de fiesta.

—¿Sabes? Si nos hicieran fotos ahora mismo seguro que arrasábamos en redes sociales —se rio Carlie.

—¡Hagámoslo!

—¿El qué?

—Arrasar en redes sociales. —Antes de que pudiera comprender a lo que se refería fue pegada a su costado por un brazo fuerte mientras que con la otra mano sostenía su teléfono para hacerse un selfi.

Ares, como si supiera lo que debía hacer, se sentó frente a ellos mirando a la cámara.

—¡Hecho! —anunció, orgulloso de sí mismo—, ahora solo queda subirla.

La vio reírse mientras él se tomaba en serio el texto que estaba escribiendo.

—¿Qué has puesto?

—Con mi chica y mi chico después de la #galabeneficaporeldeporte.

Carlie sonrió encantada con sus palabras.

—Después de esta foto ya no nos pueden acusar de ser poco glamurosos —bromeó—, nos ponemos de punta en blanco hasta para sacar al perro.

Siguieron con las bromas mientras Ares hacía sus cosas y estiraba las patas. Cuando se dispusieron a regresar eran más de las dos de la madrugada. El cambio de zapatos había

facilitado que Carlie pudiera andar más cómoda, pero no había hecho nada por el agotamiento acumulado con el trabajo y los miles de pendientes que atendía cada día.

—Tal vez deberías dejar algo de ropa en mi casa. Sobre todo, si vas a empeñarte en acompañarme a sacar a Ares cuando volvemos tarde de alguna fiesta.

—Sí, supongo que debería hacerlo.

Carlie asintió y bajó la mirada.

Abrió la puerta para que Ares entrara a toda velocidad a buscar de su cuenco de agua.

—¿Quieres quedarte? Es un poco tarde para que conduzcas hasta tu casa.

—Me encantaría, pero mañana a las once tengo entrenamiento y necesito descansar —cuando se dio cuenta de lo que había dicho trató de rectificar—. No quiero decir que no vaya a descansar si me quedo. De verdad, no quería dar a entender nada, yo...

Carlie ya no pudo aguantarse más la risa, mezcla de nervios y de diversión.

—Lo siento.

—Puedes reírte, he sido un idiota.

—No lo has sido. He entendido lo que querías decir.

—Bien, porque realmente me encantaría quedarme, pero no voy vestido para acudir al entrenamiento mañana, lo que significaría levantarme pronto para pasar por casa y descansar menos horas —aclaró—. A eso era a lo que me refería.

—En ese caso, nos vemos mañana. Gracias por acompañarme a sacar a Ares.

—Ha sido un placer. Buenas noches —dijo y acto seguido se inclinó para besarla.

Pretendía ser un beso suave de despedida, pero en cuanto sus labios se tocaron se volvió intenso y caliente.

Se separaron los dos con la respiración acelerada y el deseo escrito en los ojos.

—Buenas noches, Carlie.

—Buenas noches.

Esperó hasta que ella entró en casa y cuando escuchó que cerraba con llave se dirigió a su coche, lamentándose por lo lento que estaba yendo todo entre ellos, pero, aunque una parte de él se moría por dar un paso más allá, otra más prudente consideraba que debía demostrarle antes que lo que quería de ella era mucho más que sexo. Quería una relación romántica. Por primera vez en su vida estaba seguro de lo que deseaba y con quién lo hacía. No iba a estropearlo por pecar de impaciente, aunque su contención pendía de un hilo y no estaba seguro de cuándo iba a estallar por los aires.

Además, todavía tenía que descubrir qué era lo que estaba sucediendo con Melody y sus constantes apariciones. Esperaba no tener que añadir a Avery en su lista de preocupaciones.



Capítulo 25

Era la primera vez que Carlie asistía a un partido de Carter ataviada con su camiseta y la primera que lo hacía en el palco de las WAGs, quienes habían tenido la amabilidad de incluir a Kelsey en su invitación para acompañarlas.

De hecho, Serena estaba, en ese preciso momento, haciendo una lista de los jugadores solteros con los que podría emparejar a su amiga.

—Me gusta Howe —colaboró Carlie, ganándose una mirada molesta de Kelsey.

—¿Qué? Es verdad. Es guapo, atento, divertido...

—Lo es —admitió Serena—, pero no es mucho de citas. No recuerdo ningún escarceo que haya protagonizado desde que le conozco.

—Tal vez es discreto —ofreció Zoey, la novia de James Wesley, el novato del equipo.

—Puede ser —aceptó Serena, pero no parecía muy convencida.

—Yo voto por Dryden —intervino Ava, la esposa del portero titular: Maurice Lemieux.

—Es mono —secundó Sophia, la más discreta de todas. Era la esposa de uno de los jugadores más veteranos: Elijah Brown, quien ya contaba con dos copas Stanley en su haber. Eran una de las pocas parejas que tenían hijos. Sophia les había enseñado las fotografías de los gemelos y Carlie y Kelsey los habían encontrado adorables.

La conversación se cortó cuando los gritos irrumpieron en el estadio. Carter estaba mano a mano con el portero contrario y Carlie aguantó la respiración hasta que este echó el palo hacía atrás y disparo, colando en disco en la red, justo por el lado derecho del portero.

Si los aficionados ya estaban emocionados antes del gol después de este estallaron los cánticos.

—Nunca los había visto tan ruidoso —comentó Kelsey.

—Eso es porque están jugando contra Montreal. La rivalidad entre ellos es histórica.

El partido finalizó con una victoria del equipo local, lo que, indudablemente, significaba una celebración, Carlie supuso que en el mismo bar deportivo al que fueron la vez anterior.

Con lo que no contaba era con que las chicas tuvieran planes distintos.

—Nosotras también celebramos las victorias —contó Serena—. Después de todo los aficionados nos echan la culpa cuando sus jugadores pierden, por lo que por la misma regla de tres es mérito nuestro cuando ganan.

—Así es —corroboró Ava Lemieux, quien parecía ser la cómplice de Serena.

—Lo que sucede es que somos más geniales que nuestros hombres y vamos a otro tipo bares a celebrarlo.

Por un segundo Carlie se preguntó si Serena estaba hablando de algún tipo de local de *striptease*.

Sin opciones de protesta se encontró escribiéndole un mensaje a Carter para avisarle que iba a salir a celebrar la victoria con las mujeres de sus compañeros.

Media hora más tarde estaban entrando todas con sudaderas con los números de sus parejas, vaqueros y bolsos de marcas de alta costura, en un pub del que ni Carlie ni Kelsey había oído nunca hablar.

Con Serena a la cabeza fueron recibidas por el que parecía el gerente y acompañadas hasta la zona VIP.

Definitivamente no era un local de *striptease* se relajó Carlie, más bien todo lo contrario. El *After Hours* destilaba clase y estilo por cada una de sus esquinas. Desde el mobiliario hasta la música, la gente que había allí y, por supuesto el servicio.

Los camareros no solo eran atractivos sino que vestían elegantes y eran amables e incluso coquetos de un modo sano y nada soez con sus clientes.

—Carlie, Kels —llamó Serena—, este es Oscar. —Señaló al camarero rubio, alto y atractivo que se había acercado hasta su mesa para tomar nota de sus bebidas—. Es nuestro camarero favorito.

El aludido sonrió con picardía.

—No está bien que lo diga, pero vosotras también sois mis clientas favoritas.

Zoey aplaudió, encantada con el comentario.

—¿Qué vais a tomar, preciosas? Deduzco por vuestras sonrisas que vuestros chicos han ganado el partido.

—Lo han hecho —corroboró Ava.

—¿Puedes hacernos un par de jarras de Margaritas? —preguntó Sophia con timidez, paseando la mirada por sus compañeras para asegurarse que todas estaban de acuerdo.

—Tres jarras, por favor —intervino Serena para ratificar que estaban de acuerdo.

—Yo quiero un agua con gas, por favor —pidió Carlie con timidez.

—De eso nada —protestaron casi todas.

—Me duele el estómago —mintió, temerosa de que la pillaran.

—Es cierto —la apoyó Kelsey—. Lleva días descompuesta.

Carlie le lanzó una mirada fulminante, antes de asentir avergonzada.

—¿Estás embarazada? —preguntó Zoey directamente.

—No, claro que no. Solo un poco molesta del estómago.

La conversación cambió hacia lo que era tener hijos con un jugador de *hockey* que se pasaba la vida en la carretera y lo duro que era criar hijos una persona sola. Sophia fue la que más habló del tema, ya que era la que estaba viviendo la experiencia, pero todas tenían algo que opinar al respecto.

Oscar por su parte había regresado a la barra para preparar sus pedidos, por lo que Carlie aprovechó el momento, antes de que llegaran las bebidas, para ir al cuarto de baño y revisar su teléfono.

No era que no pudiera hacerlo delante de ellas, pero tampoco quería que pensarán que se aburría o que estaba pendiente de Carter, por lo que lo mejor era apartarse discretamente y asegurarse de que este supiera que había salido y que no iba a poder verle esa noche.

Con esa idea en mente se levantó y busco el baño, que como todo lo demás en el pub, era de absoluto lujo.

Ni siquiera se molestó en entrar en un cubículo. Nada más cruzar la puerta sacó el teléfono de su bolso y revisó los mensajes. Se sintió más tranquila, pero decepcionada a la vez cuando leyó que a Carter le parecía bien que no fueran a celebrar juntos y se despedía con un breve «hasta mañana».

Se debatía entre terminar de ese modo la conversación o escribirle de vuelta cuando la puerta del baño se abrió y una chica rubia, alta y delgada entró.

—Buenas noches —la saludó con amabilidad.

Carlie respondió del mismo modo y no volvió a fijarse en ella hasta que se dio cuenta de que la mujer se había colocado a su lado, en uno de los lavabos vacíos, y que la estaba mirando intensamente a través del espejo.

Sus miradas se cruzaron y durante unos segundos se preguntó si la conocía, ya que ella no apartó la mirada y parecía dudar entre decirle algo o no. Le sonrió con amabilidad, decidiendo que quizás era alguna seguidora de cuando trabajaba en la televisión, y volvió a centrar su mirada en el teléfono, aún sin decidirse a añadir algo más o no.

La suave risa de la chica hizo que volviera a mirarla.

—Lo siento, pero pareces debatirte entre dos opciones sumamente serias —dijo con una voz dulce.

—Oh, no. Solo estoy...

—No importa —comentó ella—. No es asunto mío.

—No es eso. Yo —hizo una pausa sin estar segura de cuánta información debía compartir con una completa desconocida.

La chica alargó la mano para presentarse.

—Soy Avery.

La estrechó, notándola mucho más cálida que la suya propia.

—Carlie.

—Lo sé. Soy una fan —confesó con una expresión avergonzada.

—Solo estoy decidiendo si he de responder a un mensaje o no —dijo, retomando la conversación anterior.

—Depende —ofreció Avery—. Debes si es de tu mejor amiga —enumeró con los dedos—, tus padres o tu médico. Si no son ninguno de ellos, estoy segura de que pueden esperar.

—¿Y si es un hombre?

—En ese caso seguro que puede esperar —sonrió con picardía.

—Sí, supongo que puede.

La rubia asintió con una gran sonrisa.

—Ha sido un placer conocerte, Carlie —dijo, repentinamente su rostro se tornó en una expresión seria.

—Lo mismo digo, Avery.

La vio salir del baño y Carlie no pudo evitar preguntarse el motivo por el que había entrado. No pasó a ningún cubículo, no abrió el grifo del lavabo y no sacó su móvil. Ni siquiera retocó su maquillaje, a pesar del tiempo que había estado mirándose en el espejo.

Apartó el pensamiento de su cabeza alegando que era una tontería y tras echarle un último vistazo a su teléfono, lo guardó en el bolso y salió, decidida a disfrutar de la noche con sus nuevas amigas.



Capítulo 26

El coche que había compartido con Kelsey, Serena y Zoey la dejó frente a la puerta de su casa varias horas después. Tras despedirse de sus compañeras de trayecto, bajó y se encaminó hasta su puerta. Por suerte no había bebido porque todavía debía sacar a Ares a pasear y hacerlo ebria no era una experiencia que quisiera probar.

No había llegado todavía a los escalones de su entrada cuando la puerta de un coche aparcado enfrente se abrió y un hombre grande y alto salió de él. Apuró el paso ansiosa por llegar. No era una persona miedosa, pero parecía como si el tipo hubiese estado esperándola.

—Carlie —llamó una voz y su pulso se aceleró mezcla de miedo y preocupación.

No se giró. De ninguna manera. Iba a llegar a casa y a mostrarle a Ares a cualquiera que quisiera acercarse a ella.

—Carlie —la voz sonaba más cerca.

Estaba ya metiendo la llave en la cerradura cuando una mano se posó en su hombro. Se sobresaltó dando un grito que hizo que su perro ladrara desesperado al otro lado de la puerta.

—Carlie, cariño.

Se dio la vuelta confundida y al ver que se trataba de Carter saltó a sus brazos todavía temblando.

—Me has dado un susto de muerte —se quejó.

—Lo siento, creía que no me habías escuchado.

Él estaba haciendo malabares para abrazarla y sostener la bolsa que llevaba en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó apartándose para mirarlo a la cara.

—Bueno —de repente parecía tímido—, dijiste que debería traer ropa para sacar a Ares e imaginé que lo sacarías después de tu cita con las chicas.

La sonrisa de Carlie calmó un poco sus nervios. Ella parecía encantada y no horrorizada como había temido.

—Entremos —pidió—, antes de que los vecinos llamen a la policía por culpa del ruido que está haciendo Ares.

—Supongo que es culpa mía. He llamado hace como unos quince minutos, por si ya estabas en casa...

—En ese caso lo mejor es darte una llave. Ya sabes, para que no tengas que esperar en tu coche y hacer que se me salga el corazón por la boca.

—Suená bien.

Carter no había terminado de cruzar el umbral cuando el perro de Carlie se le echó encima en busca de caricias.

Dejó la bolsa en el suelo y se dedicó a complacerle mientras ella los miraba con un brillo de emoción en los ojos.

Sacar a pasear a Ares juntos era una de las mejores citas para Carlie. Que se uniera a ella en sus responsabilidades era como hacer su relación real. Por supuesto no era el caso, pero no podía evitar sentirlo de ese modo.

—No te lo he dicho antes, pero estás increíble con mi número en la espalda —comentó Carter, cogiendo su mano mientras con la otra llevaba la correa de Ares.

—Gracias. Me pareció adecuado comprarla.

—Más que adecuado es perfecto. Por cierto, ¿qué tal te fue con las chicas?

Carlie le resumió la noche, aunque omitió la parte en la que se había ido al baño para leer sus mensajes.

Cuando se hizo evidente que el perro estaba agotado de tanta carrera regresaron a casa.

—¿Puedo quedarme esta noche?

La pregunta la pilló tan desprevenida que ni siquiera estaba segura de que le saliera la voz si intentaba hablar, por lo que asintió.

Ares salió corriendo a beber en cuanto entraron en la casa y Carter hizo su movimiento. Se había pasado media noche debatiéndose entre lo que quería y lo que pensaba que era mejor, pero después de que Carlie le dijera que iba a salir con las chicas se había sentido decepcionado y molesto por no tener la autoridad de pedirle que las dejara para pasar tiempo con él, ya que, para su malestar, su relación seguía siendo tan falsa como cuando comenzaron.

Decidido a cambiar la situación y dispuesto a lidiar con cualquier amenaza que viniera después, la encerró en su cuerpo en cuanto la puerta se cerró tras ellos.

Deslizó la mano bajo la sudadera y la camiseta de Carlie, y buscó el pezón con el pulgar. Había estado fantaseando con ver la ropa con su nombre a la espalda a los pies de su cama, con Carlie desnuda sobre ella.

La besó notando que sabía a frescos y a pecado. El calor invadió su cuerpo. Y presionó su erección contra su pierna, dándole tiempo a que se apartara si no quería lo mismo que él.

Se relajó cuando se apretó más a él, diciéndole indirectamente que ella también lo deseaba. Se separó de ella lo justo para quitarle la sudadera con su nombre y dejarla únicamente con la camiseta del equipo que llevaba debajo.

Después inclinó la cabeza y comenzó a succionar sus pezones a través de la tela. Mientras siguiera con la ropa puesta no traspasaría los límites que se había autoimpuesto, aunque la idea

de no ir más allá hacía que le doliera el cuerpo.

Siguió jugueteando con sus senos a través del algodón, y luego bajó una mano a la unión de sus muslos, sobre la tela de sus pantalones vaqueros. Carlie abrió las piernas lenta y voluntariamente. Él siguió jugando un poco más, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Pero el juego llegó demasiado lejos. Ella dejó caer la cabeza hacía atrás. La luna brillaba tenuemente a través de los grandes ventanales.

Sus pechos estaban firmes y preparados para lo que vendría a continuación.

Carter se quedó desnudo de cintura para arriba allí mismo, en medio del comedor de Carlie.

Su pecho desnudo le rozó las costillas mientras la lamía, y ella enterró los dedos en su espalda. Él se tomó su tiempo, usó los labios y la lengua. El suave roce de sus dientes la estimuló hasta que ya no pudo soportarlo más. Le apartó la cabeza con fuerza.

A Carter le preocupaba precipitarse, pero su mente no estaba para pensamientos profundos, por lo que la levantó en brazos y la cargó, llevándola hasta el dormitorio donde la dejó suavemente sobre la cama.

No hizo falta que dijera nada. Carlie se deshizo de las zapatillas, los calcetines y los pantalones sin dejar de mirarlo.

Carter ya se había olvidado por completo de sus intenciones de ir despacio, de modo que se subió a la cama y enganchó los pulgares en sus braguitas tirando de ellas hacia abajo, una vez en su mano las dejó a un lado sin importarle donde cayeran.

Se levantó para deshacerse de su propia ropa, quedando expuesto a la ávida mirada de ella, que no se molestaba en disimular que se lo estaba comiendo con los ojos.

Había cambiado en los últimos cinco años, para mejor, no cabía duda, pensó Carlie. Estaba más ancho, más fuerte y musculado. No obstante, su piel seguía ligeramente bronceada, con ese color miel que le daban ganas de lamer para comprobar si era tan dulce como ella.

Cuando Carter no pudo soportar más su mirada, se subió encima de ella y le abrió las piernas sin que ofreciera resistencia.

Después de eso, sólo hubo sensaciones. Unos dedos abriéndola e indagando. Unos labios buscando. Unas manos explorando todo lo que habían querido tocar y acariciar desde hacía tanto tiempo.

El pequeño cuerpo de Carlie lo recibió ofreciendo la resistencia perfecta. Suave perfume y áspero terciopelo. Se movieron juntos. Él la embistió con dureza, se retiró y embistió de nuevo. Ella se arqueó, exigente, se batió en duelo con él y, finalmente, se rindió.



Capítulo 27

No era la primera vez que se despertaba junto a Carter, aunque sí que era la primera vez que lo hacía, después de cinco años, tras haber pasado la noche juntos.

Se quedó quieta en silencio, pensando en todo lo que la noche anterior podía significar en su relación y lo que no podía.

Sin querer adelantar acontecimientos hasta que ambos hubiesen hablado del tema, se levantó de la cama, con cuidado de no despertarlo y se dirigió a la cocina. Ni siquiera se molestó en buscarse ropa. Abrir el armario y hurgar en él lo habría despertado. Aprovechó que había dormido con la camiseta de él como único atuendo y con ella puesta se encaminó a cumplir con sus tareas matinales.

Tenía que ponerle el desayuno a Ares y preparar algo para ellos. No estaba segura de si Carter tenía entrenamiento esa mañana, pero era lo más probable dado que estaban en plena temporada.

Encendió la máquina de café y se dispuso a prepararlo. El ruido de esta le impidió escuchar los pasos que se adentraban en la cocina.

Antes de que pudiera girarse por sí misma unas manos fuertes, pero delicadas con, al mismo tiempo, le dieron la vuelta.

El rostro arrugado por las sábanas de Carter, con su cabello despeinado, la miró unos segundos antes de que su boca descendiera sobre la suya.

El beso fue duro y apasionado. Ella se olvidó de todo y le deslizó los brazos alrededor del

cuello. Ladeando la cabeza, abrió la boca para él y Carter le ahuecó el trasero y lo apretó. Ella se acercó más y sus caderas se rozaron contra las de él.

La levantó pegada a su cuerpo y enganchó una de las piernas de Carlie sobre su propia cadera. Besándola profundamente, penetró en su cuerpo. Ella se arqueó y tembló entre sus brazos.

La fuerza de Carter, capaz de sujetarla, al tiempo que bombeaba en su interior era lo más sexy que nunca hubiese experimentado. Estaba tan desesperada que se dejó llevar en cuando el aumentó la intensidad de sus embestidas.

Carter no tardó mucho en seguirla, ahogando sus gemidos en el hueco de su cuello.

Cuando terminaron, la dejó con suavidad en el suelo y le acarició el pelo que se le había pegado a la frente. La besó suavemente.

—Buenos días. No estabas en la cama —se quejó.

Ella sonrió, coqueta.

—Si ese es el castigo que voy a recibir por marcharme no vas a volver a encontrarme allí —rio.

—Si te quedas conmigo será mejor.

—Imposible —zanjó ella, todavía con las mejillas encendidas por el orgasmo.

Él sonrió encantado con sus palabras y la atrajo a su cuerpo para besarla de nuevo

Ninguno de los dos se paró a pensar en que sus comentarios implicaban que ambos estaban de acuerdo con que el sexo fuera una constante en su nueva relación, le pusieran el nombre que le pusieran.

Tal y como había imaginado, Carter se marchó al entrenamiento una hora después de que se despertaran. Carlie había cumplido su palabras de la noche anterior y le había dado un juego de llaves de su casa, sin embargo, no habían hablado de nada de sucedido la noche anterior ni de la repetición de que había tenido lugar esa misma mañana.

Aunque tenía previsto pasar la mañana trabajando en las preguntas para la nueva entrevista que tenía programada para su canal, los recientes sucesos la empujaron a saltarse la jornada laboral y a presentarse en el trabajo de su amiga Kelsey. Por suerte, esta estaba allí, y no de reuniones con un potencial cliente.

Había estado tan ensimismada que ni siquiera había pensado en llamarla para asegurarse de que le venía bien que la visitara.

Cuando entró a la oficina se encontró con que Simone, la recepcionista, parecía preocupada por algo. No tuvo que preguntarle los motivos porque esta se los dio por iniciativa propia.

Al parecer, Alisha Mayer había aceptado las dos propuestas de *Congrats* y era oficial que ellas se ocuparían de organizar su boda y, aunque aparentemente era una buena noticia, Kelsey se lo había tomado como una enorme responsabilidad y ya estaba alterada, a pesar de que faltaba casi un año para la boda, dado que los novios habían decidido celebrarla poco antes de Navidad. Haciéndole un guiño a la época en que se reencontraron y en la que Caleb se le había declarado.

—¿Debería irme?

—¡No! —saltó Simone—. Si hay alguien capaz de calmarla eres tú —explicó muy seria. Y deberías conseguirlo porque si sigue así la mayoría de los colaboradores se van a marchar de la empresa.

Carlie se rio internamente para no ofender a Simone, pero era evidente que la chica era exagerada por naturaleza. Kelsey era encantadora, incluso cuando se enfadaba, por lo que estresada no daba nada de dar miedo. Era esa clase de persona que siempre le encontraba algo bueno a cualquier situación, de modo que por muy mal que estuviesen las cosas, estaba segura de

que no eran para tanto.

—De acuerdo. Voy a entrar. ¿Me anuncias?

Simone le hizo un gesto con la mano para que siguiera.

—No hace falta. Eres de su familia.

Carlie asintió. Ciertamente lo era.

Cubrió la distancia entre la recepción y el despacho de Kelsey y llamó con suavidad. En cuanto le dieron paso abrió la puerta para encontrarse a su amiga detrás de su escritorio leyendo unos papeles que sostenía.

—Buenos días.

En lugar de responderle la miró con fijeza e incluso entornó los ojos como si se estuviera concentrando en algo sumamente importante para ella.

—Buenos días —contestó por fin, sin dejar de observarla.

—¿Qué sucede?, ¿tengo algo en la cara?

—Sí, estás radiante.

Como respuesta a su comentario notó el calor concentrarse en sus mejillas.

—¡Oh, Dios mío! Siéntate y cuéntamelo todo —exigió Kelsey.

—No hay nada que contar —la pinchó, molesta porque la hubiese calado tan pronto.

—No me mientas. Estás brillando. ¡Suéltalo!

—De acuerdo. Puede que me haya acostado con Carter.

Kelsey le hizo un gesto con las manos para que siguiera.

—Ayer por la noche cuando llegué a casa estaba esperándome para sacar a Ares. Le preocupa que salga sola tan tarde —bajó la voz hasta llevarla al nivel de un susurro—, y esta mañana en la cocina.

—¿En la cocina? Eso no es muy higiénico.

Carlie le lanzó una mirada fulminante.

—No del modo en que estás pensando. Estábamos de pie.

—¡Wow! Eso suena mucho mejor.

—Lo sé. Fue... increíble

—¿Significa esto que ya es oficial?

—¿No lo sé?

—¿Me lo estás preguntando? —el tono incrédulo de Kelsey a punto estuvo de hacerla reír.

Se sentía tan tonta en esos instantes. Si Carter no sacaba el tema debería haber sido ella quien lo hiciera. Era una mujer adulta que enfrentaba sus problemas, no los evadía por temor a las consecuencias.

—¿Sí?

—¡Carlie! —le llamó la atención.

—No lo sé, ¿de acuerdo?

—¿Os habéis pasado todo el tiempo dale que te pego?, ¿no habéis hablado de nada?

—Hemos hablado. Solo que no de eso.

—Muy bien, pues si él no saca el tema sácalo tú. Eres demasiado organizada como para estar en una relación sin nombre y no agobiarte por ello.

Carlie sonrió. Definitivamente la conocía bien.

—Hablando de gente controladora, ¿qué tal lo llevas? Pareces estresada.

—Has hablado con Simone, ¿verdad?

—No, claro que no.

Kelsey la miró con una expresión de incredulidad, pero a pesar de que sabía que su amiga

estaba mintiendo descaradamente no insistió con el tema.

—No puedo fallar con la organización de la boda de Alisha —respondió en un tono de voz alicaído.

—Y no vas a hacerlo, pero si te pones enferma por el estrés antes de tiempo no podrás cumplir y entonces sí que te cargarás tu carrera.

—Das unos ánimos sensacionales —se burló.

—Es la verdad. Tómatelo con calma, ¿vale? El viaje es largo, no te agotes antes de tiempo.

—Lo intentaré.

—Me vale. Por ahora —avisó.



Capítulo 28

El entrenamiento había sido un desastre. Había estado tan despistado rememorando lo sucedido entre Carlie y él, que hasta sus compañeros habían terminado por regañarle.

De hecho, se habían vengado de él de la forma más retorcida que se les había ocurrido. En cuanto el entrenador les dio vía libre para retirarse a los vestuarios, sus compañeros lo habían llevado en volandas hasta las duchas con todo el equipo puesto y lo habían metido dentro a la fuerza, por supuesto, el grifo que habían abierto no era el del agua caliente precisamente.

—Sois unos idiotas —se quejó, completamente empapado.

Apenas podía moverse. Si el equipo ya pesaba bastante seco mojado era una losa.

Se arrastró hasta su casillero y se sentó en el banco para quitarse la ropa rápidamente antes de que le diera una lipotimia.

—No seas gruñón. Te lo has ganado —le espetó Stasny, que era uno de los que más se había reído mientras se helaba de frío.

—Si creéis que no me voy a vengar en algún momento es que sois más tontos de lo que pensaba.

—¿Estás así por el embarazo de tu chica? —preguntó James Wesley, el novato del equipo.

—¿Perdón?

—¡Joder, Wesley! —lo amonestó Lemieux—, se supone que no íbamos a decir nada hasta que él nos lo contara.

—¿De qué están hablando? —preguntó Bentley a su lado.

—No lo sé.

—No hace falta que disimules. Las chicas se enteraron ayer y, evidentemente, la noticia se ha filtrado.

—Carlie no está embarazada. Es imposible que ella haya dicho que lo está —la defendió Carter.

—No lo hizo —intervino Elijah Brown—. Sophie me dijo que le preguntaron directamente si estaba embarazada, pero ella dijo que no.

—Acababa de conocerlas —se quejó Wesley.

—No está embarazada. Alguno de vosotros, chismosos, ¿sabe cómo llegaron vuestras parejas a esa conclusión?

—Se negó a beber. Serena me dijo que bebió agua con gas toda la noche e incluso fue al baño un par de veces como si tuviera ganas de... ya sabes. Lo que les sucede a las mujeres embarazadas. Las náuseas.

—Henry Hankersen —bramó Bentley—, no me puedo creer que hayas dicho tantas palabras juntas y que todas sean un maldito cotilleo —se rio Noah.

Carter que acababa de asimilar lo que había sucedido se echó a reír tan fuerte que a punto estuvo de escurrirse del banco. Las miradas desconcertadas de sus compañeros aumentaron sus carcajadas.

Eran una maldita panda de chismosos, pero también eran los tipos que le apoyaban en el hielo y que no habían cuestionado sus acciones cuando los chismes sobre sus infidelidades salían a todas horas en televisión. Además, la idea de una Carlie embarazada tenía su encanto.

—Definitivamente sois idiotas —replicó cuando pudo dejar de reír—. No está embarazada está avergonzada.

—No me metas en el saco —se quejó Howe—, yo dije que no me lo creía.

—¿Eso que significa? —preguntó Wesley, poniéndole mala cara a Howe.

—Eso, explícate —lo instó Dryden, aunque era evidente que todos querían conocer la respuesta.

—La última vez que bebió en una cena tuve que ir a buscarla y cargarla hasta la cama porque se desmayó. Desde entonces ha decidido ser abstemia.

—¿En serio?, ¿por qué?, ¿qué hay de malo en desmayarse de vez en cuando? —preguntó Hyden Parker.

—Por eso mismo estás soltero, Parker —se rio Lemieux.

Las bromas cambiaron el rumbo y se dedicaron a pinchar al defensa y su incapacidad para echarse una novia.

Terminó de quitarse la ropa y se metió en la ducha. Carlie se lo iba a pasar en grande en cuanto le contara lo que había sucedido. Por otro lado, estaba seguro de que sus compañeros, dado lo chismosos que habían resultado ser, pondrían al día a sus mujeres y las sacarían de su error.

Cuando salió para secarse y vestirse todavía se estaban burlando del pobre Parker.

—Dejadle en paz, envidiosos —estaba diciendo Bentley—. Lo que os molesta es que él está libre para conocer a quien quiera y vosotros estáis encadenados a vuestras mujeres.

Un coro de abucheos llenó el vestuario y Carter se rio de buena gana.

—Ser soltero es lo mejor. Los tontos sois vosotros por conformaros —siguió pinchándoles, a pesar de que casi pondría la mano en el fuego a que su amigo se olvidaría de su soltería si cierta organizadora de eventos se dignara a darle la hora.

—¿Has invitado ya a Carlie al fin de semana de los *All-Star*? —preguntó Bentley ignorando

a sus compañeros que seguían con ganas de bromas.

—La verdad es que no. Ni siquiera lo recordaba.

Bantley bufó. Ser invitado al fin de semana de las estrellas significaba ser el mejor entre los mejores y su amigo ni siquiera parecía darle importancia al asunto.

—Eres un asno —se quejó.

—Puede que tengas razón, pero igualmente he sido seleccionado.

—Ni que fueras el único. Yo también iré y —hizo una pausa dramática—, Caleb Blake también —se rio de buena gana cuando vio su expresión resentida.

—Si tienes pensado invitarla no tardes mucho porque es el primer fin de semana de febrero. Ya lo tenemos encima.

—Quiero invitarla. Me encantaría, de hecho. Lo que me preocupa es que mi padre también estará allí. No suele perderse ninguno y menos todavía siendo este año en Toronto.

—Tu padre es un imbécil, pero no va a hacer nada que le haga quedar mal ante la alta sociedad del *hockey* —apuntó Bentley muy serio.

—Aun así, no me fío de él.

—Hankersen, Howe y Lemieux también van a estar allí. Te cubrimos las espaldas. Ya lo sabes.

—Lo sé y tienes razón. Carlie es mi novia, debería pedirle que me acompañe.

—¡Obvio! Somos el equipo que más jugadores aporta, necesitamos gente que nos apoye —bromeó Bentley.

Carter asintió muy serio. No habían hablado de lo que había sucedido entre ellos porque había tenido que salir a toda prisa al entrenamiento, pero eso no le preocupaba porque habría tiempo para delimitar su relación.

Tenían confianza el uno con el otro y pasaban tiempo juntos siempre que podían, por lo que en algún momento sucedería. Además, estaba el hecho de que el que se hubiesen acostado solo era una adicción a su ya consagrada dinámica de pareja, real o ficticia, eso no era importante en ese momento. Lo que importaba era que siempre se habían comportado, prácticamente desde el primer momento en que decidieron dejarse ver juntos, como una pareja de novios, por lo que, quizás, hablar sobre lo que había pasado ni siquiera fuera necesario.

Estaban bien y Carter estaba seguro de que las cosas solo podían ir a mejor.



Capítulo 29

Era raro que Carter tuviera varias noches libres en la misma semana porque o bien estaba de viaje o jugando en casa. Afortunadamente, esa noche estaba libre había invitado a Carlie a su apartamento, emocionado porque iba a cocinar la cena, por primera vez en su vida.

Aunque el menú era un secreto, se había enterado por Leslie que se lo había dicho Jacob, que Carter se había pasado por su restaurante para pedirle ayuda.

Al parecer había ido las dos últimas mañanas, antes o después del entrenamiento, para practicar y aprender a hacer algo comestible para su cita.

Como era de esperar, Ares también estaba invitado, por lo que dueña y perro se prepararon para ir a su casa.

Estaba en la cocina preparando una bolsa con los cuencos y el pienso del perro cuando llamaron a la puerta. No esperaba a nadie, por lo que fue a abrir, dudosa de quién podía ser.

—¿No deberías estar cocinando? —preguntó al ver a su anfitrión de esa noche parado frente a ella.

Él le sonrió orgulloso.

—Lo he dejado todo preparado, pero he pensado que al traerte a Ares no podrías venir en taxi y he decidido venir a recogeros para que no tuvierais que venir andando.

—Bien pensado. ¡Gracias!

Se inclinó sobre él y dejó un suave beso en sus labios. El gesto fue tan espontáneo que ni siquiera se dio cuenta de que lo había hecho.

—Estaba en la cocina guardando los cuencos de Ares. En cinco minutos lo tengo todo listo —anunció caminando hacia la cocina—. Por cierto, usa tu llave. Para eso la tienes —dijo como si no fuera gran cosa.

—No quería asustarte al abrir yo mismo.

—No lo haces.

—Anotado y, deja los cuencos. No es necesario que cojas nada. Le he comprado un juego de bebedero y comedero ergonómico y una cama enorme para que no se suba a la nuestra.

Carlie rio encantada, no solo por lo tonto que era al creer que el perro iba a dormir en el camastro que le había comprado, sino porque había dicho «nuestra cama», no mi cama.

—Suerte con eso.

—Es enorme —se quejó—. Ocupa más espacio que nosotros.

—Lo sé, pero él se cree un bebé.

—Bueno, es nuestro bebé. Lo que me recuerda que no te conté lo que sucedió el otro día en el vestuario.

Carlie caminó hacia su dormitorio para ponerse el abrigo y coger sus cosas mientras Carter le contaba el despropósito de su supuesto embarazo.

La ocurrencia de las mujeres, después de que negara estar en cinta, le pareció tan surrealista que no pudo evitar reírse. Solo de pensar en la expresión de Carter mientras le soltaban la bomba sus ganas de reír aumentaban.

Salieron de su casa entre risas y bromas y se metieron en el coche. Carlie se dio cuenta de que Carter hasta había comprado un arnés para Ares y una manta para que los elegantes asientos de su coche no se llenaran de pelo.

En cuanto arrancó el motor, la radio se encendió y música de Rihanna, *Diamonds* invadió el pequeño espacio.

Carlie cerró los ojos y se dejó llevar por la música y la letra de la canción. De algún modo podía verse reflejada en ella.

Carter era tan brillante y hermoso que estar a su lado la hacía feliz. Incluso cuando su relación era una asociación para que ella recuperara su carrera había sentido que la Carlie que era con él era mucho más comprensiva, madura y cercana que la Carlie solitaria que solo se preocupaba por el trabajo.

Y como decía la letra cuando él la abrazaba se sentía viva, se sentía mucho más ella misma de lo que se había sentido cuando se negaba a reconocer que nunca lo había olvidado. Cuando había ahogado su dolor sacrificando su vida personal en favor de su carrera.

La canción terminó, pero ella siguió con los ojos cerrados, perdida en sus pensamientos. Carter no dijo nada, la dejó evadirse.

De hecho, no fue hasta que detuvo el coche en su plaza de garaje que se dio cuenta de que ya habían llegado.

Le sonrió y se quitó el cinturón para salir, pero él la detuvo, cogiéndola de las manos.

—Quería decirte que me han seleccionado para el fin de semana de las estrellas y me gustaría mucho que vinieras conmigo. Como mi novia. —Hizo una pausa, pero no dijo nada más. Parecía nervioso y Carlie pensó que el evento debía de ser especialmente importante para él. Era un reconocimiento ser seleccionado para el *All-Star*, ya que solo iban los mejores de cada uno de los equipos de la liga.

—Por supuesto. Me apetece ver a la élite del *hockey* —bromeó al notar que seguía tenso.

—No. Quiero decir sí. —Volvió a callar y la miró con fijeza.

—¿Va todo bien? —estaba empezando a preocuparse. Carter no solía quedarse sin palabras a

menudo.

—Eso espero. Lo que quería decir, lo que quiero decir —se corrigió—, es que me gustaría que me acompañases como mi novia.

—Lo sé —le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Ya he dicho que sí. Por supuesto.

—No. Como mi novia de verdad.

—¡Oh!

—Sí, eso —balbuceó, esperando a que dijera algo.

Ella le observó unos segundos antes de responder mientras su cerebro se aseguraba de que realmente le había dicho lo que ella creía haber escuchado.

—¿Tu novia?

—Mi novia —confirmó, expectante por su respuesta.

—Me encantaría. Asistir como tu novia, quiero decir.

Carter soltó el aire de golpe, como si hubiese estado aguantando la respiración, y cubrió la distancia que los separaba para besarla.

Escucharon a Ares quejarse por no salir del coche enseguida, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a romper el beso.

Carlie se removió en su asiento, tratando de profundizarlo, pero estaban demasiado lejos para que fuera el tipo de beso que ella deseaba.

Se separó de él con la respiración acelerada y, sin dejar de mirarle, saltó entre su asiento y el de Carter. Como si hubiese adivinado sus intenciones lo vio echarse para atrás con una sonrisa de aprobación, sus fuertes brazos la ayudaron a sentarse de manera que no se golpeará la espalda contra el volante.

Sin mediar palabra, Carlie lo besó. Sus lenguas se encontraron mientras enredaba los dedos en su cabello y él le agarró el trasero con sus grandes manos.

Ella empezó a derretirse por dentro. Sintió que se fusionaba y ardía al mismo tiempo. Ni siquiera recordó dónde se encontraban o el riesgo a ser fotografiados... Fueron los insistentes lloriqueos de Ares los que lograron que se apartara de su boca.

—Eres una temeraria —bromeó su novio con los ojos brillantes de deseo cuando recuperó el aliento—, sabes que hacer esto en público es delito, ¿verdad?

Ella soltó un resuello mezclado con una risa.

—No iba a hacer nada más que besarte.

—Créeme, si Ares no estuviera presente habría hecho mucho más que eso.

—¿Ares? —inquirió ella riendo.

—No podemos traumatizarlo. Es demasiado adorable.

Carlie se rio de él y de lo enamorado que estaba de su perro. Rezó para que en algún momento sintiera lo mismo por ella.



Capítulo 30

Carter amaba jugar al *hockey*. Lo había adorado siempre, desde la primera vez que se puso unos patines y su padre le dijo que tenía que golpear el disco y meterlo en la red. Y en todos esos años el sentimiento no había cambiado ni un ápice.

Seguía disfrutando del juego y de todo lo que tenía que ver con estar en el hielo, lo que le tenía un poco agotado eran los viajes largos que le alejaban de las personas a las que quería ver cada día.

Ocho interminables días por delante antes de que pudiera regresar a casa y ver a su chica.

Las Vegas, Colorado y California hasta que pudiera volver a besar a su chica y mimar a su perro.

—Deja de enfurruñarte y ven conmigo. Nos falta uno —le dijo Bentley al tiempo que le tiraba la almohada de su cama para que se levantara.

—No podemos ir al casino. El entrenador Foster nos lo ha prohibido —protestó.

No iba a meterse en problemas con su entrenador solo porque los idiotas de sus compañeros quisieran perder dinero en las salas de juegos.

—No vamos al casino. Vamos a jugar al póquer en el cuarto de Wesley y de Brown.

—¿Y Brown está de acuerdo? —inquirió, muy serio.

Su compañero de equipo era el menos revoltoso de todos. Era el veterano del equipo y como tal el más laureado. Además, era padre de familia y se desmadraba en muy contadas ocasiones.

—Por supuesto que lo está. Además, solo seremos nosotros cuatro.

—¿Qué hay de Hankersen y de Howe? Porque no le pides a alguno de ellos que se unan. Estoy cansado y no tengo ganas de jugar.

—No me digas que estás esperando a quedarte solo para llamar a tu novia y tener sexo telefónico.

—Lo cierto es que no lo había pensado, pero, buena idea.

—Ni de coña —antes de que pudiera hacer nada por escaquearse, Bentley ya lo había sacado a estirones de la cama, asiéndole un pie.

—Noah, déjame en paz —se quejó.

—Vas a venir conmigo. Te necesitamos.

—No me...

—Te necesitamos. En toda partida de póquer que se precie tiene que haber algún pardillo al que sacarle la pasta.

—Muy gracioso —se quejó, pero se levantó de mala gana y se calzó.

—Yo que tú dormiría con un ojo abierto —avisó, muy serio.

Su amigo no se tomó en serio la amenaza y se rio de buena gana mientras los arrastraba fuera del dormitorio que compartían hasta el de sus compañeros de equipo y de partida a solo unos metros en el mismo pasillo.

El maldito Noah Bentley le había engañado a base de bien. La habitación de Wesley y de Brown no tenía nada que envidiar a ninguna sala de póquer de la ciudad. Casi la mitad de su equipo estaba allí metido jugando, tan concentrados con sus cartas y sus bebidas que resultaba aburrido.

Carter nunca había sido un fanático del póquer, pero después de cómo se había portado su mejor amigo estaba decidido a ganarle hasta la ropa que llevaba puesta.

—Cuidado, Bentley, parece que Carter quiere desplumarte —anunció Howe entre risas.

—Sí, está un poco enfadado porque le he impedido disfrutar de su sesión de sexo telefónico.

—Vete a la mierda.

—¡Joder! Bentley, tiene razones para estar molesto —lo apoyó Howe mientras Hankersen asentía dándole la razón.

—Es una noche de chicos —se quejó—. Seguro que tiene otras oportunidades de disfrutarlo, pero no de jugar con nosotros.

—Digas lo que digas eso no se hace, tío —habló Brown.

—Y es por eso por lo que voy a dejarle sin una sola ficha esta noche.

—Me parece justo —Wesley le lanzó una mirada de censura a Bentley, pero no añadió nada más.

La bronca a Bentley siguió y cada vez que perdía una mano se llevaba los aplausos de sus compañeros, que se habían solidarizado con Carter.

Cuando se cansaron de jugar, se dio cuenta de que tenía dos llamadas perdidas de Carlie, pero ya era demasiado tarde para devolverla la llamada.

Mientras que en Las Vegas eran apenas las doce de la noche, en Boston ya eran las tres de la madrugada, de modo que se tragó las ganas de hablar con su chica y decidió ponerse una alarma para que no volviera a pasársele la hora al día siguiente.

—Venga, no te enfades. Me has ganado, ¿no?

Acababan de dar por finalizada la noche de póquer y ambos se dirigían a su propia habitación.

Carter, que no estaba de humor por haber perdido las llamadas de su chica, le dio una mirada matadora, pero no dijo nada.

- Vamos a tomarnos unas cervezas. Hace mucho que no lo hacemos.
- Acabamos de beber con los chicos.
- Con los chicos —repitió Bentley.
- De acuerdo. Una. Después de todo es demasiado tarde para llamar a Carlie gracias a ti.

El bar estaba bastante vacío, seguramente porque habían subido al que estaba situado en la azotea y que solo daba servicio a los clientes del hotel, y por tanto era más exclusivo.

Como hacían siempre, buscaron la mesa discreta y más alejada de la entrada, y esperaron a que uno de los camareros se acercara para tomarles el pedido.

Cuando dicho camarero se acercó ni siquiera les dedicó una mirada de reconocimiento por estar atendiendo a dos de los mejores jugadores de la liga. Carter se preguntó si era que no le gustaba el *hockey* o que estaba tan acostumbrado a servir a celebridades que no se inmutaba fácilmente.

—Por cierto, ¿has vuelto a ver a Melody?, ¿o la asustamos lo bastante como para no atreverse a volver a acosarte?

—No la he visto desde aquella vez que apareció en el hotel del equipo y no han publicado ninguna foto de la vez que me estuvo esperando en el aparcamiento del estadio y se me echó encima.

—Quizás se ha dado por vencida. Puede que sea una interesada, pero nunca me pareció tonta. El camarero regresó con sus cervezas.

Tras agradecerle, Carter se llevó la botella a los labios, al tiempo que pensaba en lo que había dicho su amigo.

—No es ninguna tonta, y por el bien de todos, espero que haya desistido en su afán de comprometerme —dijo después de beber.

—Si vuelve a aparecer llámame. Siempre estoy dispuesto a hacer de guardaespaldas —bromeó.

—Y esa es precisamente la razón por la que no te he asesinado esta noche.

—No me digas cosas tan bonitas que me conmueves.

—Idiota.

—¿Qué te acabo de decir?! —se quejó.



Capítulo 31

Tres semanas antes de San Valentín.

Ese día Carlie tenía en el programa como colaboradoras a su madre, quien contestaría las preguntas de los oyentes sobre relaciones, desde un punto de vista psicológico, y a Kelsey, quien iba a dar consejos sobre cómo organizar una cena romántica sin gastar dinero. La idea era que cualquiera pudiera sorprender a su pareja sin necesidad de que fuera un día señalado, por lo que Kelsey tenía intención de enseñar a los seguidores del programa que incluso una ensalada era un manjar sexy y romántico si se presentaba del modo adecuado.

El programa era un éxito, prácticamente desde el primer día de su estreno, en el que los jugadores de *hockey* habían colapsado la centralita de llamadas. Toda la atención que había ganado el programa propició que Jack hubiese comenzado a presionarla para que aceptara presentarlo, en lugar de tres días a la semana, todas las mañanas. Sin embargo, Carlie no estaba convencida de querer cargarse con tanto de trabajo. Tenía el canal de entrevistas y estaba recibiendo muchas peticiones de colaboraciones, por lo que su agenda estaba llena de sesiones de fotos y reuniones. Además, una de sus máximas al regresar a Boston había sido trabajar menos y vivir un poco más.

Lauren les anunció, a través de los auriculares, que estaban a punto de entrar en antena y Carlie se preparó para saludar a sus fieles seguidores.

En cuanto se abrieron los teléfonos las líneas se llenaron de llamadas con preguntas para su

madre, aunque hubo algunos oyentes más interesados en preguntarle cómo era Carlie de niña, si había sido buena estudiante y cosas por el estilo. Por suerte, tanto su madre como todos en el estudio se lo tomaron con buen humor.

Su progenitora era demasiado observadora y Kelsey estaba más nerviosa de lo habitual, por lo que Carlie no se sorprendió cuando, tras las llamadas, se ofreció a contestar a las preguntas de los colaboradores en la cabina. Como era lunes, solo estaban Carlie, Kelsey y ella misma, lo que llevó a madre e hija a mirar a Kelsey con fijeza.

La aludida suspiró sonoramente, resignándose a soltar la pregunta que no dejaba de dar vueltas en su cabeza:

—¿Es posible que una relación que no funcionó la primera vez sea un éxito en un segundo intento?

Aunque la pregunta tenía que ver con la experiencia de su amiga, se dio cuenta de que también podía aplicarse a ella misma, y su interés en la respuesta aumentó.

—Eso depende de los motivos por los que no funcionó la primera vez —trató de ser diplomática—. ¿Qué hizo que la relación no cuajara?, ¿fue por un error insalvable?, ¿falta de comunicación? Hay que tener en cuenta estos factores a la hora de ver si un segundo intento es viable o no. A veces hay que dar carpetazo a lo que no funciona y otras lo que una relación necesita es que haya una comunicación fluida en la pareja y, por supuesto, respeto.

Ni Carlie ni Kelsey se quedaron muy contentas con la contestación, pero decir algo más las delataría y no estaban por la labor de compartir sus miserias con los oyentes de *Heartbeat*.

—Y para despedirnos y hacer honor al nombre del programa os dejamos con *Heartbeat* de BTS.

Que la letra fuera prácticamente la historia de su relación con Carter no tenía nada que ver para que la hubiese elegido ni con que el título fuera, exactamente, el nombre de su programa de radio.

Después de salir a comer con su madre y con Kelsey tras el programa, regresó a casa para trabajar un poco en el canal. Ya tenía cerradas las dos próximas entrevistas, por lo que le quedaba investigar a los invitados para saber qué preguntarles y hacer que se sintieran cómodos con ella.

Sin embargo, antes de ponerse a ello decidió salir a pasear con Ares, quien era evidente que echaba de menos a Carter casi tanto como ella.

Todavía quedaban unos días para que regresara a casa y la diferencia horaria les estaba impidiendo hablar más de lo esperado, dado que se trataba de un desfase de apenas tres horas.

El día anterior se había despertado por la mañana con una serie de fotografías de Carter y sus compañeros jugando al póquer en lo que parecía una habitación de hotel. El número desde el que las había recibido no lo tenía guardado en los contactos, por lo que inicialmente dudó de a qué se debía que se las hubiesen enviado, pero tras fijarse en el nombre que aparecía en la aplicación de mensajería dedujo que era el teléfono de Bentley.

Le agradeció por las imágenes e intercambió varios mensajes con el jugador, enterándose de que Carter estaba enfadado con él porque le había arrastrado a la partida y se le había hecho tarde para llamarla.

Saber que Carter se había molestado tanto como ella por no poder charlar la hizo sentir mejor.

Intentó correr con Ares, pero su perro se había acostumbrado al ritmo que le marcaba su nuevo dueño político y Carlie le parecía demasiado lenta. Al final los dos acabaron agotados del paseo. Regresaron a casa y tras darse una ducha y ponerse ropa cómoda se puso a trabajar en el

canal.

Cuando se dio cuenta de que tenía hambre era mucho más tarde de lo que esperaba. Se levantó de su escritorio y se encaminó hacia la cocina decidida a guarrear y comerse un bol de fideos de los que guardaba para emergencias o para días como ese, en los que no tenía ganas de cocinar.

Puso el hervidor a funcionar y se sirvió un vaso de agua que llevó a la mesa de la cocina junto con un juego de palillos y galletitas saladas.

Ares reclamó también su cena y mientras se la servía sucedieron dos cosas a la vez: el hervidor de agua se apagó al llegar a la temperatura correcta y su teléfono sonó en su despacho.

A toda prisa vertió el pienso en el comedero de su mascota y salió corriendo hacia su despacho para contestar a la llamada.

Descolgó con una sonrisa tonta en los labios.

—Hola —saludó.

—Hola —le respondió él—. ¿Dónde estás?

—En casa. Iba a ponerme a cenar.

—¿Tienes mucha hambre? —preguntó con interés.

—¿No?

Él se rio por el modo en que ella contestó siendo más una pregunta que una respuesta.

—Es solo que ayer Bentley me dio una idea y pensaba que, quizás, te gustaría probar.

—¿Qué idea? —inquirió con curiosidad.

Bentley no había mencionado nada cuando se mensajearon esa misma mañana.

—Sexo telefónico.

—Lo cierto es que no tengo nada de hambre —se apresuró a responder.

Carter se rio encantado por el cambio en ella.

—Perfecto. Vamos a cambiar a videollamada.

—De acuerdo. Hagámoslo.



Capítulo 32

Menos de dos semanas para San Valentín

Carter había viajado unos días antes con sus compañeros de equipo a Toronto mientras que Carlie había tenido que salir más tarde porque tenía un programa que presentar y dirigir.

Las chicas: Serena y Ava, que también estaban libres, se habían adelantado prometiéndole que cuando ella llegara ya estarían al tanto de cuál era el mejor pub para celebrar los logros de sus hombres.

Ese viernes, Carlie lo tenía todo preparado para ponerse en marcha después de que *Heartbeat* terminara. Sus padres iban a quedarse con Ares, por lo que en ese aspecto podía estar tranquila. Además, Kelsey se había ofrecido a llevarla al aeropuerto, lo que le aseguraba llegar con tiempo y no tener que salir corriendo en el último minuto.

Lo tenía todo controlado y debidamente organizado y, aun así, estaba de los nervios.

El vuelo a Toronto duraba poco más de cuatro horas, por lo que se había llevado trabajo con el que entretenerse. Estaba segura de que iba a hacer poco ese fin de semana y el lunes había programa nuevo, lo que la obligaba a trabajar en el avión para dejarlo todo cerrado.

Gracias a lo organizada que era, las preguntas para la entrevista del canal ya estaban preparadas y solo necesitaba que Howe le dijera cuándo le venía bien grabarla.

Su primera opción había sido entrevistar a Carter, pero sería tan evidente que había utilizado su relación con él para su propio beneficio que optó por evitar las habladurías entrevistando a

Levi Howe, quien le había caído maravillosamente desde el primer cruce de palabras.

Tal y como había previsto llegó con tiempo para facturar e incluso pudo adelantar trabajo mientras esperaba a que asignaran un puerta a su vuelo y se abriera el acceso.

Guardó sus cosas de nuevo cuando el vuelo apareció en los paneles y se encaminó hacia allí cargada con su bolso, el abrigo y la bolsa en la que llevaba el portátil, la cámara y las luces. Como volaba en clase *business* fue una de las primeras en acceder al avión. Se sentó una vez que localizó su sitio y sacó su ordenador para trabajar.

Estaba tratando de retomar el hilo de lo que había estado haciendo cuando una voz femenina la llamó.

Alzó la cabeza para toparse con una chica rubia que le resultaba levemente familiar, aunque no lograba ubicarla.

—Hola —saludó confusa.

La mujer rio, sin parecer ofendida.

—Soy Avery. Nos conocimos en el *After Hours* —explicó—, en su baño en realidad.

El recuerdo acudió a la mente de Carlie que asintió, sorprendida por lo pequeño que era el mundo.

—Sí, la chica del consejo.

—Esa misma.

El pasajero que tenía su asiento junto al de ella se detuvo para mirarla con una disculpa en los ojos. Carlie imaginó que Avery se excusaría y regresaría a su asiento, pero en lugar de eso centró su atención en el hombre parado en mitad del pasillo.

—Perdone, ¿le importaría cambiarme el sitio? —preguntó toda dulzura y sonrisas—, mi asiento es ese de ahí. —Señaló el que estaba en el lado izquierdo del avión. Era un cambio de ubicación no de clase, por lo que el pasajero aceptó con amabilidad.

—Muchas gracias.

—De nada, señorita.

Avery tomó asiento al lado de Carlie con una sonrisa victoriosa en los labios.

—¡Oh! Lo siento. Ni siquiera te he preguntado si te parecía bien.

Aunque desconcertada, asintió.

—No hay problema.

Aunque no podía evitar la sensación de que la actitud de la mujer era extraña, igual que lo había sido cuando coincidieron en el cuarto de baño del pub, donde no hizo otra cosa más que mirarse al espejo.

Trató de ponerse a trabajar, pero su inesperada compañera de viaje no parecía dispuesta a permitirselo.

—¿Para qué vuelas a Toronto?, ¿negocios o placer?

—Ambas, supongo —después de todo tenía previsto entrevistar a Howe en uno de los descansos de las actividades—. ¿Y tú?

—Voy a ver a mi novio, mi prometido en realidad. Está en los *All-Star*.

—¡Oh!

Carlie sintió un nudo en el estómago que nada tenía que ver con que estuviera en un avión a punto de despegar. La actitud de Avery desde el primer instante había sido extraña, pero su comentario sobre los juegos sonaba más a una provocación.

Las azafatas hicieron su habitual demostración antes del despegue y cualquier tipo de pregunta al respecto que Carlie pudiera hacer pasó de largo.

Guardó todo lo que tenía en la mesa para el momento de despegar y se puso el cinturón de

seguridad. Tras unos minutos de incomodidad, el avión se estabilizó y la luz que avisaba que había que llevar los cinturones se apagó.

Sin mirar a Avery volvió a sacar su ordenador y se puso a trabajar.

—¿Eres una adicta al trabajo? —le preguntó en un tono socarrón que chocaba con su anterior dulzura.

—No. Lo que sucede es que planeo pasar el fin de semana con mi novio y no quiero que nada me interrumpa, de ahí que vaya a dejar los pendientes solucionados antes de encontrarme con él.

—Tu novio. Lo conozco. Estuve con él en Detroit.

—¿Disculpa?

Ella se rio y se llevó una mano a los labios como si se arrepintiera de haber soltado la información.

—Lo siento. No ha sonado bien.

—No, no lo ha hecho.

—Lo que quería decir es que choqué con él en Detroit y tuvo la amabilidad de invitarme a un café para compensarme por el golpe.

Había tanta maldad velada en su comentario que Carlie descartó cualquier pensamiento sobre qué pasó algo más que lo que ella le estaba diciendo en ese instante.

Ni siquiera iba a tener en cuenta el tiempo en que Carter tardó en responder cuando le envió los lugares de interés de la ciudad. Que se hubiese encontrado por segunda vez a Avery, y que en ambas ocasiones hubiese establecido una conversación con ella, era demasiada casualidad para que no le pareciera sospechoso.

—También hablamos en la gala benéfica por el deporte.

—¡Qué casualidad! Yo también estuve allí y no te vi.

Avery se encogió de hombros.

—Todavía no nos conocíamos. Tal vez nos cruzamos y no nos dimos cuenta.

—Pero tú sí que sabías quién era cuando nos encontramos en el cuarto de baño. Si no recuerdo mal me dijiste que eras una seguidora.

Avery parpadeó varias veces antes de volver a sonreír toda dulzura e inocencia.

—Estaría despistada. Te prometo que no te vi.

—Te creo.

Carlie le devolvió la sonrisa, tan falsa como la de ella y puso su atención en el trabajo que tenía pendiente.

La mujer sentada a su lado tenía motivos ocultos para lo que estaba haciendo y ella tenía previsto descubrir cuáles eran y qué papel jugaba ella en ellos.



Capítulo 33

En cuanto salió de los controles del aeropuerto se topó con Serena y Ava agitando las manos. Fue un detalle que hubiesen ido a recogerla. Avery, quien se le había pegado a la cadera no solo durante el vuelo, sino también al bajar de él, pareció recluir en cuanto vio que Carlie iba a tener compañía.

—Me ha encantado volver a verte, Carlie —se despidió—. Espero que volvamos a coincidir en otra ocasión y pueda presentarte a mi novio. ¿Quién sabe? Tal vez sea antes que después. Al fin y al cabo vamos al mismo lugar.

—Sí, ¿quién sabe?

Sin añadir nada más Avery se dio la vuelta para salir por otro lado. Carly sacó a toda prisa su teléfono y se puso a hacerle fotografías, con la intención de tener una prueba gráfica de la mujer. Aunque había intentado que ella le dijera su apellido la había esquivado para no dárselo y Carlie había tenido que recluir para no ser tan obvia.

Guardándolo en su abrigo, salió para encontrarse con las chicas.

—¿A qué ha venido tu faceta de paparazzi? —inquirió Serena.

—Me ha pasado algo muy raro con esa chica. ¿La habéis visto?

Ava asintió.

—Sí, me suena bastante. La verdad, aunque no podría decir de dónde.

—¿Qué te ha pasado con ella? —preguntó Serena, al tiempo que se apartaba su larga melena dorada de la cara.

Carlie no perdió el tiempo y les habló de su encuentro en el baño del *After Hours* y de cómo había forzado sentarse a su lado en el avión para después soltarle que había conocido a Carter y que tenía un prometido que estaba en los *All-Star*.

—Tienes razón. Es raro —corroboró Ava.

—Más que raro yo diría que es sospechoso —intervino Serena—. Deberías preguntarle a Carter acerca de ella.

—No quiero que piense que desconfío de él.

—Cuéntale todo y lo entenderá.

Carlie asintió para dejar el tema, pero no estaba segura de que fuera buena idea decírselo a su chico, y mucho menos en medio del fin de semana de las estrellas.

Quizás era una tonta redomada, pero no creía que Carter la estuviera engañando. Confiaba en él y lo cierto era que le preocupaba más que estuvieran tratando de desacreditarlo.

La actitud de Avery era demasiado sospechosa como para que otra cosa tuviera sentido. Eso unido al repentino acoso de Melody Bell, la tenía con la sensación de que en todo ello había gato encerrado.

—¿Lista para irnos al hotel? Aunque te aviso que Ava y yo solo vamos a dejarte un par de horas para que descanses y te arregles, después vamos a disfrutar de los encantos de la ciudad. Ya le hemos echado el ojo a un pub con muy buena pinta.

—De acuerdo —aceptó sonriendo.

—Y mañana tenemos sesión de spa en el hotel. Espero que hayas traído bikini.

—Lo cierto es que no —confesó.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que el hotel tuviera una piscina o una zona de spa.

—Sin problemas —zanjó Ava—, ya tenemos una excusa para salir de compras.

—Ni que necesitáramos una —se rio Serena.

—No lo hacemos, pero ahora la tenemos.

El comentario las hizo reír y Carlie se encontró a sí misma pensando en que desde que se había mudado a Boston la suerte se había puesto de su lado, otorgándole amistades nuevas y algunas viejas que la distancia había enfriado, un trabajo que adoraba y que le permitía tener una vida, y un novio al que amaba y que la hacía feliz.

Serena había alquilado un coche para moverse por la ciudad, por lo que la llevaron sin retrasos al hotel. Carter le había dado una tarjeta llave de acceso de su habitación a Ava porque ellos estaban entrenando en ese momento para el partido de las estrellas en el que se establecían dos equipos con los jugadores asistentes, y se celebraba un encuentro que los enfrentaba, la mayoría de la veces a compañeros de equipo o incluso a amigos. También había pruebas de velocidad y cosas por el estilo, pero la guinda del fin de semana era el partido.

Con la tarjeta en la mano, la maleta en la otra y unas ganas inmensas de darse una ducha, Carlie se dirigió hacia la zona de ascensores y esperó hasta que uno de los dos llegara al vestíbulo.

Poco menos de un minuto después de haberlo pedido las puertas del ascensor se abrieron y ella entró. Notó que alguien que llegaba corriendo antes de que estas se cerraran accedía también. Se apartó para dejarle sitio, a pesar de lo grande que era y pulsó el botón de su planta.

Fue cuando la llamaron que se fijó en la otra persona con ella en el ascensor.

—Carlie, hola —la saludó Caleb Blake con una sonrisa—. Alisha también ha venido. Llámala, estoy seguro de que le encantará saludarte.

No había ni una pizca de falsedad o animosidad hacia ella en su tono.

—Gracias.

Él pareció desconcertado.

—¿Por qué?

—Por ser amable conmigo después de todo lo que ha pasado.

—Sigo pensando que Morton es un imbécil por dejar escapar a una mujer como Alisha, pero contigo me siento más agradecido que molesto.

—¿Agradecido?

Asintió muy serio.

—Por presentarle a Alisha a tu amiga la organizadora de eventos. Mi chica estaba estresadísima con la boda y Kelsey ha sido una bendición.

—Me alegro mucho de que hayan congeniado tan bien, y de verdad que siento mucho el modo en que lleve las cosas.

—No lo hagas. Salí ganando, me quedé con la chica —dijo con un guiño pícaro.

El ascensor se detuvo en la planta de Carlie y esta se despidió de Caleb, mucho más ligera de lo que había entrado.

Con su *trolley* rodando tras ella buscó el número de habitación y cuando dio con él abrió la puerta y entró.

Estaba claro que era una habitación de lujo porque todo en ella anunciaba clase, aunque lo que realmente captó su atención fue la enorme cama de matrimonio que dominaba la estancia.

Se dio cuenta de que era la primera vez que iba a compartir una habitación de hotel con Carter. Parecía mentira que esta fuera su segunda vez saliendo y que hubiera tantas cosas, típicas de cualquier noviazgos, que no habían hecho.

Por suerte, tanto ella como Carter estaban decididos a vivir nuevas experiencias juntos. Se sonrojó al recordar la videollamada que habían compartido hacía unos días, y tratando de no pensar en ello subió su maleta a la cama, sacó ropa limpia y se dispuso a meterse en la ducha para quitarse el cansancio del avión.

El cuarto de baño era tan espectacular como el dormitorio, y lo mejor de todo era tamaño de la ducha, enorme y llena de los productos de aseo de Carter, por lo que usarlos sería como ser abrazada por él durante todo el día.

Se despojó de la ropa y se metió bajo el chorro de agua caliente, peleándose por entender el panel que tenía delante. Dependiendo del botón que presionaba el agua salía por un cabezal u otro.

Suspiró cuando dio con el que le gustaba y se sobresaltó cuando escuchó a alguien hablar:

—¿Ese suspiro es por mí? —preguntó Carter, quien debía de haber entrado sigiloso porque ni cuenta se había dado de que estaba allí.

—Podría —replicó, coqueta.

—¿Quieres compañía? —preguntó al tiempo que se deshacía de su camiseta y pateaba sus zapatillas.

Llevaba el pelo mojado, seguramente por la ducha que se había dado después del entrenamiento, pero Carlie no iba a desaprovechar la oportunidad que tenía delante. Llevaba días sin verle y lo había echado de menos.

—Sí, por favor.

—Tan educada —rio él, ya completamente desnudo.

Entró en la ducha y la asió con ambos brazos de la cintura para acercarla a él y besarla.

—Te he echado de menos —confesó—, y a Ares también.

Carlie rio.

—¿Tengo que ponerme celosa? Parece que quieres más a mi perro que a mí.

—De ninguna manera. Te quiero —le soltó sin dejar de mirarla a los ojos.

Era la primera vez que se lo decía. Ni siquiera lo había dicho hacía cinco años cuando fueron pareja.

Carlie abrió los ojos por la sorpresa.

—Yo también te quiero —dijo finalmente.

—Me alegra saber que no soy el único en eso —se rio, nervioso y emocionado.

—No lo eres.

La besó con tanta intensidad que le arrebató el aliento, la estabilidad de sus piernas y su capacidad de pensar, todo con el primer lametón de su lengua.



Capítulo 34

Las chicas le habían enviado un mensaje para salir a tomar algo con ellas y comprar su bikini. Habían cumplido con su palabra y le habían dado un par de horas de descanso.

El problema era que Howe había contestado a sus mensajes para establecer una cita para la entrevista y él le había dicho que estaba libre en ese mismo momento. Después con el programa que había organizado la liga para el *All-Star* iba a estar complicado encontrarle un hueco.

Aprovechando que Carter se había quedado frito en la cama después del entrenamiento en el hielo y de mantener el equilibrio en la ducha con otra persona encima, aceptó y se preparó para pasarse por su habitación.

Contestó a las chicas que le dieran una hora más, porque había quedado con Howe para la entrevista y tras darle un beso en la mejilla al hombre dormido en su cama, le escribió una nota para que supiera donde estaba y donde iba a estar después. Iba a dejarla al lado en la almohada para que la viera cuando se despertara cuando una mano la asió de la muñeca y tiró de ella.

—No te vayas —protestó somnoliento.

—He quedado con Howe dentro de cinco minutos y después voy a ir con las chicas a tomar algo y a comprarme un bikini.

La mención al traje de baño le despertó por completo porque se incorporó en la cama y la miró con interés.

—¿Un bikini?

—Sí, tenemos reservas para ir al spa mañana. El problema es que como no sabía que Serena

lo había organizado no he traído nada que ponerme.

La sonrisa lobuna de Carter la hizo reír.

—¿Qué estás pensando ahora mismo?

—Pienso que, quizás, sería buena idea acompañarte y ayudarte a elegir el bikini que mejor te sienta. Ya sabes que me encanta ser útil.

Ella rio.

—¿Pero no crees que sería mucho más divertido que vaya de compras con las chicas y te sorprenda con lo que escoja? Puedo ponérmelo y pasearme con él para que lo veas desde todos los ángulos.

Hizo como que se lo pensaba unos segundos para luego empujarla debajo de él en la cama.

—Me encanta la idea. Solo tengo una petición.

—¿Y cuál es?

—Que sea pequeño. Ya sabes, para que no te deje marcas y esas cosas.

Carlie se rio de buena gana incluso cuando era besada hasta dejarla sin aliento.

El compañero de su novio estaba esperándola a solo un par de habitaciones más allá de la suya propia. Le abrió la puerta en cuanto llamó, ataviado con un jersey que acentuaba el color de sus ojos y unos vaqueros.

—Adelante, por favor.

—Gracias. ¿Estás listo para someterte a mi tercer grado? —la pregunta era una broma, pero lo vio tensarse en respuesta a ella—. Te prometo que voy a ser buena —bromeó—, solo preguntas fáciles.

—Si no me siento cómodo con alguna...

—La editamos y la borramos. No busco morbo. Esa Carlie se quedó en Nueva York, solo quiero mostrar a mis invitados tal y como son, dejarles ser ellos mismos, compartir con sus seguidores lo que ellos quieran.

»Ya hay bastante distorsión en los programas de la televisión e incluso en las redes sociales donde nunca sabemos que hay de cierto y de incierto en lo que vemos.

—Tal vez no quiera mostrarles quién soy realmente —comentó, tratando de que sonara a broma y fallando estrepitosamente.

—Pues deberías porque eres un tipo genial —se acercó a él como si fuera a compartir un secreto—, no se lo digas a Bentley, pero tú eres mi favorito —dijo y le guiñó un ojo.

La broma logró su cometido y Howe pareció relajarse un poco.

Carlie colocó la cámara y el aro de luz en la zona de los sillones, junto a la ventana, y comenzó con preguntas de calentamiento para que se diera cuenta de que iba a ser solo una conversación entre amigos.

Poco más de cuarenta y cinco minutos después le preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—¿Ya hemos terminado?

—Lo hemos hecho. Tengo todo lo que necesito grabado. No ha sido tan malo, ¿verdad?

—Para nada. Lo cierto es que me he divertido.

—Me alegro. Dame cinco minutos que recoja y estaré fuera de tu habitación.

—No te preocupes. No hay prisa.

Carlie ya había apagado la cámara y estaba recogiendo sus cosas cuando recordó que Howe era el que se había ganado la subaste de la membresía vitalicia en el gimnasio de su amigo.

—Por cierto, ¿qué tal te va con Kenneth? —preguntó despreocupadamente.

La expresión de puro terror que puso Levi ante su pregunta la dejó desconcertada por unos

segundos. Lo vio recomponerse, pero Carlie ya había captado el gesto y un millón de preguntas se agolpaban en su cerebro.

—¿Te refieres a la membresía en el gimnasio?

Ella asintió sin hablar.

—Muy bien —dijo, pero era evidente que se sentía tan incómodo como ella.

Lo vio deshincharse en la silla.

—¿Podrías, por favor...?

—No se lo diré a nadie —le cortó—. Consciente de lo incómodo que se sentía—, ni siquiera a Carter.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer.

—Fue una locura pujar por la membresía, pero tenía curiosidad por el gimnasio y esa era la forma menos evidente de ir.

—¿Y qué tal?

—Ahora todo lo demás se ha vuelto más difícil.

Carlie puso su mano sobre su antebrazo, ofreciéndole consuelo. Era consciente de que jamás podría llegar a comprender lo que era ser un atleta y una persona queer al mismo tiempo, pero había sido amiga de Kenneth durante toda su vida y le había visto sufrir por ello, por lo que, aunque fuera mínimamente, podía comprender el desconsuelo de Howe.

—No sé si hay alguien más que lo sepa, pero puedes hablar conmigo siempre que lo necesites —ofreció.

Lo vio asentir.

—Gracias. Tengo una hermana y a mis padres.

—Me alegro de que tu familia te apoye.

—¿Sabes? Carter tiene suerte de tenerte —comentó con seriedad—. Lo pensé la primera vez que hablamos y cada vez que hemos estado juntos me has hecho afirmarme en esa primera impresión.

—Como he dicho antes, tú eres mi favorito.

Los dos se sonrieron y unos minutos después Carlie se despidió para ir a dejar sus cosas en la habitación que compartía con su chico y salir de compras con Ava y Serena.



Capítulo 35

Había tenido suerte durante los primeros días, decidió Carter, cuando al girar un pasillo del hotel en el que se hospedaba, con el resto de las estrellas de la liga y su propia novia, se encontró de frente con su padre. Había creído que superaría el evento sin tener que hablar con él, pero al parecer no era tan afortunado como había creído porque o era abiertamente hostil y le evitaba, o no tenía más remedio que ser políticamente correcto y saludarle.

Ni siquiera tuvo la opción de elegir cuando Julian Morton le vio. Estaban en un lugar público, con más personas mirándolos y pendientes de cada uno de sus movimientos, por supuesto que iba a ser un hipócrita y a decirle a su hijo lo mucho que se alegraba de verlo y lo estupendamente que estaba jugando esa temporada.

Viéndolos juntos nadie podría dudar del grado de parentesco que les unía.

Carter era la versión mejorada y más joven de su padre que, a mediados de los cincuenta, seguía teniendo el aspecto de un hombre quince años más joven.

—Aprovecho el encuentro para decirte que me caso —soltó a bocajarro Julian.

—¿Perdón?

—No soy tan viejo como para que te escandalices —se burló, tratando de quitarle hierro al asunto por si había alguien con la oreja pegada y escuchaba su conversación.

—No he dicho eso. Solo es una sorpresa.

—Soy un tipo de sorpresas. Ya lo sabes, o quizás, no —el comentario sonó enigmático, pero no le dio la menor importancia.

—Imagino que tu prometida es más joven que tú —aventuró conociéndolo.

Su padre le lanzó una mirada fulminante, pero se limitó a asentir.

Carter hizo el amago de irse. Estar cerca de su padre lo alteraba y después de saber que tenía previsto casarse necesitaba encontrar un lugar tranquilo y llamar a su madre. Necesitaba que ella lo supiera para que nadie pudiera usar esa información para hacerle daño.

—Felicidades por tu compromiso, supongo. Tengo que irme.

—Mi prometida está aquí. —Lo detuvo, asiéndole del brazo—. Me gustaría que la conocieras. Estoy seguro de que te va a encantar —lo dijo con una mezcla de sarcasmo y de burla.

Carter imaginó que lo decía por su madre, porque pensaba que ella no estaría muy contenta si se enteraba de que había conocido a la prometida de su padre, pero él no estaba preocupado por eso. Ella jamás comentaría nada al respecto. Puede que no se fiara de su padre y que le alertara al respecto, pero la mujer de su padre no tenía nada que ver con sus jueguecitos, por lo que ella no iba a juzgarla por algo en lo que la chica no tenía voz ni voto.

—Quizás nos encontremos por ahí —respondió de un modo neutral y tras hacerle un gesto con la cabeza se alejó a toda prisa de él.

Pensó en regresar a su habitación, pero al final optó por dirigirse hacia el bar del hotel. Vio a sus compañeros sentados alrededor de una mesa, pero tras hacerles un gesto de que esperaran llamó a su madre, que respondió antes del segundo tono.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el fin de semana de las estrellas?, ¿has ganado alguna competición? —quiso saber.

—Bien y sí, soy el jugador más rápido —le dijo un poco avergonzado de haberse llevado el título por mucho menos de un segundo—, pero hay algo que necesito contarte.

Ella suspiró resignada.

—¿Es sobre tu padre?

—Sí.

—¡Dispara! —pidió con una risita alegre—, ¿qué ha hecho ahora?

Carlie estaba con las chicas en los vestuarios a punto de entrar al spa cuando su teléfono, que acababa de dejar en la taquilla que le había sido asignada, sonó de repente. Iba a dejarlo correr, pero siguió sonando insistentemente.

—Lo siento —se escuchó mirando a Serena, que estaba a su lado cambiándose.

—Puede ser importante —se encogió de hombros.

Respondió antes de que colgaran por tercera vez y la persona que le contestó era quién menos se esperaba que fuera a llamarla.

—Hola, Carlie. Soy Melody Bell y hay algo importante que necesito hablar contigo.

—No creo que...

—Lo siento —la cortó—, pero estoy segura de que lo que tengo que decirte te interesa. Es sobre Carter y el motivo por el que he estado persiguiéndole las últimas semanas.

—¿El motivo?

—Digamos que no fue idea mía.

Carlie hizo una pausa, sintiendo como Serena y Ava parecían intrigadas por su conversación.

—¿No puedes contármelo por teléfono? Para eso me has llamado, ¿no?

—No, te he llamado para que nos veamos.

—Lo siento, Melody, no estoy en Boston sino en Canadá.

—Lo sé. Yo también estoy en Toronto. ¿Podemos vernos dentro de media hora en la cafetería *Moments*?, ¿sabes dónde está?

—No, pero la encontraré. Media hora.

—Gracias, Carlie.

—Francamente, espero que merezca la pena porque voy a perder mi reserva en el spa solo para ir a verte.

—Lo hará —dijo antes de colgar.

Carlie se dio la vuelta para disculparse con las chicas por tener que dejarlas tiradas, pero se encontró con que las dos ya estaban volviendo a vestirse.

Fue Serena, como siempre, la que tomó la iniciativa:

—No tienes coche. Vamos a llevarte.

—Lo que Serena quiere decir es que no vamos a dejar que vayas sola a ver a esa mujer. Hemos pillado poco, pero sí que estabas hablando con una tal Melody y que la cosa tenía que ver con Carter.

—Gracias. Siento lo del spa.

—No hay problema. Volveremos a reservar —zanjó Serena, muy seria—. Ahora que alguna de vosotras saque su teléfono y busque la dirección de la cafetería. Yo soy la conductora asignada. No es mi trabajo.

Carlie escondió su sonrisa. Cada vez estaba más convencida de que había tenido mucha suerte con los cambios que había hecho en su vida, porque habían traído consigo personas maravillosas que se alegraba de haber conocido: las chicas, Howe...

No les resultó difícil encontrar la cafetería en la que les esperaba Melody. Estaba en el centro y en una zona en la que abundaban los cafés. Como era de esperar la ambientación era de *hockey* y Carlie se preguntó si ese había sido el motivo por el que Melody lo había elegido.

Las tres entraron en el local y la vieron sentada sola en una mesa. Lo primero que le llamó la atención sobre ella fue que iba vestida como una chica normal: vaqueros, un jersey grueso, botas y una parka que había colgado de su silla.

Nada que ver con la mujer explosiva de vestidos ajustados y melena al viento que recordaba de sus encuentros anteriores.

Se acercaron a su mesa y tomaron asiento, saludándola. Si Melody se sorprendió al ver que no había ido sola tuvo el buen tino de no decir nada al respecto.

—Gracias por venir.

—No me las des y dime qué es lo que se supone que necesito saber —apremió Carlie—. Y sobre todo, cuéntame por qué si es algo de Carter no se lo has dicho a él.

Melody sonrió con tristeza.

—Digamos que no tengo acceso al número de Carter.

—¿No tienes su teléfono? —preguntó confundida.

—Sí que lo tengo.

—La tiene bloqueada —adivinó Serena, sentada a su lado.

—Exactamente eso.

—Entiendo.

—Igualmente, iba a tratar de hablar contigo. Fuiste muy amable cuando estuve en tu programa, sentí que serías más comprensiva con lo que tengo que contar.

—Trataré de serlo.

Melody asintió.

—Hace unas semanas recibí una llamada. Fue después de que Carter dijera en la televisión que estaba contigo y que había sido su padre la persona que había filtrado la información. Era una mujer que me dijo que quería ofrecerme un trabajo. Al principio no estaba muy segura de

que no fuera algo peligroso, pero me dijo que no había problema y que podía ir con quien quisiera, si con eso me hacía sentir más segura. Quedamos en un bar de Nueva York al que me acompañó mi mejor amiga. Al llegar no solo estaba la mujer que me había llamado, sino que también había un hombre con ella. Un hombre que era una versión más vieja de Carter.

—¿Su padre?

—Sí. Me dijo que necesitaba que le pusiera en alguna situación comprometida y que necesitaba preferiblemente vídeos, aunque podría aceptar fotografías si eran explícitas. A cambio me daría medio millón en metálico.

»Me avergüenza admitir que acepté, pero necesitaba el dinero y aparentemente el trabajo era fácil. No contaba con que Carter hubiese cambiado y se alejaría de mí a toda prisa en cuanto me viera. Igualmente, después de desastre que fue esperarle en el aparcamiento del estadio, Julian me pagó un billete de avión y una habitación para que volviera a hacer un intento en Chicago. Después del segundo fracaso me dijo que ya no me necesitaba y envió a otra persona a Detroit.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Ava, interviniendo por primera vez.

—Le escuché hablar con la mujer, creo que es su prometida. Parece ser que necesita tener algo en contra de su hijo para chantajearle si él intenta sacar al aire sus trapicheos. Fue bastante incisivo durante la entrevista al respecto.

—¿Estás segura de que era su padre? —preguntó Serena, tratando de ayudar.

—Lo estoy.

—¿Sabes quién era la otra chica que envió? —preguntó Carlie dejándose llevar por una corazonada.

—Sí. Ya te digo que creo que era su prometida.

—¿Pretendía que su hijo se acostara con su pareja? —inquirió una Ava escandalizada.

—No. Quería que le sacara fotografías después de noquearle.

—¿Iban a drogarle?

—Es posible. No escuché nada más que eso.

—Ya sabemos quién se queda fuera del premio al padre del año —zanjó Serena muy seria. A pesar de la situación, Carlie a punto estuvo de echarse a reír por lo adusta que era su expresión.

—¿Puedo mostrarte unas fotografías para ver si conoces a la mujer?

—Crees que la tal Avery... —preguntó Serena, pero no pudo terminar la frase porque Melody la cortó antes de hacerlo.

—¿Avery? La prometida de Julian se llama así. Una chica rubia, delgada y atractiva.

El corazón de Carlie se aceleró mezcla de nervios y de anticipación.

Sacó su teléfono del bolso y sin hacer caso a las notificaciones que tenía fue directamente a buscar las fotografías que le había hecho a su compañera de vuelo.

—¿Es esta? —preguntó, pasándole el teléfono a Melody.

—Sí —contestó rotunda—. Esa es Avery Smith, o al menos ese fue el apellido que usó cuando la conocí.

—¡Madre mía! Esto se pone cada vez peor —se lamentó Ava—. Carlie, ¿qué vas a hacer?, ¿se lo vas a contar a Carter? Merece saberlo.

—Lo sé, pero no quiero que interfiera en su juego o que busque a su padre y acaba peleando con él. Avery me dijo que su novio estaba en el *All-Star* y no creo que me haya mentido en eso.

—No lo ha hecho. Es uno de los agentes más reconocidos del mundillo, estoy segura de que está aquí. Seguramente esperando captar a algún nuevo jugador.

—Gracias por tu ayuda, Melody —se levantó Carlie—, de no ser por ti no hubiésemos sabido nada de esto.

La aludida asintió, viendo como las otras dos mujeres también se levantaban para marcharse.

—Solo una cosa, ¿por qué me lo has contado?

Melody bajó la mirada un segundo antes de decidirse a hablar:

—He conocido a alguien —confesó—. No quiero deciros quién porque aún es reciente y forma parte del equipo, pero... le conté lo sucedido y él me aconsejó que te lo dijera. No quiero defraudarle.

—Como sea, gracias por hacerlo.

—De nada.

Las tres se marcharon de allí hacía el coche de alquiler de Serena.

—Creo que el chico del que habla tiene que ser Howe —especuló Ava—, es el único del equipo que está aquí y no tiene pareja.

—No es él —respondió Carlie contundente.

Se dio cuenta de que había sido muy tajante, por lo que trató de suavizarlo.

—Acabo de hacerle una entrevista y estaba soltero. Creedme, no estaba mintiendo y además, ella ha dicho que pertenece al equipo, no que sea un jugador.

—¿Crees que pertenece al cuerpo técnico? —le preguntó Ava.

Se encogió de hombros.

—¿Quizás?



Capítulo 36

Carlie todavía dudaba sobre cómo contarle a Carter lo que Melody le había relatado, pero trató de aparcarlo en favor del partido de las estrellas que estaba a punto de comenzar.

Había decidido que tenía que darle prioridad a evitar un enfrentamiento, una vez en Boston podía contárselo de manera que supiera a qué atenerse con su progenitor.

En cualquier caso, en esos instantes lo único que le preocupaba era que todo saliera bien y que Julian Morton no tuviera la poca vergüenza de ir a ver el partido de su hijo como si nada hubiese pasado. No era que temiera encontrarse con él, como parejas de los jugadores ella y las chicas habían sido invitadas a verlo desde el palco, no creía que un agente de deportistas tuviera acceso a estos, o al menos, eso esperaba.

Iban hacia allí cuando alguien la llamó y al darse la vuelta se topó con Alisha, quien a su vez iba acompañada de otra mujer, Carlie adivinó que debían ser pareja de los compañeros de equipo de Caleb.

Se acercó para darle un abrazo cuando llegó hasta ella.

—Me alegro de verte. Caleb me había dicho que habías venido.

—Sí. Iba a llamarte, pero he aprovechado estos días para trabajar —se excusó—. Deja que te presente a Serena Hankersen y Ava Lemieux —dijo viendo como ambas mujeres parecían emocionadas de conocer a la cantante.

—Encantada. Ella es Polly Miller.

Todas cruzaron saludos y al entender que iban al mismo lugar decidieron ir juntas. Carlie

tardó unos segundos en darse cuenta de que Polly Miller era una Serena Hankersen para las WAGs de Nueva York. No había duda de que era la cabecilla del grupo y la encargada de organizarlo todo, del mismo modo que Serena lo hacía en Boston.

Inevitablemente las dos congeniaron en segundos y Carlie se encontró sentada en un palco de lujo bebiendo champagne, esperaba que no fuera mala idea, y viendo jugar a su chico.

Era evidente que lo estaba disfrutando especialmente y se dio cuenta de que el hecho de que no se estuvieran jugando la llegada a los *playoffs* y la copa Stanley, hacía el partido más relajado. Aunque era evidente que los atletas nunca, ni siquiera en partidos de exhibición, perdían su vena competitiva.

Fue gracioso ver a Carter y a Caleb jugar en el mismo equipo y tratar de cooperar entre ellos.

Estaban todas juntas disfrutando de las bebidas, las vistas y riendo encantadas de haberse unido, cuando todo el buen humor desapareció de golpe cuando un caballero entró en el palco directo a saludar a Alisha, quien se quedó parada por la actitud del hombre.

No fue necesario que nadie lo presentara porque era evidente de quien se trataba. Tal y como había dicho Melody, Julian Morton era una versión desmejorada de su hijo, aunque sus ojos eran de un color distinto.

—Alisha, querida —la saludó—, cuánto tiempo sin verte.

—Hola, Julian. Sí, mucho tiempo.

—Felicidades por tu compromiso. Blake es un tipo afortunado.

La mención de su novio hizo que la actitud de Alisha con él fuera menos rígida.

—Igual que lo soy yo.

—Así es —concedió—. No puedo creer que mi hijo dejara escapar una maravilla como tú.

Era evidente que sabía lo que estaba haciendo y que estaba al tanto de que Carlie estaba escuchando lo que decía.

—Nunca estuvo realmente enamorado de mí —respondió Alisha sacando las garras—. Tú mejor que nadie debería saberlo.

La respuesta lo dejó sin habla unos segundos, pero se recuperó rápidamente y trató de suavizar la situación al comprender que su exnuera no iba a tolerar que vapuleara a su nueva amiga.

—Como he dicho, Blake es un tipo afortunado.

—¿Ya conoces a Carlie Jensen? —provocó la cantante—, es la pareja de tu hijo y una de las mejores periodistas del país.

La risita socarrona de Julian fue un aliciente para Carlie, que no estaba dispuesta a dejarse pisar por el tipo.

—Si lo fuera estaría trabajando en el *prime time*.

—Lo he hecho, he trabajado allí y me gusta más donde estoy ahora.

—Bueno, querida, te echaron.

—No. He sido yo la que no ha aceptado la oferta, Julian, creía que estarías mucho mejor informado. Después de todo eres un fiel seguidor de mi programa.

—¿Disculpa?

—¿No fue a través de mí que conociste la existencia de Melody Bell?

Escuchó los susurros de las chicas detrás de ella y se sintió mucho más envalentonada al contar con su respaldo silencioso. A diferencia de lo que le sucedió en Nueva York en esos momentos tenía gente que le cubría las espaldas.

La expresión prepotente que había mostrado cada vez que no estaba hablando con Alisha cayó en picado, al darse cuenta de lo que sus palabras significaban.

Iba a decir algo, seguramente a tratar de apaciguarla, negarlo o cualquier cosa por el estilo, pero Avery apareció y se acercó a ellos, colgándose del brazo de este.

—Hola, Avery —saludó Carlie antes de que nadie más hablara—, y felicidades por tu compromiso.

—Gracias —respondió, ajena a lo que estaba sucediendo.

—Tenemos que irnos —anunció Julian, y sin darle opción a Avery para que dijera algo más la sacó del palco a toda prisa.

—No te preocupes por él. Siempre ha sido un idiota —trató de animarla Alisha.

—Estoy bien y tienes razón, es un idiota.

Serena y Ava la miraron preguntándole si estaba bien y se dio cuenta de que realmente lo estaba.

Solo le quedaba la parte difícil que era contarle a Carter lo que había sucedido, pero por lo demás, estaba perfectamente.

El partido finalizó, pero los invitados tardaron un tiempo en abandonar el palco, por lo que se armó un poco de revuelo cuando Carter Morton apareció con el equipo de juego, casco en mano, en busca de su chica.

Hubo algunos que pensaron que iba a declararse, no obstante, al darse cuenta de que ese no era el motivo de su aparición parecieron perder el interés.

—¿Estás bien? —preguntó, visiblemente preocupado.

—Por supuesto que estoy bien. ¿Qué haces aquí?

—Os he visto antes.

Ella le miró con confusión.

—Mi padre ha estado aquí. ¿Te ha dicho algo?, ¿se ha metido contigo?

—Nada que no pudiera solucionar. Sin embargo... hay algo que tengo que contarte, pero antes ve al vestuario, date un ducha y celebra con tus compañeros de equipo —le tomó el pelo ya que uno de ellos era Caleb Blake—. Después búscame, estaré en el bar con las chicas.

Él asintió, poco conforme con dejarla, pero se acercó para darle un beso de despedida que se ganó ciertos vítores de los asistentes.

—Te quiero. Te veo después.

—Y yo a ti.

Por supuesto no faltó un video en redes sociales en el que se veía cómo Carter Morton había aparecido con su equipo de juego porque quería asegurarse de que su chica estaba bien.



Capítulo 37

Después de la preocupación que había mostrado Carter cuando la vio cerca de su padre, Carlie ya no pudo hacer otra cosa más que contarle lo que había sabido por boca de Melody y lo que ella misma había vivido.

Estaban en su habitación después del partido y antes de que diera comienzo la cena para agasajar a los jugadores y a sus parejas. Trató de no darle demasiada importancia al modo en que Julian se había dirigido a ella y había halagado a Alisha. Su novio ya tenía bastante encima sabiendo que había sido cosa de su padre el que Melody le persiguiera y tratara de comprometerle. Además, estaba segura de que si realmente sabía lo despreciable que había sido con ella no lo dejaría pasar fácilmente y lo que menos deseaba en esos instantes era que fuera a reclamarle a su progenitor, quien, seguramente todavía se encontraba en la ciudad e incluso, pudiera ser que en el mismo hotel.

—Tenía la sospecha de que podía estar detrás de todo, pero es bastante duro descubrir que tenía razón.

—Lo sé, pero no dejes que eso te deprima. No ha conseguido nada y estamos bien.

—Gracias por estar a mi lado.

—Siempre.

Era el último día del fin de semana de las estrellas y, aunque ninguno de los dos tenía ganas de salir, lo hicieron, juntándose en la cena con el resto de los participantes.

Carlie se mantuvo a su lado y trató de darle un consuelo silencioso. No se quejó cuando lo

vio beber más de lo habitual, aunque no creía que el alcohol aligerara sus penas, y se dio cuenta de que tanto Maurice Lemieux como Henry Hankersen y Noah Bentley parecían especialmente atentos a Carter, como si también estuviesen al tanto de lo que había sucedido. Imaginó que había sido cosa de sus parejas, pero lo que realmente la dejó asombrada fue que incluso Caleb Blake fue amable con él cuando se pasó con Alisha a saludar a su mesa.

Era algo increíble que un acto de solidaridad pudiera hacer que una relación abiertamente hostil cambiara.

Carter era consciente de que sus compañeros estaban al tanto de lo sucedido. Lo notaba en sus expresiones y en el modo en que le observaban, como si estuvieran preocupados porque fuera a estallar de furia y a salir corriendo a buscar a su padre. No tenían que preocuparse por eso, no iba a suceder.

Por supuesto que no iba a dejar pasar las cosas como si nada hubiese pasado, pero iba a actuar de un modo inteligente. Se lo debía a Carlie, por confiar ciegamente en él, a pesar de los intentos de su progenitor por desacreditarle.

Carlie ni siquiera le había preguntado por Avery, y eso que ella había insinuado que habían estado juntos en Detroit. El que su novia supiera lo mucho que la quería, era más importante que cualquier plan fallido para separarlos.

Como fuera, iba a hacerle ver a su progenitor que su tiempo de gracia había finalizado.

—¿Me presentarías oficialmente a tu padre? —preguntó, acercándose a su oído para que nadie más en la mesa escuchara sus palabras.

—Por supuesto. ¿Estás seguro?

—¿De que quiero conocerlo? Sí.

Ella le sonrió al darse cuenta de que intentaba quitarle hierro al asunto con una broma.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?, ¿lo has pensado bien?

—Lo he hecho y he llegado a la conclusión de que si lo hubiese sacado antes a la luz nos habríamos ahorrado todos estos quebraderos de cabeza.

—Tal vez deberías hablar antes con tu madre.

—Ya lo he hecho. Ella me apoya en lo que sea que haga. De hecho, quiere conocerte.

—¿Le has hablado de mí?

—Por supuesto. Además, tampoco es que nuestra relación sea un secreto.

Él mismo se dio cuenta de su comentario y la miró con fijeza, arrepentido por algo que no podía cambiar.

Había cometido tantos errores a lo largo de su vida y, aun así, era un tipo afortunado. Estaba con la mujer de su vida, jugando al *hockey*, su otro gran amor e iba a quitarse un peso de encima que había cargado durante demasiado tiempo.

Lo difícil de comprender era que sus infidelidades a Alisha le hubiesen llevado de nuevo a los brazos de Carlie. Se arrepentía de no haber sido franco con ella, de no haberla dejado cuando comprendió que lo que había entre ellos había mutado a un simple afecto, pero había estado tan obsesionado por los dogmas de su padre que ya no era capaz de basar sus propias decisiones en lo que él quería, lo que anhelaba o necesitaba.

—Me encantará conocerla.

—¿Qué te parece si cuando volvamos organizo una cena en casa? Puedo hablar con Jacob para que me enseñe un nuevo plato —ofreció, emocionado por la idea—. Nunca he cocinado para ella y estoy seguro de que le encantará la idea.

—Suenan bien.

—También podemos invitar a tus padres y así aprovechamos la ocasión para que me los

presentes oficialmente como tu novio.

Carlie asintió con las emociones a flor de piel.

Reunir a sus padres significaba dar el paso a que la relación no solo fuera oficial sino también formal y encaminada a un fin: para algunos vivir juntos, el matrimonio para otros... en definitiva a compartir la vida con la persona amada.



Capítulo 38

Unos días antes de San Valentín

Ese era el día en el que Carlie iba a conocer a la madre de Carter, y que los padres de ambos se iban a conocer entre ellos, por lo que estaba emocionada y nerviosa al mismo tiempo.

Ares parecía estar igual porque se paseaba por el salón como si fuera su sombra.

Hacía una hora que había vuelto de su carrera con Carter y en lugar de estar agotado como sucedía habitualmente parecía tan nervioso como su dueña.

Y si al encuentro familiar se le unía que su chico se había empeñado en cocinar él mismo, lo que había convertido la cocina en tierra de minas vallada para impedirle el acceso, su estado actual comenzaba a tener sentido.

Se había tomado en serio su papel de chef y se había asegurado mandando mensajes a todos los invitados de que estaban de acuerdo con el menú: *magret* de pato acompañado de calabaza y salsa de frutos rojos.

Interiormente Carlie pensaba que era demasiado ambicioso, dado que era la segunda vez que cocinaba, pero no se lo había dicho porque estaba muy ilusionado con la cena.

—Vamos a cambiarnos —le dijo a Ares y se encaminó hasta el dormitorio que compartía con Carter cuando se quedaban en su casa.

Así al menos ocupaba su mente y no se preocupaba por el resultado de la cena, caerle bien a su futura suegra o que su padre aceptara su relación con su novio.

Optó por vestir cómoda, pero arreglada, y se puso un vestido negro de punto, largo hasta los tobillos, unas Mari Jane en los pies y el cabello suelto. No se puso más que un poco de maquillaje y se deshizo de las lentillas en favor de sus habituales gafas de pasta. Carter decía que se veía sexy con ellas puestas y ella no iba a replicarle.

Se le aceleró el pulso cuando llamaron a la puerta y estaba a punto de ir a abrir cuando Carter salió de la cocina, guapísimo con unos pantalones negros, una camisa blanca con los tres primeros botones abiertos y un delantal.

—Estás preciosa —se acercó a besarla—. El vestido te queda como un guante —alabó.

—Abre la puerta —se rio, encantada por el piropo.

Al hacerlo se encontró con que los primeros en llegar fueron sus padres. Tras las presentaciones, Carter se quitó el delantal, que le tendió a Carlie y le preguntó a su padre si podía tener una conversación en privado con él en su despacho.

—Si vas a pedirme permiso para salir con mi hija, ahórratelo —anunció este—. Tenía mis dudas, pero después de verte salir casi corriendo del hielo para asegurarte de que mi niña estaba bien tienes mi consentimiento.

—Gracias, señor Jensen.

—Me llamo Pierce y ella es Katherine.

Carter asintió, agradecido.

—En cualquier caso, si no te importa todavía sigo queriendo hablar contigo en mi despacho.

El comentario despertó la curiosidad de su padre, que como buen periodista supo que estaba cerca de una buena noticia.

—Por supuesto.

Los dos hombres se encaminaron al despacho mientras Ares bailaba al lado de ellos.

—Creo que tu perro prefiere a tu novio —bromeó su madre.

—Ni te lo imaginas.

Temerosa de lo que se iba a encontrar se dirigió a la cocina, pero para su sorpresa, se encontró con que Jacob le había enseñado bien y esta estaba bien recogida y sobre todo, desprendiendo un aroma delicioso de la salsa de frutos rojos.

—¿Lo ha hecho Carter? Huele de maravilla.

—Sí. Siendo sincera estaba preocupada de que su elección fuera demasiado arriesgada para un principiante.

No pudieron seguir hablando porque el timbre volvió a sonar y los hombres todavía estaban en el despacho de Carter, lo que hizo que fuera Carlie la que recibiera a la madre del anfitrión.

Ella Laurence tenía los mismos ojos que su hijo y un porte elegante que cualquier mujer admiraría.

La había abrazado nada más verla y había hecho lo mismo con su madre. Una vez que su naturaleza afectuosa derritió el hielo del primer encuentro, la conversación entre ellas fluyó fácilmente.

—No hay duda de que eres una buena influencia si has hecho que mi hijo cocine —le dijo riendo y con un brillo de orgullo en los ojos.

—Pues espera a que lo pruebes, mamá. Estoy hecho todo un chef —bromeó Carter, entrando en la cocina seguido del padre de Carlie.

Esta sabía de lo que habían estado hablando y estaba al tanto del pendrive que su padre debía de tener en esos instantes en su bolsillo, con todos los datos necesarios para destapar los sobornos a árbitros y los chantajes y filtraciones que habían sacudido a ciertos jugadores.

Julian Morton se había asegurado de que sus representados fueran notorios filtrando

imágenes e información que los colocaba en la primera página de las portadas sensacionalistas. Al parecer su lema era que hablaran de uno, aunque fuera mal.

Los sobornos tenían que ver con una red de apuestas ilegales que dirigía, aprovechando los contactos que su trabajo le había brindado.

A Carlie le había preocupado que los actos de su padre pudieran repercutir negativamente en su carrera y estaba segura de que ese era uno de los motivos por los que Carter no había dado antes la información ni a la prensa ni a la policía, pero después de lo que había sucedido, tanto ella como él estaban seguros de que los aficionados sabrían desligar a padre e hijo.

Sobre todo por las propias declaraciones del jugador cuando su noviazgo en televisión. Por si acaso ya habían decidido que él sería el próximo invitado de su canal. Allí tendría un espacio sincero para que pudiera contar su historia sin sensacionalismos ni presiones de por medio.

—¿Quién quiere una copita de vino mientras termino con la cena?

Todos aceptaron la bebida y mientras sus respectivos padres se relajaban en el salón, Carlie ayudó a Carter a emplatar.

—¿Todo bien? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta, dado lo tranquilo que parecía.

—Mejor que bien —confesó, dejando lo que estaba haciendo para atraerla a sus brazos.

—Me alegro. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo, apretándola en su abrazo con fuerza—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Creía que lo mejor era el *hockey*.

Él negó con la cabeza.

—Tú eres lo mejor. El *hockey* es lo segundo mejor —zanjó, agachando la cabeza para besarla.



Epílogo

Día de San Valentín

El programa de esa mañana era especial porque se trataba del día de San Valentín y habían organizado varios concursos para que sus oyentes se llevaran premios relacionados con la fecha. Las recompensas iban desde cenas románticas en el restaurante de Jacob, sesiones de spa en pareja, hasta un pack de fin de semana en Nueva York.

Y lo único que tenían que hacer para llevarse los premios era ser los más originales en declararse a sus parejas, aunque, si no estaban en una relación, podían declarar su amor por sus amigos, mascotas... después de todo, era el día del amor, no había límites al respecto.

Todos los colaboradores del programa habían ido en esa ocasión especial, aunque no les tocara participar, como era el caso de Kelsey y de su madre, que eran las colaboradoras de los lunes y estaban a miércoles.

Heartbeat comenzó con música, como siempre, y después de presentar a los colaboradores, que serían los jurados que elegirían las declaraciones más originales, las llamadas comenzaron a entrar sin descanso:

Hubo algunas que les hicieron reír: lo que siento por ti es tan fuerte que calentará tu casa el resto de tu vida, había dicho un oyente.

Otras se las ingeniaron para mencionar el motivo del concurso: contigo todos los días del calendario son San Valentín.

Y las hubo que les emocionaron: tú y yo no necesitamos palabras, con mirarnos y tocarnos sabemos todo el uno del otro. No obstante, fue la última de todas la que les dejó con la boca abierta:

—Damos la bienvenida a la última llamada de la mañana. Hola, querido oyente, dinos tu nombre y a quién te quieres declarar.

—Hola, Carlie, me llamó Carter y mi declaración es para mi chica.

Antes de que dijera su nombre ella ya sabía con quién estaba hablando. Solo el hola había sido suficiente para reconocerle.

—Muy bien, Carter, conquista al jurado y mucha suerte.

—Gracias, Carlie. —No se escuchó nada durante unos segundos y después la voz de Carter regresó—. Solo quería decirle a mi chica que es mi silencio en mitad del ruido, mi luz en la oscuridad, mi refugio en la tormenta, mi vida entera... Soy un tipo afortunado, he tenido mucha suerte en la vida, pero todo lo que he conseguido palidece en comparación a lo que ella me da. El modo en que me entiende sin palabras, en que lee mi cuerpo no es comparable a nada que haya tenido o que poseeré en el futuro.

»Lo único que me falta para ser completamente feliz es que se venga a vivir conmigo o que me deje a mí vivir con ella. Donde estemos me importa bien poco. La necesito a mi lado, a ella y al hijo canino que compartimos —Carlie rio entre las lágrimas que se desbordaban de sus ojos—, dame una respuesta, por favor.

La voz de Carter sonó a través del teléfono y en la cabina. Alzó la cabeza para ver que estaba allí con Ares. Los dos parados frente a ella como si estuviesen sincronizados.

Estaba tan aturdida que tardó unos segundos en reaccionar, lo que le valió la reprimenda de Ares que se puso a ladrarle para espabilarla.

—Sí —dijo a través del micrófono—. Tampoco me importa donde vivamos, aunque mi casa es más bonita que tu ático.

Carter soltó una carcajada, todavía con el teléfono pegado a la oreja.

—Entendido. En tu casa pues.

—De acuerdo.

—Ahora anuncia una pausa de deliberación —pidió él—, para que pueda besarte y sellar el trato.

Su madre, Leslie y Kelsey parecían tan llorosas y emocionadas como ella. Los únicos que habían resistido eran Kenneth y Jacob que sonreían, pero no lloraban.

Asintió.

—Voy a dejaros con *Blinding lights* mientras el jurado decide quienes son los ganadores. No os marchéis, enseguida volvemos.

Rápidamente se quitó los auriculares y se lanzó a los brazos de Carter que soltó la correa de Ares para poder sujetarla con las dos manos.

—Te quiero —le dijo él con la cabeza enterrada en su cuello.

—Y yo a ti.

Se besaron y se separaron para no darles un espectáculo a sus amigos.

—Vosotras lo sabíais —se quejó Carlie, señalando a su madre y a Kelsey.

—Es posible —admitió Katherine.

Antes de que terminara la canción se vieron obligados a aparcar la charla y a escoger a los que mejor lo habían hecho.

—¿Carter entra en concurso? —preguntó Leslie—, porque si lo hace es mi ganador.

—Gracias, Leslie.

—Y el mío —secundó Kenneth—, aunque el tipo que se le ha declarado a la vecina con la que coincide en el ascensor todas las mañanas me ha emocionado bastante.

Siguieron deliberando, dado que Carter estaba fuera del concurso, y eligieron a sus ganadores.

Tras anunciarlos, Carlie despidió el programa bajo la atenta mirada de su chico.

—Espero que tengáis un maravilloso día, queridos oyentes. Nos vemos el miércoles. No faltéis a vuestra cita con nosotros.

—¿Nos vamos?

—¿A dónde? —inquirió Carlie, sorprendida.

—A celebrar San Valentín, ¿a dónde si no?

—Suená bien. ¿Sabes? Puede que tenga un regalo para ti —se encogió de hombros—, lleva muchos años guardado en el armario, pero creo que servirá.

—Seguro que sí. Te quiero.

—Y yo te quiero a ti.

About The Author

Olga Salar



Olga Salar, nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura. Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces: *Un amor inesperado* (Amazon), y tras ella siguieron más de cincuenta novelas de género romántico, de corte histórico, contemporáneas y juveniles. Publica tanto vía editorial como a través de autopublicación. Durante más de una década ha sido

una autora apreciada en el ámbito de la novela romántica. Sus libros están disponibles en varios idiomas y en todos los formatos: digital, papel y audiolibro.

También es la autora de *Vamos a escribir una novela* (romántica), un manual que recopila consejos y recomendaciones para planificar la escritura de una novela, pautas para la organización de ideas, la creación de personajes y la estructuración de tramas, facilitando el trabajo al escritor novato, o a aquel que cree que su método falla y que necesita otra perspectiva basada en la formación, y, sobre todo, la experiencia.

Hockey Tales

Una Navidad de cuento

Caleb Blake tomó una decisión hace algunos años escogiendo su pasión por el hockey por encima de su amor por Alisha Hayer. Una elección que, aunque no se arrepiente de haber tomado, sí que ha lamentado desde entonces.

De repente, la vida le pone delante la oportunidad de redimirse, y Caleb no va a dejarlo pasar, aunque deba tener citas románticas ante toda Nueva York, y en plena Navidad, con la mujer a la que una vez amó.

Playlist

Un cuento de San Valentín

